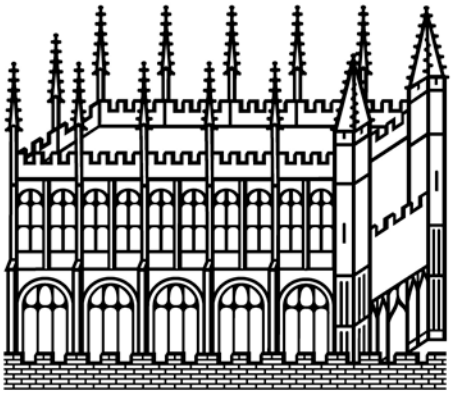

Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

BOD: M89.G00652

LAS MEMORIAS DE MAMÁ BLANCA

DE LA MISMA AUTORA

IFIGENIA (*Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*). Primer premio del Concurso de novelistas americanos, 1924. Prólogo y comentario final de Francis de Miomandre.

DEDICATORIA

A ti, que, al igual que Mamá Blanca, reinaste dulcemente en una hacienda de caña, donde al impulso de tu mano llamaba a los peones la campana para la misa del domingo, subía en espirales de oración a la hora del ángelus sobre el canto de los grillos y el parpadeo de los cocuyos el humo santo de la molienda en el torreón y te dibujas allá, entre la niebla de mis primeros recuerdos, lejana y piadosa, apacentando cabezas sobre un fondo de campo, como la imagen de la donadora en el retablo de algún primitivo.

TERESA DE LA PARRA

LAS MEMORIAS DE MAMÁ BLANCA

EDITORIAL «LE LIVRE LIBRE»
141, Boulevard Péreire, 141
PARIS
MCMXXIX

BODLEIAN
25 MAR 1988
P
LIBRARY

Copyright by
TERESA DE LA PARRA, 1929.

ADVERTENCIA

Mamá Blanca, quien me legó al morir suaves recuerdos y unos quinientos pliegos de papel de hilo surcados por su fina y tembloro-sa letra inglesa, no tenía el menor parentesco conmigo. Escritos hacia el final de su vida, aquellos pliegos, que conservo con ternura, tienen la santa sencillez monótona que pre-side las horas en la existencia doméstica, y al igual de un libro rústico y voluminoso, se hallan unidos por el lomo con un estrecho cordón de seda, cuyo color, tanto el tiempo como el roce de mis manos sobre las huellas de las manos ausentes, han desteñido ya.

A falta de todo parentesco uníanme estre-chamente a Mamá Blanca misteriosas afinida-des espirituales, aquellas que en el comercio de las almas tejen la trama más o menos dura-dera de la simpatía, la amistad o el amor, que

son distintos grados dentro del mismo placer supremo de comprenderse. Su nombre, Mamá Blanca, era, en el fervor de mis labios extraños, la expresión que mejor convenía a su vejez generosa y sonriente. Habiáselo dado al romper a hablar el mayor de sus nietos. Como los niños y el pueblo, por su ignorancia o desdén de las abstracciones, poseen la ciencia de acordar las cosas con la vida, saben animar de sentido las palabras y son los únicos capaces de reformar el idioma, el nombre que describía a un tiempo la blancura del cabello y la indulgencia del alma fué cundiendo en derredor con tal naturalidad que Mamá Blanca acabaron diciendo personas de toda edad, sexo y condición, pues que no era nada extraño el que al llegar a la puerta, una pobre con su cesta de mendrugos, o un vendedor ambulante con su caja de quincalia, luego de llamar: toc, toc, y de anunciar asomando al patio la cabeza: «¡Gente de paz!» preguntasen familiarmente a la sirvienta vieja, que llegaba a atender, si se podía hablar un momento con la señora Mamá Blanca.

Aquella puerta, que, casi siempre entornada, parecía sonreír a la calle desde el fondo del zaguán, fué un constante reflejo de su trato hospitalario, una muestra natural de su

amor a los humildes, un amable vestigio de la edad fraternal sin timbres ni llave inglesa y fué también la causa o circunstancia de donde arrancó nuestro mutuo, gran afecto.

Conocí a Mamá Blanca mucho tiempo antes de su muerte, cuando ella no tenía aún setenta años ni yo doce. Trabamos amistad, como ocurre en los cuentos, preguntándonos los nombres desde lejos, amortiguadas las voces por el rumor del agua que cantaba y se reía al caer sobre el follaje. Iba yo jugueteando por el barrio y de pronto, como se me viniese a la idea curiosear en una casa silenciosa y vieja, penetré en el zaguán, empujé la puerta tosca de aldabón y barrotes de madera, pasé la cabeza por entre las dos hojas y me di a contemplar los cuadros, las mecedoras, los objetos y en el centro del patio un corro de macetas, con helechos y novios que subidos al brocal de la pila se estremecían de contento azotados por la lluvia de un humilde surtidor de hierro. Allá, más lejos aún, en el cuadro de una ventana abierta, dentro de su comedor, la dueña de la casa con cabeza de nieve y bata blanca, se tomaba poco a poco una taza de chocolate mojando en ella plantillas y bizcochuelos. Hacía rato que la contemplaba así, como a la madrina de las macetas y del sur-

tidor, cuando ella, volviendo los ojos, descubrió mi cabeza que pasaba la puerta. Al punto sorprendida y sonriente, me gritó cariñosa desde su mesa:

—¡Ajá, muy bien, muy bien! ¡Averiguando la vida ajena, como los merodeadores y los pajaritos que se meten en el cuarto sin permiso de nadie! ¡No te vayas y dime cómo te llamas, muchachita bonita y curiosa!

Yo le grité mi nombre varias veces hasta que llegó a oirlo y ella, como tenía el alma jovial ante lo inesperado y le gustaba el sabor de las pequeñas aventuras callejeras, volvió a gritar en el mismo tono y con la misma sonrisa:

—¡Yo me llamo Mamá Blanca! ¡No te vayas, no te vayas, ven acá, pasa adelante, ven a hacerme una visita y a comerte conmigo una tajada de torta de bizcochuelo!

Desde mi primera ojeada de inspección había comprobado que aquella casa de limpieza fragante florecía por todos lados en raidos y desportillados, cosa que me inspiró una dulce confianza. La jovialidad de su dueña acabó de tranquilizarme. Por ello, al sentirme descubierta e interpelada, en lugar de echar a correr a galope tendido como perro cogido en falta, accedí primero a gritar mi nombre, y

después, con mucha naturalidad, pasé adelante.

Sentadas frente por frente en la mesa grande, comiendo bizcochuelo y mordisqueando plantillas dialogamos un buen rato. Me contó que en su infancia había traveseado mucho con mi abuelo, sus hermanos y hermanas por haber sido vecinos muchos años, pero en otro barrio y en unos tiempos que ya se iban quedando tan lejos, ¡tan relejos!... Me encontró parecidos con personas ya muertas, y como yo, por decir algo, le refiriese que en mi casa teníamos muchas rosas y el loro Sebastián, que sabía gritar los nombres de todo el mundo, me llevó para que conociese en detalles su patio y su corral, donde también había rosas; pero en lugar de Sebastián, ejércitos de hormigones, ¡ayayay! que acababan con las flores.

Nacida en una hacienda de caña con trapiche y oficinas de beneficiar café, Mamá Blanca conocía a tal punto los secretos y escondites de la vida agreste que, al igual de su hermano Juan de la Fontaine, interrogaba o hacía dialogar con ingenio y donaire flores, sapos y mariposas. Enseñándome patio y corral me fué diciendo:

—Mira, estas margaritas son unas niñas

coquetas que les gusta presumir y que las vean con su vestido de baile bien escotado... Las violeticas de esta orilla del patio viven tristes porque son pobres y no tienen novio ni vestidos con que asomarse a la ventana; no salen sino en Semana Santa, descalzas, con la sayita morada, a cumplir su promesa como los nazarenos... Aquellas señoritas flores de mayo son millonarias, allá van en su coche de lujo, y no saben de las cosas de la tierra sino por los cuentos que les llevan las abejas que las adulan porque viven a costa de ellas.

Y así fué como saciada por entero mi curiosidad entre violetas y margaritas, bizcochuelos y plantillas, Mamá Blanca y yo nos fuimos corriendo de la mano, camino de nuestra gran amistad. A partir de aquella tarde, bajo el menor pretexto salía de mi casa, volteaba a todo correr la esquina, penetraba en el zaguán amigo y comenzaba a gritar alegremente como quien participa una estupenda noticia:

—¡Aquí estoy yo, Mamá Blanca, Mamá Blanquita, que estoy yo aquí!

Nadie comprendía que a mi edad se pudiesen pasar tan largos ratos en compañía de una

señora que bien podía ser mi bisabuela. Como de costumbre, la gente juzgaba apoyándose en burdas apariencias. Aquella alma sobre la cual habían pasado setenta años era tan impermeable a la experiencia que conservaba intactas, sin la molesta inquietud, todas las frescuras de la adolescencia, y, junto a ellas, la santa necesidad del árbol frutal que se cubre de dones para ofrendarlos maduros por la gracia del cielo. Su trato, como la oración en labios de los místicos, sabía descubrirme horizontes infinitos e iba satisfaciendo ansias misteriosas de mi espíritu. No creo, por lo tanto exagerar al decir no sólo que la quería, sino que la amaba y que como en todo amor bien entendido, en su principio y en su fin, me buscaba a mí misma. Para mis pocos años aquella larga existencia fraternal, en la cual se encerraban aventuras de viajes, guerras, tristezas, alegrías, prosperidades y decadencias, era como un museo impregnado de gracia melancólica, donde podía contemplar a mi sabor todas las divinas emociones que la vida, por previsión bondadosa, no había querido darme todavía, bien que a menudo, por divertirse quizás con mi impaciencia, me las mostrase desde lejos sonriendo y guiñando los ojos maliciosamente. Yo no sabía aún que, a la in-

versa de los poderosos y los ricos de este mundo, la vida es espléndida no por lo que da, sino por lo que promete. Sus numerosas promesas no cumplidas me llenaban entonces el alma de un regocijo incierto. Sin sospecharlo me iba a buscarlo a todas horas en la paz de los paisajes campesinos, en los ratos propicios en que florece el ensueño, en el mundo indefinido de la música o los versos y en el encanto que emana dulcemente de las cosas e historias de otros tiempos. Como Mamá Blanca poseía el don precioso de evocar narrando y tenía el alma desordenada y panteísta de los artistas sin profesión, su trato me conducía fácilmente por amenas peregrinaciones sentimentales. En una palabra: Mamá Blanca me divertía. He ahí la razón poderosa por lo egoísta de mi apego y continuas visitas.

Con sus pobres dedos temblorosos y sin mayor escuela, tocaba el piano con intuición maravillosa. A los pocos días de habernos hecho amigas, emprendió el largo, cotidiano obsequio de darme lecciones, sentadas las dos todas las tardes ante su piano viejo. Después de las clases, merendando juntas, solía decirme a guisa de otro gentil regalo:

—Siempre le pedí a Dios que entre los hijos

me mandara siquiera una sola hijita. Como es terco y le gusta hacer milagros cuando no lo molestan, me la mandó ahora: a los setenta años.

Debo advertir que Mamá Blanca, cuyo amor maternal, traspasando los límites de su casa y su familia, se extendía sin excepción sobre todo lo amable: personas, animales o cosas, vivía sola como un ermitaño y era pobre como los poetas y las ratas. A la muerte de su marido se había dado a malgastar su fortuna realizando las más perseverantes y lamentables negocios de bolsa. Su amor a cierto fausto magnífico y futuro, dentro del cual, entre damascos y púrpuras, repartía dádivas a manos llenas como frutos cosechados sin esfuerzo en una tierra de promisión, la había impulsado a ello. De modo que si sus especulaciones fallidas no le dieron nunca a probar el sabor de la riqueza, que es deslavazado y fértil en desencantos, le regalaron, en cambio, generosamente, por virtud bendita de la imaginación, la parte verdaderamente esplendorosa, la del ideal, la misma que en el evangelio se apresuró a tomar María. Ahora, en su pobreza, fiel a su gentil vicio, jugaba a la lotería.

Sus hijos se condolían de tanto aislamiento

dentro de tanta estrechez e insistían para que fuese a habitar al lado de uno u otro en sus cómodas y más o menos bien decoradas casas. Mamá Blanca respondía obstinadamente:

—¡Los viejos estorban! Cuando quieran verme, vengan todos a todas horas: ahí tienen mi puerta de zaguán, que, como buena puerta de pobre, siempre está abierta.

«Los viejos estorban» era un subterfugio. Su abnegación maternal, siempre alerta para acudir a reclamar la mitad de cualquier tristeza o contratiempo, no había logrado anular en ella su sagrado horror por todo aquello que significase vulgaridad. Me refiero especialmente a la vulgaridad del alma. Las nueras de Mamá Blanca, muy unidas entre sí, gracias a la necesidad absoluta de vivir rivalizando, educadas casi todas en Europa, hablaban bien varios idiomas, viajaban mucho, hacían sport, no se vestían mal, cifraban su honor en el brillo más o menos deslumbrante de sus relaciones y se avergonzaban con discreción de aquella suegra que vivía en una casa con pisos de ladrillo, junto a una vieja sirvienta mal vestida y que, por otro lado, ni era inteligente, ni era instruída. Mamá Blanca, cuyos ruidosos fracasos en todo lo que representase éxito material le habían conquistado aquella

sólida reputación de poca inteligencia, atrincheraba tras su pobrecito francés aprendido en Olendorff el más estupendo temperamento de artista y una exquisita, sutil inteligencia, que más aún que en los libros se había nutrido en la naturaleza y en el saborear cotidiano de la vida. Estas eran las causas por las cuales, con amable ironía ante el peligro de sus nueras, había sabido encerrarse en su casa de ladrillos y en su torre de marfil: «los viejos estorban».

Sus hermosos ojos negros, que en el marco del rostro tan gentilmente marchito no perdieron nunca el fuego de la juventud, brillaban a menudo con chispazos de malicia y sus palabras, que eran armoniosas tanto por la musicalidad del tono cuanto por la gracia infinita del pensamiento, mezclaban con sazonada medida la ternura a la ironía.

Se burlaba afectuosamente de todo porque su alma sabía que la bondad y la alegría son el azúcar y la sal indispensables para aderezar la vida. A cada cosa le ponía sus dos granitos.

Yo creo que jamás reina ninguna llevó su manto de brocado y de armiño con la noble soltura con que Mamá Blanca llevaba su pobreza. Aseguraba que había aprendido tal arte en su más tierna infancia y en el ejemplo de un viejo pariente a quien llamaba Primo

Juancho. Siempre pulcra, su amor a todo lo que fuese placer de la vista la inducía a disimular con multitud de ardides, en muebles y en objetos, las injurias del uso o de los accidentes, para luego, cuando viniese el caso, descubrir el engaño por medio de una frase salpicada de ingenio.

Un día, como se le rompiese en forma irremediable y muy visible un jarrón de porcelana antigua que servía de envase a una de sus plantas preferidas, cubrió la parte superior, que era la maltrecha, atando en contorno y como mejor pudo un pañuelo de seda escocesa. Luego, alejándose unos pasos, contempló y comentó el desacierto de su trabajo interrogando al jarrón con gran dulzura:

—Pobre viejo: ¿Tienes dolor de cabeza?

El jarrón, en efecto, adquirió para siempre un aspecto humano de humilde y cómica resignación.

Llena de fe cristiana, trataba a Dios con una familiaridad digna de aquellos artífices de los primeros siglos de la Iglesia, quienes rebosantes de celo, para bien demostrar a los fieles la Ira Santa y la Sagrada Justicia del Señor, no vacilaban en tallarlos en piedra tirándose de las barbas o arrojando a Adán del Paraíso por medio de un acertado puntapié. Pero el

Dios de Mamá Blanca no se indignaba nunca ni era capaz del menor acto de violencia. A menudo sordo, siempre distraído, presidía sin majestad un cielo alegre, lleno de flores en el cual todo el mundo lograba pasar adelante por poco que le argumentasen o le llamasen la atención haciéndole señas cariñosas desde la puerta de entrada.

La música fué siempre la gran pasión de su vida. Cuando sentada al piano lograba apresar entre sus dedos la corriente de comunión divina que une al compositor con el ejecutante, al igual de los santos en éxtasis, se alejaba de la tierra y se transfiguraba. En tales momentos, la realidad, por apremiante que fuera, no existía.

Una vez, hallándose perdida y feliz en el sutil laberinto de un Claro de Luna, de Beethoven, vinieron a avisarle que un individuo, de quien era acreedora, después de continuas diligencias y demandas realizadas por sus hijos, llegaba finalmente a saldar su deuda, entregando el dinero en propias manos. Al oír el anuncio lanzado por la vieja sirvienta desde el umbral de la sala, Mamá Blanca volvió apenas la cabeza y respondió con una severidad sólo empleada en tales casos:

—He dicho ya mil veces que no me moles-

ten nunca, bajo ningún pretexto, cuando estoy en el piano.

—Dice que...—iba a replicar la sirvienta.

—Dice ¡nada!—interrumpió Mamá Blanca—; que vuelva otro día.

Y siguió vagando dichosa por su etéreo laberinto, bajo la luna. Inútil es advertir que el deudor renuente no volvió jamás y que Mamá Blanca, ya de regreso a la tierra, deploró mucho tiempo, casi entre lágrimas, semejante coincidencia.

Los achaques de su piano, cuyas cuerdas gastadas se resistían de tiempo en tiempo a sonar como es debido, la hacían sonreír de indulgencia en atención a tan larga fidelidad herida por fin de decadencia. Sus propias deficiencias la llenaban de un suave desencanto que florecía en consejos si, dado el caso, yo me hallaba sentada a su lado. En tal circunstancia, cesaba la pieza comenzada, se quitaba los anteojos, apoyaba los codos en el teclado, cruzaba sus manos salpicadas por las manchas del tiempo y me decía en voz de confidencia, señalando con los ojos el nombre del compositor, en el libro abierto sobre el piano:

—¿Tú ves? Yo hubiera llegado hasta él porque lo comprendo, pero no lo alcanzo. Estos dedos viejos no me ayudan ni me ayu-

daron nunca, porque en mi tiempo, hiiita, no se usaba aprender con fundamento. Aprende, aprende tú para que gobiernes en las notas, no vengan ellas a gobernarte a ti. Oyelo bien y no lo olvides: este es el único mando que da ventajas y no deja remordimientos ni busca enemigos.

¡Sí! Tú hubieras gobernado en las notas y en otros muchos reinos que no son de este mundo, Mamá Blanca, porque tú tenías genio, nadie lo sospechó nunca, y fué sin duda esa ignorancia de la opinión ajena la que purificó tu alma del más leve soplo de vulgaridad, como un nuevo bautismo de belleza y de gracia.

***

Una mañanita de abril, muy temprano, como quien se marcha a una excursión campestre, ante el suave concierto que formaban juntos el surtidor de la pila y el piar de los pajaritos saltando sobre el alero, sin dolor ni quejas, Mamá Blanca se fué dulcemente camino de aquel cielo que durante la vida había tenido el buen cuidado de arreglar a su gusto: ¡tan propicio a la íntima alegría! Ya dormida, sus labios entreabiertos por una inmóvil sonrisa, cantaban a lo lejos en el coro de los Bien-

aventurados. Cuando el ataúd, ligero y florido como su espíritu, pasó sin dificultad por la puerta del zaguán, el ángulo final que se ofreció a la vista pareció exclamar desde la altura dirigiéndose a todos los de adentro:

—¡Adiós, hasta después, y dispensen la molestia!

Como tanto me lo había recomendado, una vez ya ausente me apresuré a reclamar cierto manuscrito misterioso que se hallaba dentro de su armario y en el cual, durante su vida y sus ratos perdidos, solía trabajar clandestinamente, como el niño que juega con objetos destinados a más graves empleos. Sabiendo de antemano que estaría yo siempre de buen grado a la sombra de su espíritu, me había dicho repetidas veces:

—Ya sabes, esto es para ti. Dedicado a mis hijos y nietos, presiento que de heredarlo sonreirían con ternura diciendo: «¡Cosas de Mamá Blanca!», y ni siquiera lo hojearían. Escrito, pues, para ellos, te lo legaré a ti. Léelo si quieres, pero no lo enseñes a nadie. Me dolía tanto que mis muertos se volvieran a morir conmigo que se me ocurrió la idea de encerrarlos aquí. Este es el retrato de mi memoria. Lo dejo entre tus manos. Guárdalo con mi recuerdo algunos años más.

Y guardado, en efecto, han pasado por él varios años.

Siendo indiscreción tan en boga la de publicar Memorias y Biografías cortando aquí, añadiendo allá, según el capricho de biógrafos y editores, no he podido resistir más tiempo a la corriente de mi época y he emprendido la tarea fácil y destructora de ordenar las primeras cien páginas de estas Memorias, que Mamá Blanca llamó «retrato de su memoria», a fin de darlas a la publicidad. Como se ha visto, quien las escribió sólo fué célebre ante el afecto conmovido de mi alma. Esta es, sin duda, la única originalidad que ofrecen sobre las demás. Mientras las disponía, he sentido la mirada del público lector, fija continuamente sobre mí, como el ojo del Señor sobre Caín. No es de extrañar que, perdida su primera frescura, hayan adquirido ya una pretensión helada y simétrica, condición fatal que rige casi todo escrito destinado a la imprenta. Queriendo condensar y aspirando a corregir, he realizado una siega funesta. Como bandada de mariposas perseguidas, las frases originales han dejado sobre las viejas páginas sus pintadas alas: las alas de la vida. En el nuevo manuscrito son muy pocas las que vuelan todavía. Sin ejercer como yo la profesión

de las letras, Mamá Blanca escribía con el gracioso abandono de esos autores cuyas hojas de libro corren ligeras sobre los años y nunca se marchitan. Tal observación la había hecho ya más de una vez leyendo sencillas cartas de personas que jamás aspiraron a entrar en el templo solemne de la literatura, por lo cual he deducido con melancolía que esta necesidad imperiosa de firmar un libro no es hierba que nos brota por la fuerza del talento, sino quizá, quizá, por la debilidad del espíritu crítico. Sé de antemano que la mayoría de mis colegas y lectores contemporáneos no han de reprocharme la poda hecha en terrenos de naturalidad y limpidez, sino acaso por lo que encierra de incompleta. Sensible a la aprobación, tal seguridad me regocija. En nuestros días, el ingenio alerta suele realizar en la sombra, entre formas desapacibles y a espaldas de la naturaleza, obras de un esplendor hermético. Para llegar hasta ellas, es preciso forcejear mucho tiempo, hasta abrir siete puertas con siete llaves de oro. Cuando se logra penetrar en el último recinto, se contempla con extenuación un punto interrogante velado y suspendido en el vacío. Por lo que me atañe, puedo asegurar, con la dulce satisfacción del deber cumplido, que he lle-

vado siempre a exposiciones cubistas y a antologías dadaístas, un alma vestida de humildad y sedienta de fe: lo mismo que en las sesiones espíritas, no he visto ni oído a mi alrededor sino la oscuridad y el silencio.

La escuela de lo hermético, unida a la falta de tiempo, condición que gobierna todas las horas de nuestros días, ha logrado colocar los placeres del espíritu y las sonrisas de la idea al alcance de nadie. Creo que por medio de esta alianza, combinada con la multiplicación de las máquinas, se inicia la etapa final de nuestra Redención, que consiste, a mi entender, en matar el pensamiento con la fuerza hercúlea del pensamiento. Adán y Eva pecaron por soberbia de la inteligencia. Como represalia, Dios encerró en ella la mayoría de nuestros dolores y miserias. Libre de la inteligencia y de sus goces maléficos, la humanidad se verá libre de una especie de cofre lleno de serpientes. Como la muerte, negación de todo malestar y nuestro principal castigo, sólo es adversa por la imagen horrible que la idea nos refleja obstinadamente en su espejo perverso, roto el espejo, maldita entre las serpientes, perecerá la muerte y viviremos por fin con la serena confianza de los vegetales y los dioses. Mamá Blanca amaba la sana ale-

gría y buscaba con pasión la dicha ajena. Ante esta iniciativa de publicar sus Memorias deformadas comprenderá sin duda que deseo llevar así mi granito de arena al dichoso remate de nuestra Redención y aprobará conmovida...

Pero no. Escribiendo la frase final he visto acercarse a mi mesa la sombra de la eterna viajera. Con la seña del silencio impresa sobre una triste sonrisa ha susurrado a mi oído en tono de suave reprimenda:

—¡Chst! basta de vanos argumentos. Hablas demasiado. ¿Por qué no aprendiste con mi piano viejo a errar sin disculparte? Mi memoria retrataba la vida, que es desaliñada, graciosa y torcida. La exhibes corregida en una forma que muy triste es asentirlo: no la favorece. Después de pecar por desobediencia y temeridad, como la mujer de Lot, me has negado varias veces por respeto humano, lo mismo que San Pedro. Podría decirte muy severamente: «Vete y no peques más», si no fuese porque juzgo imprudente anatematizar el pecado con demasiada violencia. Proscrito del mundo, su absoluta ausencia podría dejar tras él una aridez de desierto, pues, ¿qué valdría ya la vida sin la gracia del perdón y la indulgencia?

LAS MEMORIAS DE MAMÁ BLANCA

Blanca Nieves y Compañía

Blanca Nieves, la tercera de las niñitas por orden de edad y de tamaño, tenía entonces cinco años, el cutis muy trigueño, los ojos oscuros, el pelo muy negro, las piernas quemadísimas de sol, los brazos más quemados aún, y tengo que confesarlo humildemente, sin merecer en absoluto semejante nombre, Blanca Nieves era yo.

Siendo inseparables mi nombre y yo, formábamos juntos a todas horas un disparate ambulante que sólo la costumbre, con su gran tolerancia, aceptaba indulgentemente sin hacer ironías fáciles ni pedir explicaciones. Como se verá más adelante, la culpa de tan flagrante disparate la tenía Mamá, quien por tempera-

mento de poeta despreciaba la realidad y la sometía sistemáticamente a unas leyes arbitrarias y amables que de continuo le dictaba su fantasía. Pero la realidad no se sometía nunca. De ahí que Mamá sembrara a su paso con mano pródiga profusión de errores que tenían la doble propiedad de ser irremediables y de estar llenos de gracia. «Blanca Nieves» fué un error que a mis expensas, durante mucho tiempo, hizo reír sin maldad a todo el mundo. Violeta, la hermanita que me llevaba trece meses, era otro error de orden moral mucho mayor todavía. Pero eso lo contaré más adelante. Básteme decir, por ahora, que en aquellos lejanos tiempos mis cinco hermanitas y yo estábamos colocadas muy ordenadamente en una suave escalerilla que subía desde los siete meses hasta los siete años, y que desde allí, firmes en nuestra escalera, reinábamos sin orgullo sobre toda la creación. Esta se hallaba entonces encerrada dentro de los límites de nuestra hacienda Piedra Azul, y no tenía evidentemente más objeto que el de alojarnos en su seno y descubrir

diariamente a nuestros ojos nuevas y nuevas sorpresas.

Desde el principio de los tiempos, junto a Mamá, presididas por Papá, especie de deidad ecuestre con polainas, espuelas, barba castaña y sombrero alón de jipijapa, vivíamos en Piedra Azul, cuyos fabulosos linderos ninguna de nosotros seis había traspasado nunca.

Además de Papá y de Mamá, había Evelyn, una mulata inglesa de la isla de Trinidad, quien nos bañaba, cosía nuestra ropa, nos regañaba en un español sin artículos y aparecía desde por la mañana muy arreglada con su corsé, su blusa planchada, su delantal y su cinturón de cuero. Dentro de su corsé, bajo su rebelde pelo lanudo, algo reluciente y lo más liso posible, Evelyn exhalaba a todas horas orden, simetría, don de mando, y un tímido olor a aceite de coco. Sus pasos iban siempre escoltados o precedidos por unos suaves chss, chss, chss, que proclamaban en todos lados su amor al almidón y su espíritu positivista adherido continuamente a la rea-

lidad como la ostra está adherida a la concha. Por oposición de caracteres, Mamá admiraba a Evelyn. Cuando ésta se alejaba dentro de su aura sonora, con una o con dos de nosotras cogidas de la mano, era bastante frecuente el que Mamá levantara los ojos al cielo y exclamara dulce e intensamente en tono de patética acción de gracias y cantando muchísimo las palabras, cosa que era en ella forma habitual e invariable de expresar sus pensamientos :

—¡Evelyn es mi tranquilidad! ¡Qué sería de mí sin ella!

Según supe muchos años después, Evelyn, «mi tranquilidad», se había trasladado desde Trinidad hasta Piedra Azul, con el objeto único y exclusivo de que las niñitas aprendieran inglés. Pero nosotras ignorábamos semejante detalle, por la sencilla razón de que en aquella época, a pesar de la propia Evelyn, no teníamos aún la más ligera sospecha de que existiese el inglés, cosa que a todas luces era una complicación innecesaria. En cambio, por espíritu de justicia y de com-

pensación cuando Evelyn decía indignada:

—Ya ensuciaste vestido limpio, terca, por sentarte en suelo.

Nosotras no le exigíamos para nada los artículos, los cuales, al fin y al cabo, tampoco eran indispensables.

Al lado de Evelyn, formando a sus órdenes una especie de estado mayor, había tres cuidadoras que la asistían en lo de bañarnos, vestirnos y acostarnos y se reemplazaban tan a menudo en la casa que hoy sólo conservo mezclados y vaguísimos recuerdos de aquellos rostros negros y de aquellos nombres tan familiares como inusitados: Hermenegilda... Eufemia... Pastora... Armanda... Independientes del estado mayor había las dos sirvientas de adentro: Altagracia, que servía la mesa, y Jesusita, que tendía las camas y «le andaba en la cabeza» a Mamá durante horas enteras, mientras ella, con su lindo y ondulado pelo suelto, se balanceaba imperceptiblemente en la hamaca.

En la cocina, con medio saco viejo prendido en la cintura a guisa de delantal y un

latón oxidado en la mano a guisa de soplador, siempre de mal humor, había Candelaria, de quien Papá decía frecuentemente saboreando una hallaca o una taza de café negro: «De aquí se puede ir todo el mundo menos Candelaria.» Razón por la cual los años pasaban, los acontecimientos se sucedían y Candelaria continuaba impertérrita con su saco y su latón, transportando de la piedra de moler al colador del café, entre violencias y cacerolas, aquella alma suya eternamente furibunda.

Por fin más allá de la casa y de la cocina había el mayordomo, los medianeros, los peones, el trapiche, las vacas, los becerritos, los mangos, el río, las mariposas, los horribles sapos, las espantosas culebras semilegendarias y muchas cosas más que sería largo de enumerar aquí.

Como he dicho ya, nosotras seis ocupábamos en escalera y sin discusión ninguna el centro de ese Cosmos. Sabíamos muy bien que empezando por Papá y Mamá hasta llegar a las culebras, después de haber pasado por Evelyn y Candelaria, todos, absoluta-

mente todos, eran a nuestro lado seres y cosas muy secundarias creadas únicamente para servirnos. Lo sabíamos las seis con entera certeza y lo sabíamos con magnanimidad, sin envanecimiento ninguno. Esto provenía quizás de que nuestros conocimientos, siendo muy claros y muy arraigados, estaban limitados a nuestros sentidos, sin que jamás se aventuraran a traspasar por soberbia o ambición las fronteras de lo indispensable. ¡Tan cierto es que los conocimientos vanos crean los deseos vanos y crean las almas vanas! Nosotras, al igual de los animales, carecíamos amablemente de unos y de otros.

Nuestra situación social en aquellos tiempos primitivos era, pues, muy semejante a la de Adán y Eva cuando, señores absolutos del mundo, salieron inocentes y desnudos de entre las manos de Dios. Sólo que nosotras seis teníamos varias ventajas sobre ellos dos. Una de esas ventajas consistía en tener a Mamá, quien, dicho sea imparcialmente, con sus veinticuatro años, sus seis niñitas y sus batas llenas de volantes era un encanto. Otra

ventaja no menos agradable era la de desobedecer impunemente comiéndonos a escondidas, mientras Evelyn almorzaba, el mayor número posible de guayabas sin que Dios nos arrojara del Paraíso cubriéndonos de castigos y de maldiciones. El pobre Papá, sin merecerlo ni sospecharlo, asumía a nuestros ojos el papel ingratísimo de Dios. Nunca nos reprendía; sin embargo, por instinto religioso, rendíamos a su autoridad suprema el tributo de un terror misterioso impregnado de misticismo.

Por ejemplo: si Papá estaba encerrado en su escritorio, y nosotras las cinco, que sabíamos andar ignorando este detalle, nos sentábamos en el pretil contiguo a aquel sancta-sanctorum y allí en hilera levantando a una vez todas las piernas, gritábamos en coro: «Riqui-riqui riqui-rán, los maderos de San Juan...» Una voz poderosa y bien timbrada, la voz de Papá, surgía inesperadamente de entre los arcanos del escritorio:

—¡Que callen a esas niñas! ¡Que las pongan a jugar en otra parte!

Enmudecidas como por ensalmo, nos quedábamos inmóviles durante unos segundos, con los ojos espantados y una mano extendida en la boca hasta salir por fin, todas juntas, en carrera desenfrenada hacia el extremo opuesto del corredor, como ratones que hubiesen oído el maullido de un gato.

Por el contrario: otras veces nos subíamos en el columpio que atado a un árbol de pomarosas tendía sus cuatro cables frente a aquel ameno rincón del corredor donde entre palmas y columnas se reunían la hamaca, el mecedor y el costurero de Mamá. En pie todas juntas en nuestro columpio, agarrándonos a sus cuerdas o agarrándonos unas a otras, nos mecíamos lo más fuertemente posible, saludando al mismo tiempo la hazaña con voces y gritos de miedo. Al punto, esponjadísima dentro de su bata blanca cuajada de volantes y encajitos, asistida por Jesusita, con el pelo derramándose en cascadas y con la última novela de Dumas padre en la mano, del seno de la hamaca surgía Mamá:

—¡Niñitas, por amor de Dios: no sean tan

desobedientes! ¡Bájense dos o tres por lo menos de ese trapecio! Miren que no puede con tantas y que se van a caer las más chiquitas! ¡Bájense, por Dios; háganme el favor, bájense ya! ¡No me molesten más! ¡No me mortifiquen!

Nosotras, arrulladas por tan suaves cadencias y prolongados calderones, tal cual si fueran las notas de un cantar de cuna, seguíamos marcando a su compás nuestro vaivén: Arriba..., abajo..., arriba..., abajo..., y encantadas desde las cumbres de nuestro columpio y de nuestra desobediencia enviábamos a Mamá durante un rato besos y sonrisas de amor, hasta que al fin, atraída por los gritos, llegaba Evelyn y: chss, chss, chss, se acercaba al columpio, lo detenía y así como se arrancan las uvas de un racimo maduro nos arrancaba una a una de sus cuerdas y nos ponía en el suelo.

Cuando Mamá se iba a Caracas en una calesa de dos caballos, acontecimiento desgarrador que ocurría cada quince o dieciséis meses, para regresar al cabo de tres semanas

de ausencia, tan delgada como se había ido antes y con una niñita nueva en la calesa de vuelta, tal cual si en realidad la hubiera comprado al pasar por una tienda, cuando Mamá se iba, digo, durante aquel tristísimo interregno de tres y hasta más semanas, la vida, bajo la dictadura militar de Evelyn, era una cosa desabridísima, sin amenidad ninguna, toda llena de huecos negros y lóbregos como sepulcros.

Pero cuando en las mañanas, a eso de las nueve, llegaba el muchacho de la caballeriza, conduciendo a Caramelo, el caballo de Papá, y éste, a lo lejos, sentado en una silla con una pierna cruzada sobre la otra se calzaba las espuelas, nosotras nos participábamos alegremente la noticia:

—¡Ya se va! ¡Ya se va! Ya podemos hacer riquiriqui en el pretil.

Decididamente entre Papá y nosotras existía latente una mala inteligencia que se prolongaba por tiempo indefinido. En realidad no solíamos desobedecerle sino una sola vez en la vida. Pero aquella sola vez bastaba para des-

unirnos sin escenas ni violencias durante muchos años. La gran desobediencia tenía lugar el día de nuestro nacimiento. Desde antes de casarse, Papá había declarado solemnemente:

—Quiero tener un hijo varón y quiero que se llame como yo, Juan Manuel.

Pero en lugar de Juan Manuel, destilando poesía, habían llegado en hilera las más dulces manifestaciones de la naturaleza: «Aurora»; «Violeta»; «Blanca Nieves»; «Estrella»; Rosalinda»; «Aura Flor»; y como Papá no era poeta, ni tenía mal carácter, aguantaba aquella inundación florida, con una conformidad tan magnánima y con una generosidad tan humillada, que desde el primer momento nos hería con ellas en lo más vivo de nuestro amor propio y era irremisible: el desacuerdo quedaba establecido para siempre.

Sí, mi señor don Juan Manuel, tu perdón silencioso era una gran ofensa, y, para llegar a un acuerdo entre tus seis niñitas y tú, hubiera sido mil veces mejor el que de tiempo en tiempo les manifestaras tu descontento con palabras y con actitudes violentas. Aquella

resignación tuya era como un árbol inmenso que hubieras derrumbado por sobre los senderos de nuestro corazón. Por eso no te quejes si, mientras te alejabas bajo el sol, hasta perderte allá entre las verdes lontananzas del corte de caña, tu silueta lejana, caracoleando en Caramelo, coronada por el sombrero alón de jipijapa, vista desde el pretil, no venía a ser más sensible a nuestras almas que la de aquel Bolívar militar, quien a caballo también, caracoleando como tú sobre la puerta cerrada de tu escritorio, desde el centro de su marco de caoba y bajo el brillo de su espada desnuda, dirigía con arrogancia todo el día la batalla gloriosa de Carabobo.

Vienen visitas

Espero que ninguno de ustedes se haya reído, al escuchar la lista de nuestros nombres, lista incompleta, puesto que en el momento histórico a que me refiero no se había terminado todavía. Reírse de nuestros nombres por muy risibles que sean indicaría poco espíritu de adaptación. Es cierto que a nosotras casi nunca nos quedaron buenos, pero en cambio a Mamá, nacida por el año 1831, le quedaban todos admirablemente. Al bautizarnos se adornaba con ellos como si fueran encajes o lazos de cinta, y se contemplaba después a cada rato llena de satisfacción. Porque Mamá era bonita, Mamá era presumidísima y con permiso de ustedes, señores clásicos simbolistas y

futuristas, Mamá era una romántica avanzada de la más pura estirpe. Le encantaban las flores artificiales, el terciopelo aunque hiciera calor, el crujido de la seda, y cualquier libro, prosa o verso, en donde las metáforas se ahuecaran unas tras otras muy ordenadamente, como se ahuecan los borreguitos de nube en los cielos azules del verano. Casi lloraba de nostalgia y de melancolía al recitar aquello de:

Cuánto amor, Adela mía,
aquí un día
me juraste y te juré...

Mamá tenía el alma llena de cursilerías deliciosas. Eran ellas su principal encanto. Transparentes como el agua, como frutas maduras se ofrecían cándidamente al alcance de la mano. Por eso más que por nada, diferían de las cursilerías futuristas, pongo por caso, que se encierran con llave, soberbia y cobardemente, dentro de las fortalezas inexpugnables de un esoterismo pedregoso, y allí, sin que nadie vaya nunca a decirles buenos días, se mueren solas de orgullo y de inanición.

Mamá era, pues, una romántica sin cobardía y sin saberlo. De obedecer a mi natural impulso, mirándola pasar allá, por el lejano país de mis recuerdos, con su bata blanca, su abanico de paja, y sus lazos azules o rosados, no diría de ningún modo que ella trató nunca de imitar a los románticos; afirmaría, por el contrario, que los románticos trataron siempre de imitarla a ella. Yo creo que como el tabaco, la piña y la caña de azúcar, el Romanticismo fué una fruta indígena que creció dulce, espontánea y escondida entre las languideces coloniales, y las indolencias del trópico hasta fines del siglo XVIII. Hacia esa época, Josefina Tascher, sin sospecharlo, tal cual si fuera un microbio ideal, se lo llevó enredado en los encajes de una de sus cofias, contagió así a Napoleón, en aquella forma aguda que todos conocemos y poco a poco las tropas del Primer Imperio, secundadas por Chateaubriand, propagaron la epidemia a todas partes. Digan lo que quieran, búrlense o no, yo aseguro que Mamá y Napoleón se parecieron mucho. ¿Hay algo si no más semejante al afán

inmoderado con que Napoleón iba sentando a sus hermanos uno a uno en los más encumbrados tronos de Europa que aquel otro afán, inmoderado también, con que Mamá, una a una, iba sentando a sus niñitas en las más afamadas obras de la Creación? Ser Estrella, Aurora, o Blanca Nieves, ¿no equivale mil veces, desde cierto punto de vista, a ser rey de España, de Nápoles o de Holanda? Sólo que la pobre Mamá emprendía la conquista de sus tronos sin arreos militares y sin sacrificios de vidas. Se iba, como he dicho ya, caminando muy poco a poco, en una calesa de dos caballos, con su crinolina anchota de tafetán, su manteleta de muselina y una capotica llena de cerezas, que ataba bajo la barba con un gran lazo de cinta. Al arrancar el coche, sacaba una mano que tenía un mitón de seda y pronunciaba así su única arenga:

—¡Adiós, mis amores! ¡Adiós, mis linduritas! ¡Obedezcan mucho! ¡Pórtense todas muy bien, que yo vuelvo a la tarde y les traeré caramelos!

¡Ah, su obra de paz había de ser mucho más

duradera y nuestros reinados que nunca fueron frutos de la usurpación, iban a dilatarse suavemente, ignorados y felices a lo largo de nuestras diversas existencias!

De tiempo en tiempo llegaban visitas a Piedra Azul. Visitas que venían a almorzar, o visitas que venían a pasar algunos días. Estas últimas eran por lo común tíos, primos o amigos íntimos de Papá y Mamá, viejas amistades en suma, cuyos rostros familiares no llegaban a asustarnos. Pero ¡ay! las visitas que venían a almorzar. Aquello era terrible. Empezaba porque Evelyn nos bañaba y nos vestía a todas desde muy temprano, y después de recomendarnos varias veces muy severamente que no jugáramos con tierra, ni nos entretuviéramos en meter un pie dentro del barreño de beber las gallinas, para mayor seguridad acababa por encerrarnos en una gran pieza esterada entre cuyos ámbitos nuestra limpieza quedaba firmemente garantizada. Allí, en la feliz ignorancia de lo que nos esperaba, dentro de unos pantalones que avanzaban con insolencia y candor hasta la orilla de las botas, y unas fal-

das tiesas y anchísimas mucho más cortas que los pantalones, tal cual si fuéramos un rebaño de azucareras o de compoteras invertidas, nos paseábamos con orgullo de un lado a otro. Por fin llegaban las visitas. Al divisarlas, corríamos todas a ponernos de espaldas en un rincón, la frente obstinadamente adherida a la pared, o nos cubríamos el rostro con los brazos cruzados y apretadísimos en actitud de supremo pudor que nadie elogiaba. Mamá decía cantando y calderoneando más que nunca:

—¡Si es que son unas montunas! ¡Son unas mismas salvajes! ¡Le tienen pena (1) a sus propias sombras! ¡Figúrense que nunca han salido de la hacienda!

Yo no sé cuál de las dos cosas nos impresionaba más: si el espectáculo aterrador de aquellos rostros desconocidos, que nos hablaban sonriendo y querían a toda costa besarnos y vernos la cara, o si la actitud inusitada que desde el primer momento, al solo anuncio de las visitas, asumía Mamá. ¡Ah, es

(1) Véase la lista de americanismos que se publica al final del volumen.

que Mamá era el colmo de la amabilidad! Su don de gentes, contenido de ordinario dentro de los cuatro corredores de la casa de Piedra Azul, se desbordaba impetuoso a la primera oportunidad y era sencillamente un torrente, un diluvio universal de finuras, sonrisas, obsequios y cumplidos. Al igual de nosotras, ella también se vestía desde temprano, y agitadísima empezaba a recorrer la casa descubriendo manchas a diestra y siniestra, cambiando los tapetes de las mesas y poniendo ramos de flores en todas partes.

Papá era el único que permanecía impasible con el mismo vestido y el mismo aspecto de todos los días. Sentado en un mecedor, contemplando la agitación y el continuo arreglarse de Mamá, entre serio y sonriente, entre nervioso y burlón, comentaba así aquella especie de representación teatral:

—¡Ya empiezan, ya empiezan las monerías! Contigo no sería de extrañar, Carmen María, que el día menos pensado las visitas se encontraran con un ramo de flores, un paño bordado y un plato de dulces en...

Y Papá nombraba un lugar de la casa que no suele mencionarse en sociedad, como estamos nosotros ahora.

Pero Mamá no tomaba en cuenta las ironías de Papá. Su amabilidad firme y bien asentada tenía raíces demasiado hondas, para que burlas e ironías llegasen a rozarla siquiera. Mamá era amable por generosidad de alma, era amable por adornarse a sí misma, y era amable además porque, teniendo quince años menos que Papá, no había descubierto todavía que en las batallas de amabilidad, como en todas las batallas, es mucho más airoso el enviar que el recibir y que el más amable abusa horriblemente de su contrincante al tomar para sí la mejor parte.

Después de habernos obstinado pudorosamente en que las visitas no nos vieran la cara, cuando estábamos bien convencidas de que nadie se ocupaba ya de nosotras, corríamos a escondernos tras una de las puertas de la sala, y allí, ignoradas de todos, entre risas o suspiros apagados, contemplábamos a nuestra sabor la representación.

Aseguro a ustedes que no era un espectáculo trivial el de ver a Mamá, llena de lazos, con la boca florecida de cumplidos, y los ojos levantados al cielo, sirviendo poco a poco, de un jarro de cristal, en donde flotaban cortezas de piña, unas doradas copas de guarapo fuerte, que iba distribuyendo después entre languideces y sonrisas. Las visitas las tomaban de sus manos, las probaban con la punta de los labios y en lugar de decir con desabrimiento y pretensión, como se dice ahora:

—Este cocktail de champagne es delicioso—declaraban llenos de nobleza y sencillez:

—Este guarapo fuerte está magnífico.

Mamá, encantada, insistía naturalmente para que bebieran más, y eran tales las insinuaciones, y tantas las sonrisas, que por lo que a mí respecta confieso sinceramente que tenía ganas de llorar a gritos. Me dolía muchísimo el comprobar por la rendija de la puerta aquel amor desmedido que Mamá profesaba a las visitas, y sentía una necesidad violenta de desahogar mis celos entre gemidos

y lágrimas. A casi todas mis hermanitas les pasaba lo mismo. De modo que junto a aquella alegría general que en la sala encendía y avivaba la inocencia del guarapo fuerte, sin que nadie lo supiese, tras de la puerta entornada, palpitaba un drama: el olvidado rebaño de compoteras sufría en silencio con un gran dolor hondo lleno de decepción y de sorpresa.

María Moñitos

I

Mucho más que en su propia persona, la vanidad de Mamá había fijado su asiento en nuestras seis cabezas. Al decir «cabezas» no incluyo de ningún modo en esta palabra la parte anterior o rostro, sino que me refiero únicamente a aquella parte superior y posterior que en las personas suele estar cubierta de cabellos. Por los rostros, las cosas no anduvieron siempre muy en orden: había naricitas respingadas, ojos que podían haber sido más grandes, pestañas no muy largas y alguna que otra boca medio sin gracia. Pero si se pasaba de la frente, lo que venía después era siempre un montón de variadas maravillas. La vanidad de Mamá tenía allí mucho de

donde agarrarse. Había quien llevaba sobre su persona una maraña adorable de seda bronceada; quien tenía la cabeza literalmente cuajada de sortijas brillantes y negras como azabaches; quien parecía un mismo carnerito de oro y a quien le llovía continuamente sobre la nuca, las orejas y la frente una tempestad de crespitos castaños.

Cuando aparecían las visitas y nosotras, como he contado ya, por cubrirnos el rostro, presentábamos al público todo el pelo, no realizábamos quizás un acto de cortesía, pero estoy en cambio segurísima de que realizábamos por instinto, en secreto y misterioso acuerdo con Mamá, un acto de sabia presunción.

La gente decía trémula de sincero entusiasmo:

—¡Qué cabezas tan divinas, y todas diferentes! ¡Si parecen un coro de querubines!

Por toda contestación, nosotras nos cubríamos más y más el rostro. Ante el esfuerzo, las sortijas, bucles, marañas y crespitos temblaban tornasolados pregonando en nombre de

los rostros bellezas sin cuento, que en realidad no existían. Al explotar así la curiosidad y la credulidad del público, nos hacíamos con habilidad, en un instante, al igual de los artistas e industriales modernos, un renombre muy superior al merecido por nuestras perfecciones. Las visitas, en efecto, acababan diciendo:

—¡Qué criaturas tan lindas!

Y se iban muy convencidas sin haberlo comprobado. Mamá, bañada en agua de rosas, respondía con frases desbordantes de falsa modestia y al final, sin dar a la cosa la menor importancia, declaraba esto:

—Sí. Es verdad que tienen el pelo sedoso y crespo. Y han de saber ustedes que es enteramente natural. La única que lo tiene un poco menos rizado es Blanca Nieves, aquélla, la más trigueñita..., pero sus crespos... ¡también son naturales!

La primera frase era verdadera. En la última mi querida Mamá mentía de un modo descarado y enternecedor. Es cierto que la pobre comenzaba por encerrar tímida-

mente su mentira en la forma discreta del eufemismo, lo cual no deja de ser un homenaje a la verdad, y es cierto, además, que, como alguien ha dicho, «el primer deber de toda mujer es el de aparecer hermosa». Al esforzarse ella en cumplir por mí mi primer deber, no podía cometer, pues, una acción reprochable, al contrario. No lo digo por disculparla: su acto era digno de elogio, tanto más si se considera aquella serie de esfuerzos admirables y cotidianos, ¡tan conocidos por mí!, que su mentira encubría.

En lo tocante al cabello, la naturaleza, tan pródiga con mis hermanitas, se había conducido conmigo, sólo conmigo, lo mismo que una madrastra cruel, injusta y caprichosa. Pero como Mamá era madre, la tenía retada a una lucha sin cuartel que se renovaba todas las mañanas. Por las tardes, de dos a tres, la madrastra quedaba vencida y burlada. Si venían visitas, quedaba burlada y vencida desde las once de la mañana, y mi podre cabello negro, en el cual no existía la más leve sospecha de una onda, por virtud del milagro

maternal, ante las miradas extrañas, temblaba con gracia e hipocresía distribuído en menudos crespitos, tan enroscados como los de todo el mundo, ¡y a ver si quien no estuviera en el secreto sabía distinguir cuáles eran los falsos y cuáles los verdaderos!

Mamá sufría por la gran injusticia de la cual era yo escondida víctima. Sufría también por los minuciosos engaños que le imponía la tal injusticia, pues no era ella persona que gustase de mentir a toda hora por vicio o costumbre. No. Sólo lo hacía con entera sencillez y naturalidad en los casos en que, como éste, la mentira venía a ser indispensable.

Para luchar contra la lisura de mi cabello, Mamá desplegaba un ardor y una perseverancia admirables. Sin embargo, como a todo gran luchador, a ella también la acometía de pronto el desaliento. A veces, instalada conmigo frente al espejo, antes de ejecutar en mi pelo aquella serie de artes y oficios que voy a enumerar, apagados por un segundo ardor y perseverancia, con una voz lastimera y con el peine y la mano desmayados sobre su falda,

me hacía en pleno decaimiento esta especie de reproche:

—¿Pero de dónde sacarías tú el pelo tan liso, Blanca Nieves, mi hijita querida?

Como yo no sabía en absoluto de dónde lo había sacado, considerándome culpable, me excusaba tímidamente respondiendo con la misma pregunta y con la misma dulzura en la voz:

—¿Y de dónde lo sacaría de verdad, Mamaíta?

Si Mamá sufría de que yo tuviera el pelo liso, yo sufría mil veces más de que ella se empeñara en encrespármelo así, contra viento y marea. Aquel inmoderado interés por mi cabello cautivaba entre sus garras gran parte de mi tiempo y al suspenderse temible a ciertas hora del día sobre mi cabeza inocente y desondulada, cohibía mi libertad y empozoñaba mis juegos. A cada rato me parecía oír aquella frase matinal, solemne e inexorable como una sentencia:

—Blanca Nieves, ven a cogerte los moñitos.

O ésta, meridiana, solemne e inexorable como otra sentencia:

—Ven, Blanca Nieves para hacerte los crespos.

Y las dos frases se sucedían regular y diariamente como la revolución solar.

A más de aquella presunción, vanidad o amor a la propia belleza, fuerzas muy considerables y ya mencionadas, Mamá estaba animada por una fuerza mucho más formidable aún: la fe. Sí, señores, la fe. Mamá creía en el «bejuco de cadena». Es decir que contra toda evidencia ella sabía muy bien que la reconocida eficacia de dicho encadenado bejuco acabaría por rizar mi cabello en un porvenir cercano y en forma natural o permanente. Esto me perdía. De allá, de muy arriba en la montaña iban expresamente todas las semanas a bajarle su adorado bejuco, el cual llegaba con un rico olor a monte y a tierra húmeda, tan grato como amenazador. Desafiando valientemente las furias de Candelaria, Mamá se iba a la cocina, lo ponía en una cacerola, le echaba agua, lo hervía y sacaba aquel te claro,

que destinado a empaparme la cabeza durante ocho días consecutivos, quedaba depositado en un tazón, hasta el advenimiento de un nuevo bejuco y la elaboración de un nuevo te.

Era por lo general así, armada con el tazón, el peine y un sinfin de maripositas de papel como solía pronunciar en la mañana su importuna sentencia. Era inútil el que mi pelo y yo le demostrásemos todos los días palpablemente la nulidad desoladora del bejuco de cadena. Ella seguía comprobando imperterrita los progresos de unas ondas numerosas e imaginarias. Y es que al amar con tantísima ternura mi desheredado pelo, resultaba natural que el alma dulce y mística de mi Mamaíta esperara confiada en la misericordia del bejuco de cadena. Aquello era en suma una especie de religión y yo era la víctima expiatoria, que ella, al igual de Abraham, sacrificaba con valor en aras de mi belleza.

Me parece que acabo de exagerar un poco al hablar de los crueles sacrificios que a los cinco años me imponían mis crespos fingidos, o lo que es lo mismo, mi arduo deber de apa-

recer hermosa. Tengo ciertos escrúpulos. Creo que me he dejado llevar por ese prurito tan común a todo el mundo: el deseo de brillar. He querido brillar por el sufrimiento y exaltarme en la compasión de ustedes. En el fondo no merezco tal exaltación. Mi pelo liso me imponía sacrificios, es cierto, pero si me los imponía, era para regalarme luego ratos de exquisito coloquio con personajes interesantísimos llenos de belleza física y de encantos morales. Andando por los ásperos senderos de mi pelo liso, fué como encontré al amanecer a Nuestra Señora, la amable poesía. Aunque ni entonces ni después debía yo cubrirme familiarmente con su propio manto, ella me sonreía ya, bondadosa, desde lejos, y en contestación, desde lejos también, yo le sonreía. La mutua y discreta sonrisa dura todavía.

He aquí cómo ocurrían las cosas y cómo a la amargura de la privación sucedían las dulzuras de una escondida abundancia.

A eso de la una de la tarde, mientras Evelyn almorzaba, nosotras aprovechábamos

aquel resquicio de libertad para divertirnos lo más posible. Frente a la casa, bajo los árboles, ante la distraída vigilancia de Mamá, comíamos furtivamente guayabas y pomarosas jugando al mismo tiempo a «la candelita». Sentada en un mecedor del corredor de la casa, absorta en un libro, con su abanico de paja en movimiento, Mamá levantaba de tiempo en tiempo los ojos y nos veía. En realidad era yo quien, sin parecer, la observaba a ella con atención e inquietud. De pronto, cerraba el libro y gritaba, en efecto:

—Blanca Nieves, ven a hacerte los crespos.

Pero Blanca Nieves nunca oía. Su cabeza, que, desde por la mañana, erizada de claros papillotes, parecía una alcachofa salpicada de salsa blanca, corría de árbol en árbol pidiendo aquí y allá «una candelita». Mamá esperaba pacientemente que la alcachofa se acercara un poco para repetir en voz más alta:

—Blanca Nieves, ¿estás sorda? ¡Que vengas a hacerte los crespos!

Como las personas sordas no responden ni vuelven nunca la cabeza cuando se las llama,

la erizada alcachofa seguía de espaldas a todo correr mordiendo una guayaba e implorando la candelita. Mamá esperaba de nuevo unos segundos para tomar resueltamente su voz de queja:

—¿Hasta cuándo me molestas, Blanca Nieves? ¿Hasta cuándo me desesperas?

Y cantando melodiosamente su desesperación se abanicaba y se mecía con la cabeza apoyada en el respaldar del asiento. Era lo mismo que en las antiguas óperas italianas. Pero por desgracia mía y honor de la vejada obediencia, la ópera no duraba nunca más de cinco minutos. Llena de ruidos sordos, Evelyn invadía el lugar y apagando con los vendavales de su falda almidonada toda candelita, me agarraba de un brazo y me llevaba a presencia de Mamá. Sea que por temperamento nunca me halagaron las aparatosas manifestaciones de la rebeldía, sea que me parecieran contrarias a mi dignidad, sea, en fin, que en aquellas circunstancias las juzgase inútiles, bajo la presión de la mano de Evelyn en mi brazo, mi cuerpo caminaba

sin hacer resistencia. Pero mi alma independiente, mi alma intangible, a quien Evelyn no podía agarrar por un brazo, ¡resistía! Ella sí se quedaba un buen rato más junto a los árboles, comiéndose su guayaba y pidiendo su candelita, mientras mi cabeza malhumorada y muda bajo los mil papillotes, allá, en el cuarto de Mamá, se entregaba estoicamente entre sus manos.

II

«No hay rosas sin espinas», suelen decir. Es muy cierto. Fiel a este conocido aforismo, olvidada de la rosa, todos los días, comenzaba por herirme con las espinas, para luego, sorprendida y feliz, inclinarme, coger la rosa a manos llenas, y aspirar encantada su perfume. Esta poética imagen se renovaba día tras día sin que la experiencia se dignara intervenir.

Para peinarme Mamá se instalaba en una silla alta, y a mí me sentaba delante de ella en un taburete. Sus rodillas me servían de respaldo y al hablar nos mirábamos los rostros en el gran espejo que en frente y cerca de las dos reflejaba el grupo entero. No bien las

manos blancas revolando en mi cabeza empezaban a deshacer moñitos, cuando un poco más arriba los labios rompían a contar un cuento. Era una costumbre consagrada. El peine entraba cantando en el pelo, ya escarmenado por la mañana, la voz llena de imágenes cantaba entre los labios y pronto, al doble reclamo, el alma rezagada y terca regresaba quedo, se posaba también sobre el espejo, y como barca en el río, se dejaba llevar por el relato, dulcemente, corriente abajo, entre dos orillas de amenos paisajes. La despreciable candelita y las viles guayabas se quedaban decididamente muy atrás.

Mientras el regazo de Mamá se iba llenando de papillotes mustios mi cabeza florecía en crespitos y mi corazón generoso deseaba alojar en mí, no una sola alma, sino diez o doce para llevarlas todas juntas por tan deliciosos parajes.

Yo creo sin pretensión y sin asegurarlo que Mamá fué un buen poeta. Sólo que en vez de alinear sus versos en páginas impresas, destinadas quizás a manos profanas, cosa que

hacen casi todos los poetas, ella encerraba los suyos con gracia y originalidad en estrofas de crespitos. Su público no era nutrido, puesto que se componía de mí y de mi imagen reflejada en el espejo, pero era tan atento, vibraba tan al unísono con el alma de la frase, que el arte poético y narrativo de Mamá podía darse por muy satisfecho: su objeto quedaba colmado plena y triunfalmente. ¿Qué importa en efecto el número de los que se acercan a compartir una emoción? Un millón o uno solo es lo mismo. El caso es sentir que la emoción creada ha sido intensamente compartida y el más bello de los poemas merecería haberse escrito para un solo buen lector. En lo tocante a los relatos de Mamá yo era ese único, excelente lector o complemento.

Debo confesar que los personajes y sucesos de tales relatos no eran nunca originales. De labios de Mamá surgían en variada sucesión: cuentos de hadas, relatos mitológicos, fábulas de Samaniego y de La Fontaine, romances de Zorrilla, trozos de historia sagrada, novelas de Dumas padre y el tierno

poema de Bernardin de Saint-Pierre, Pablo y Virginia. La pobre Mamá que por su vida aislada y campesina era bastante «leída», como suele decirse, echaba mano de cuanto su memoria tenía al alcance. Yo me encargaba luego de imprimir unidad al conjunto. En mis ratos de ensueño, al hacer revivir con entusiasmo los más notables hechos, invitaba a mis torneos espirituales a aquellos personajes que juzgaba más nobles o interesantes. Como nadie decía no, en mis libres adaptaciones se veía por ejemplo a Moisés vencido por d'Artagnan o a la dulce Virginia naufragando tristemente en el arca de Noé y salvada de pronto, gracias a los esfuerzos heroicos e inesperados de la Bella y la Fiera.

La brusca interrupción de mis juegos, o sea el paso de los placeres deportivos a los placeres líricos resultaba desagradable a mi sensibilidad y encendía en mi alma como ya se ha visto un vivo y fugaz mal humor. Era un malhumor arrogante lleno de autoridad. Mientras mi persona se sentaba en el taburete, él dictaba sus leyes y si consentía en

entregar mansamente a Mamá la posesión material de mi cabeza era a trueque de asegurarse la posesión moral y absoluta de la de ella. Las leyes dictadas eran tan terminantes como difíciles de prever:

—Quiero que me cuentes hoy, Mamá, un cuento nuevecito, en donde salga un caballo blanco, pero que no me lo hayas contado ni una sola vez.

Mamá tenía que lanzarse a todo correr, memoria arriba, en busca de un cuento enteramente nuevo, al cual se le pudiera enganchar un caballo blanco.

Otras veces sentía yo el deseo de vagar a paso lento entre alamedas familiares sumergidas en la melancolía del recuerdo y frecuentadas por rostros amigos a quienes poder saludar y sonreír. Exigía entonces «un cuento viejo» e imponía de antemano tiránicas reformas, las cuales respondían a los diversos estados o anhelos de mi espíritu. Tenía yo reservados para ciertos días mis dos cuentos preferidos, cuyos principales actores he mencionado ya. Era uno La Bella y la Fiera; el

otro mi verdadero favorito, era Pablo y Virginia, llamado con otro nombre El cuento de los dos niñitos. Gracias al arte de Mamá, en estos dos relatos, la ficción se mezclaba armoniosamente con la realidad, prestándose una a otra en feliz equilibrio tesoros de poesía y realismo. Mi imaginación podía correr así por caminos fantásticos llenos de sitiales en donde apoyarse y reconocer la verdad. Pablo y Virginia, verbigracia, tenían como escenario de sus tristes amores nuestra misma hacienda Piedra Azul. La cabaña de Virginia se alzaba en una colina denominada «el peñón», que yo podía contemplar desde mi taburete por la ventana abierta del cuarto de Mamá, con sólo ladear ligeramente la cabeza. En cuanto a la de Pablo, erguida un poco más allá, dominaba un conuquito de maíz que sólo se distinguía desde el corredor principal de la casa. Muchas veces, con media cabeza encrespada y media con papillotes, me levantaba un instante para echarle un vistazo al conuco de Pablo y volvía apresurada a ocupar mi taburete a fin de que sin

mayor interrupción continuase el relato. En lugar de embarcarse rumbo a Francia, palabra pretenciosa de oscura significación, Virginia, llena de naturalidad, se iba a Caracas en una calesa igual a la de Mamá. A su regreso naufragaba de un modo doloroso por haber atravesado el río crecido. Difícilmente podría describir hoy hasta qué punto aquel naufragio fatal me destrozaba el alma. Las circunstancias precisas de lugar aumentaban vivamente la intensidad dramática. El escenario familiar prestaba a los hechos el prestigio augusto de la historia. Consagrados así, la colina, el conuquito y el río, eran en adelante a mis ojos objetos venerables a los cuales concedía continuamente miradas de devoción y de cariño.

Si la bella y la Fiera cautivaban también mi simpatía y derramaban en mi alma un torrente de dulzura, era por razones análogas. La descripción de la Fiera que se componía de rabo, pelo negro, un par de orejotas y dos colmillos afiladísimos, con los cuales roía huesos y comía carne cruda, venía a ser punto

por punto el retrato vivo de Marquesa, nuestra perra de Terranova, especie de hermana mayor llena de bondades a quien todas nosotras queríamos tiernamente. Cuando llegaba el momento de describir la Fiera a mí no se me pasaba nunca el preguntar conmovida:

—Era así como Marquesa, ¿verdad, Mamá?

Mamá comprendía la necesidad urgente de mi corazón y la satisfacía generosamente:

—Sí, era idéntica a Marquesa.

El amor humilde, inmenso y sin esperanza de la Fiera por la Bella me enternecía extraordinariamente. Aquella pasión en la cual mi amistad estaba directamente interesada como ya se ha visto, era tanto más emocionante cuanto más desigual y nefasta a la Fiera. Por esta razón el verdadero desenlace del cuento me desagradaba y desde mucho tiempo atrás había impuesto sobre el particular severas reformas. Permitir que la Fiera se convirtiera en Príncipe antes de casarse con la Bella me parecía indigno y me parecía además una inconsecuencia sin nombre para

con la pobre Marquesa. El noble impulso de la Bella quedaba por otro lado rebajado al nivel de lo común; en una palabra, aquellas bodas principescas y brillantes me resultaban antipáticas y de una trivialidad despreciable. Quizás obedeciera en esto al sentimiento natural del público, que sólo aplaude sinceramente el amor, cuando el amor se esconde discreto dentro de la pobreza, la insignificancia o la mediocridad. A las bodas que apadrina la pobreza el público asiste siempre con el alma desbordante de generosos deseos y en los presentes que allí envía suele enlazar, feliz y estrechamente, los nobles impulsos del corazón y las amables ventajas de la economía. Sobre este particular, repito, aun cuando no se tratara de enviar presentes ni de asistir personalmente a la celebración de las bodas, yo me mostraba muy intransigente. Antes de comenzar el cuento recomendaba:

—Pero ya sabes, Mamá, que la Fiera se quede Fiera con su rabo, su pelo negro, sus orejotas y todo y que asimismo se case con la Bella. ¡Que no se vuelva Príncipe nunca!

¿Ya lo sabes?

Mamá tomaba nota.

Es inútil decir que Pablo y Virginia acababan a veces muy bien. Virginia salvada milagrosamente de las aguas caudalosas se casaba a menudo con Pablo y eran muy felices. Si dadas las circunstancias, mi alma sentía un vago, voluptuoso deseo de bañarse en la tristeza, dejaba entonces que las cosas siguieran su curso normal:

—Mamá, que llueva muchísimo, que crezca el río, que se ahogue la niñita y que se muera después todo el mundo.

Mamá desencadenaba los elementos y la escena quedaba cubierta de crespones y cadáveres.

III

Cuando yo salía del cuarto de Mamá tenía la cabeza rizada como un borrego y el alma trémula de emociones. Huyendo de gritos desapacibles y de carreras molestas, me sentaba sola en un rincón a fin de rumiar a mis anchas todo el acopio sentimental. Parece que en tan suaves instantes mis labios se entreabrían ligeramente y mis ojos se levantaban al cielo en una actitud de éxtasis dulcísimo que atraía las burlas de mi hermana Violeta y la solicitud funesta de Evelyn. Esta, llena de interés venía hacia mí exclamando, sin artículos, por supuesto:

—¡Cierra boca, Blanca Nieves! ¡Ven a jugar con otras!

Y destruía importuna e infame multitud de jardines, castillos y princesas ideales. Pero Evelyn no tenía la más remota noticia de su obra destructora. Las doradas puertas de la vida interior, para sus ojos avizores, estaban cerradas a piedra y lodo. Sus brazos vandálicos y vencedores, siempre en lucha feliz con la realidad, no abrazaron jamás los amables fantasmas que nos contagian de ensueño, de duda y de neurastenia. Violeta, cuya alma positivista coincidía en todo con la de Evelyn, era a un tiempo su discípula y su enemiga. Evelyn la respetaba. Antes que exponerse a desencadenar su rebeldía agarrándola autoritariamente por un brazo, como hacía con las demás, prefería, llena de prudencia, pasar por ciega o por sorda. Ambas se enredaban a menudo de palabra, se iban con frecuencia a las manos, se comprendían, se temían y se apreciaban. Evelyn, que veía en la independencia y rebeldía de Violeta señales de gran inteligencia, consideraba mis actitudes contemplativas como un indicio seguro de imbecilidad, y piadosamente las disimulaba o corre-

gía. Violeta, cuyos seis años eran sin piedad, pensando lo mismo, subrayaba mi mal al llamarme a todas horas «la bocabierta».

Si alguien llevó en su vida un nombre inadecuado ese alguien fué Violeta. Ella y la humilde perfumada florecilla del invierno eran dos polos opuestos. Siempre alerta, siempre dispuesta a reivindicar sus derechos y a figurar en primer término, desconocía la modestia. En sus ojos brillantísimos, sombreados por una lluvia de crespos negros, se asomaba atrevido el sarcasmo y en su naricita chata se albergaba la insolencia cuando no se albergaba la agresión. Tenía la respuesta acertada y rápida. Por el gusto de replicar se mezclaba en pleitos y regaños que no la incumbían. Sabía tirar piedras a gran distancia, hacer maromas y subirse a los árboles. Un día la hallaron trabada en terrible lucha de bofetadas con uno de los hijitos del mayordomo y los separaron en el momento en que ella alcanzaba ya la victoria. Al enterarse del suceso, Mamá se contrarió mucho mientras que Papá, divertidísimo, se reía a carcajadas.

Yo creo que dentro del cuerpo de Violeta se alojaba el espíritu de Juan Manuel el Deseado, y era ésa la razón poderosísima por la cual él no podía nacer: hacía seis años que andaba por la tierra disfrazado de violeta. El disfraz inadecuado lo encubría tan mal que todo el mundo lo reconocía, Papá el primero; por eso de tiempo en tiempo lo saludaba alegremente con carcajadas.

Yo admiraba a Violeta en las mismas proporciones en que Violeta me desdeñaba a mí. Era natural. Yo podía apreciar la puntería de sus pedradas y la elegancia de sus maromas mientras que a ella no le era dado contemplar aquellos brillantes cortejos de príncipes y hadas que tras de mi boca abierta asistían con magnificencia a las bodas de Pablo y Virginia. Era yo respecto a ella lo que es en nuestros días cualquier poeta respecto a cualquier compeón del foot-ball, de la natación o del boxeo: es decir, nada. Pero mi humilde superioridad aplastada y oscura tenía su encanto. Mis ensueños limpios de todo aplauso, asaetados por Violeta y desbaratados por

Evelyn, al igual de un arbusto después de una poda, reflorecían a escondidas con más abundancia y mayor intensidad.

Un día concebí un proyecto aciago que iba a dejar mi amor propio acribillado de heridas y cubierto de humillación.

Sea por generosidad imprudente del alma que quiere regalar sus riquezas e invitar a sus banquetes aun a aquellos que menos lo merecen; sea vanidad o ambición de sentirme admirada por quien yo tanto admiraba, es el caso que un día, llamando aparte a Violeta, le anuncié que iba a contarle un cuento; que me atendiera un instante y vería entonces qué rato delicioso le proporcionarían mis palabras. Llena de escepticismo y de condescendencia, Violeta se dignó atender. Es cierto que su alma positivista no estaba llamada a saborear la finura, ni a descubrir la utilidad superior que encierran las ficciones y los símbolos, pero también yo, por mi lado, exageré demasiado. Al igual de esos anfitriones que agobian a sus invitados a fuerza de servirles manjares y vinos, y vinos y manjares,

yo agobié la flaquísima atención que me prestó Violeta. Quise deslumbrarla con mis dones y le di demasiado. Mi generosidad me perdió. En el cuento que improvisé en honor suyo había de todo: hadas; varitas mágicas; animales parlantes; Adán y Eva; el diluvio universal y una fiera que siendo príncipe era al mismo tiempo nuestra negra y queridísima Marquesa. Lo peor de todo era que tantos y tan desordenados hechos habían tenido lugar allí mismo en Piedra Azul, la noche anterior. Después de oírme un rato por indulgencia o cortesía, el espíritu utilitario de Violeta, que se orientaba al instante de un modo admirable hacia todo lo práctico o positivo, no pudo aguantar más. Me cortó impaciente la palabra y me dijo con elegante concisión que se necesitaba ser muy necia y muy bocabierta para no comprender que todo aquello eran puras mentiras inventadas por Mamá con objeto de que yo me quedara quieta como una boba y poder así hacerme los crespos a su sabor. Que ella, en mi lugar, habría arreglado las cosas desde mucho tiempo atrás, dándole un buen

mordisco a Evelyn en la mano si ésta hubiese venido a sacarla del juego y un acertado puntapié al sagrado tazón del bejuco de cadena. Que así las cosas, al siguiente día la hubiesen dejado en paz con los crespos y los cuentos. Y al expresar tales ideas, Violeta hacía su retrato de un modo tan sobrio como lleno de vida. No faltaba nada.

Ante aquellas palabras que habían ido zumbando derechas hacia la verdad, como sus famosas pedradas hacia las frutas, yo me quedé muda sin saber qué contestar. ¿Cómo explicar, en efecto, al alma salvaje y neófita de Violeta el placer altísimo que encerraba el mundo de los símbolos cuando yo misma lo olvidaba todos los días? Humillada y pobre de razones, opté por recoger mis tesoros en silencio. Mientras tanto, Violeta, posada en un solo pie como una garza, se alejaba saltando y remedando en música, para mayor escarnio, el estribillo de mi cuento:

—Esta era una Blanca Nieves..., ésta era una Negra Nieves..., ésta era una bocabierta...

En adelante, cuantas veces mi corazón desbordante de generosidad necesitó expansiones, fué a buscarlas modestamente en la fácil atención de Estrella y de Rosalinda, mis hermanitas menores. Aunque menos brillante, era aquél un público lleno de suavidad y de indulgencia. Si sus aplausos no colmaban de un todo mi ambición, mi amor propio estaba seguro de salir satisfecho, o por lo menos de salir ileso.

IV

Como consecuencia de los mencionados disimulos, esfuerzos y sacrificios con que Mamá encubría mi pelo liso, yo había acabado por edificar sobre las hebras de mi cabello mi criterio moral, el cual, como el de toda mujer honesta o bien nacida, era sólido y estricto. Mi pelo en su forma natural, o sea sin encrespar, resultaba a mis ojos una especie de desnudez, y si yo veneraba mis crespos era sólo por pudor, aun cuando ustedes no lo crean.

Para mejor explicarme diré que gracias a los principios que sin ella saberlo me había inculcado Mamá, a los cinco años, mi honor, contra lo establecido, no dependía de ningún

otro lugar de mi persona, sino que dependía de mi cabeza. Allí había echado sus sólidos cimientos, allí vivía, allí se ocultaba huraño y púdico. Llena de virtud yo lo hubiera defendido heroicamente hasta la muerte. Animada del mismo sentimiento sagrado, Mamá parecía respetarlo y hacerlo respetar aún más que yo. Voy a demostrarlo.

Un día Violeta y yo jugábamos juntas. Como de costumbre extendiendo sobre mi docilidad su despotismo, me había llamado ya bocabierta, Negra Nieves, y varios epítetos más cuya atenuada mala intención, al no tocar el honor, carecía de importancia. En un momento dado, viendo que yo, por no sé qué circunstancia, no me sometía a su gobierno en forma rápida o absoluta, contempló con insolencia la fresca bandada de papillotes que Mamá acababa de sembrar en mi cabeza y acompañando las palabras con una sonrisa de superioridad me dedicó esta expresión hasta entonces desconocida o inédita:

—¡María moñitos!

Aunque indirecta, ésta sí era una ofensa a

mi honor. Ante el ultraje, trémula de dignidad y de valor, avancé unos pasos, miré a Violeta de frente y tratando de devolver ofensa por ofensa le dije arrogante y roja:

—¿Yo soy María moñitos, Violeta? ¿Yo soy María moñitos?... Entonces tú serás ¡¡María crespitos!!

Naturalmente que Violeta, lejos de ofenderse, soltó una gran carcajada. Tenía razón. Como insulto, ¿podía darse nada más inepto que María crespitos? ¡Cuando para obtener esos mismos crespitos se necesitaba tanto moñito, tanto cuento y tanto bejuco de cadena! Era como si una persona, obligada a ganar el pan con el sudor de su frente, al pelear con una rica la insultara diciendo: María milloncitos o María hacienditas. Mi pobre insulto como insulto no valía nada. La heroica expresión con que mi rostro lo había acompañado contribuía por contraste a hacerlo más poca cosa y más desgraciado. Violeta lo comprendió así. ¡Pero su agresión era insaciable! Mi derrota no le bastó. En lugar de callarse, volvió a la carga y canturreando:

María moñitos me convidó
a comer plátanos con arroz.

se atrevió a añadir sin ambages:

—¡Pelo liso!

Y agarró, sacrílega, uno de mis papillotes cuyas frágiles alas de mariposa quedaron entre sus dedos. Pero ¡ay! del valentón el día en que el tímido dice «aquí estoy». Al ver mi papillote violado, animada de un furor sacrosanto, con gran sorpresa de Violeta, me lancé como un relámpago sobre sus crespos y los agarré de raíz a manos llenas. La cabeza insolente y desprevenida, sacudida en todas direcciones, trataba de desasirse inútilmente. Buscando entonces defensa, las uñas de Violeta se clavaron a ciegas en mis orejas; pero yo, sin soltar los crespos por vengar las orejas, la mordí en el cuello. Así las cosas, estrechamente enlazados iban mordisco, pellizco y sacudidas cuando uno de los cuatro pies resbaló, arrastró al grupo entero en el resbalón, la lucha rodó al suelo y siguió en el suelo hasta dar en un barrial porque había llovido

y la escena tenía lugar frente al corral de las gallinas.

Cuando nos separaron estábamos cubiertas de barro y teníamos dibujados en sangre ella mis dientes y yo sus uñas. Evelyn nos levantó del suelo, nos tomó a cada una de la mano v distribuyendo por partes iguales sus reprensiones y cuidados nos lavó, afeó nuestra conducta y nos cambió de ropa. Cuando enterada de lo ocurrido llegó Mamá, nos hallábamos ya con los vestidos limpios y yo por mi parte considerando mi honor lavado en la reyerta como mis brazos y piernas acababan de serlo en la palangana, me sentía inclinada a una reconciliación. Mamá, haciendo coro con Evelyn, dijo que nuestra conducta la avergonzaba y la entristecía. Las cosas no hubiesen pasado de ahí, pero ya lo he dicho: la agresión o apetito bélico de Violeta no conocía límites. Si yo, la ofendida, me daba por satisfecha, ella la ofensora no tuvo a bien cesar las hostilidades. ¡Esta vez su agresión iba a costarle cara!

Dirigiéndose a Mamá, en tono de víctima,

cosa que exigía urgentemente una nueva discusión, dijo:

—Mira, Mamaíta, mira, como me clavó sus dientes aquí, lo mismo que si fuera un perro bravo.

Y enseñó la media luna cárdena que se dibujaba en efecto a un lado del cuello. Yo tuve naturalmente que replicar:

—Porque ella, Mamá, mira, me encajó sus uñas en mis dos orejas.

—¡Ah, porque ella antes, Mamá, me agarró mis crespos y me sacudió como una diabla así..., así..., así...!

—Pero fué porque ella me había roto uno de los papeles que tú, Mamaíta, me amarraste en mi cabeza con tanto trabajo, y me dijo «María moñitos», Mamá, y me dijo después «pelo liso».

¡Ah! ¡Santo Dios! ¡Aquí fué donde comenzó el drama! Al oír mi última frase, demudada y dolorida, Mamá se volvió hacia Violeta tartamudeando:

—¿Le... le... le dijiste que tenía el pelo liso?

Y, asumiendo el tono sublime de la tragedia, exclamó:

—¡Ay, Violeta, tú no tienes corazón! ¡Que me duele! ¡Que me duele! ¡Que me aflige!..

Aquí una cosa insólita: Mamá, que en su vida nos había castigado, decidió aumentar la teatralidad del tono, y con la solemnidad del juez que dicta una sentencia terrible, dijo esto:

—Ahora, para que no seas maluca y para que no seas cruel con tu hermanita menor, te voy a castigar, ¿ya lo sabes? Te vas a quedar sentada una hora entera, vista por el reloj: ¡ahí arriba!

Mamá extendió el brazo y como si fuera la estatua viva de la Justicia se quedó señalando un instante la cúspide de un escritorio *secrétaire* cuya altura con relación a la nuestra venía a ser muy respetable.

Y las tres cosas resultaron a cuál más espantosa: la «hora entera», la altura del escritorio y el brazo extendido de Mamá.

Como casi todos los déspotas y matasiete, Violeta en el fondo era una débil que atrin-

cheraba su debilidad muy hábilmente tras una falsa reputación. El tono de Mamá y su brazo extendido eran de una teatralidad para asustar a cualquiera, no lo niego, pero de todos modos, Violeta no estuvo a la altura de su fama ni supo dominar la situación. Mientras Evelyn, bajo las órdenes de Mamá ejecutaba la sentencia, Violeta, espantada e izada por los aires, olvidó toda dignidad, mando al diablo su célebre rebeldía, comenzó por abrir una boca de desolación que se fué ensanchando, ensanchando, hasta que ya, instalada en la cumbre del mueble, presidiendo el auditorio, augusta de derrota y de infortunio, prorrumpió:

—¡¡¡Aaaay!!! ¡Ayayayayay!

Y el cuarto empezó a retumbar ante los gritos de dolor. Era como si la hubieran sentado en unas brasas o como si allá en las alturas una mano invisible le estuviese aplicando algún tormento.

Al reclamo de tan desgarradores lamentos la habitación comenzó a llenarse de espectadores. Todas las personas de la casa vinieron

asustadas o curiosas a averiguar lo ocurrido. Llegó primero Aurora; detrás de Aurora, cogidas de la mano, llegaron Estrella y Rosalinda, mi querido auditorio que nunca se separaba ; una a una fueron llegando las tres cuidadoras o estado mayor; llegó después Altagracia, llegó Jesusita; empujada por la multitud, llena de majestad e indiferencia, llegó Marquesa, llegó por fin Aura Flor en brazos de su criadora, llegó en una palabra, todo el que podía llegar. Sólo faltaba Papá que se encontraba en el trapiche, y Candelaria, cuyo malhumor la tenía generalmente amarrada a su fogón como al perro la cadena corta. Aquel drama nunca visto, ustedes no lo comprenderán quizás, era terrible. Violeta, exaltada en su trono de ignominia, se restregaba los ojos con las dos manos cerradas, las lágrimas rodaban abundantes y una boca inmensa en la cual hubiera podido caber todo el dolor del mundo, se abría, arrojando gritos ensordecedores y mostrando sin amor propio y sin pudor hasta lo más hondo de la garganta. El público al aumentarse aumentaba

de un modo cruel la intensidad dramática. El suplicio, al hacerse público, tomaba el cariz humillante de la degradación. Puedo decir con entera propiedad que en aquel día trágico conocí todo el horror de los autos de fe. Mamá, instalada al pie del escritorio o cadalso por asumir una actitud cualquiera, se había puesto a tejer. De tiempo en tiempo levantaba la cabeza y repetía inclemente:

—Aunque grites y más grites, una hora entera te vas a quedar ahí.

Los gritos redoblaban.

El auto de fe seguía su curso cruel. En su inclemencia Mamá era el gran inquisidor; Evelyn era el verdugo; yo, el infame delator, y Violeta, la desarmada Violeta, el pobre hereje que se achicharraba ante las miradas infamantes del público, cómplice también y también verdugo. Yo reconocía la parte que me correspondía en la tragedia, y mi corazón lleno de remordimientos sufría horrores. Sentía una ternura inmensa hacia toda la persona de Violeta. Sus pobres zapaticos flamantes recién mudados por Evelyn suspen-

didos y resignados en el vacio como dos ahorcados, destilaban dolor ante mis ojos; sus rodillas me parecían unas huérfanas abandonadas; el vestido limpio, las puntillas frescas y rizadas de los pantalones, un botón aun sin abrochar sobre su pecho, eran objetos mudos que iban acrecentando mi conmiseración, aumentando, aumentando mis remordimientos, hasta que por fin, mis ojos, al fijarse más arriba, descubrieron una cosa espantosa y ya no pude más. Al compás de los sollozos de Violeta, la media luna cárdena de mi mordisco subía y bajaba sobre su cuello mártir redimido por las lágrimas, y, lo repito, ya no pude más: me venció el remordimiento. Yo también abrí una boca enorme, yo también levanté el pecho para dar salida a los sollozos que se atropellaban; yo también me puse las dos manos cerradas en los ojos, y yo también prorrumpí con todo el brío de mis pulmones y de mi arrepentimiento:

—¡¡Aaaaay!! ¡Ayayayayay!

Aquello era un golpe teatral enteramente inesperado. Todos los ojos se fijaron en mí

con gran sorpresa. La misma Violeta en plenos gritos me dirigió desde sus alturas una mirada estupefacta velada de lágrimas. Mamá, sorprendidísima también y creo que un tanto conmovida, alzó la cabeza de su trabajo forzado y me preguntó con fingida impaciencia:

—¿Tú también? ¿Se puede saber por qué lloras tú, Blanca Nieves, necia?

—¡¡Aaaaay!! Ayayayayay!

Contesté yo en coro con Violeta. Mamá en silencio volvió a su tejido, pero empezó a comprender que su obra la sobrepasaba. Su justicia desencadenada iba subiendo como la marea y amenazaba sumergirla con tejido y todo. En efecto, al verme llorar a mí, contagiada de conmiseración, Aurora, la dulce Aurora, cuyos siete años estaban impregnados de maternidad, se puso a llorar en silencio. Viendo que Aurora lloraba, Estrella y Rosalinda, por espíritu de imitación y por amor a Aurora, rompieron a llorar las dos juntas a grito herido. Ante aquella epidemia de llanto tan trágica en el fondo como cómica en

la superficie, todas las sirvientas se pusieron a reír. Era a cuál más se torcía y más se sacudía de la risa. Aumentado así el escarnio, el coro de nuestro llanto arreció. Entre tanto Aura Flor, del bando de las sirvientas, asociada a la risa de su criadora, batía el aire con sus puños cerrados, saltando, gruñendo y babeando de regocijo, mientras Marquesa movía su rabo y olfateaba cariñosa a derecha e izquierda a fin de averiguar la causa de tanto dolor. El barullo era horrible. La única impávida parecía ser Mamá, pero estoy segura de que también ella tenía unas ganas violentas de romper a llorar. Decididamente su obra descomunal la sobrepasaba. No tenía ya más remedio que naufragar dentro de su justicia, y naufragó en efecto, pero naufragó con elegancia. Dominando la ensordecedora gritería de llantos y de risas, se volvió hacia Evelyn diciendo:

—A ver, Evelyn, si ya pasó la hora. Ya debe haber pasado.

Y guiñó un ojo, cosa que vimos todas muy bien a través del cristal amarguísimo de nues-

tro llanto. Evelyn salió unos segundos y regresó diciendo:

—Ya pasó.

—¡Ya pasó la hora!—tuvo que gritar Mamá para vencer el tumulto—. ¡Ya puede bajarse Violeta!

Pero fué como si no hubiese gritado nada. Entregadas a la voluptuosidad del llanto que corría caudaloso a gran velocidad, nadie pensó en detenerlo: como todo vértigo, tenía su encanto. ¡Ah, pero Mamá sabía atraerse las multitudes! ¡Llena de habilidad, mientras Evelyn procedía piadosa al descendimiento de Violeta, ella retrocedió unos pasos hasta llegar a la puerta del cuarto, extendió sus dos brazos sobre la tempestad y con la voz potente de los buenos oradores acudió a este recurso supremo:

—Ahora, niñitas, óiganme todas: la primera que llegue hasta aquí sin llorar se viene a bañar conmigo en el chorrerón de la molienda que van a soltar ya, ¡porque son las once!

¡Santa palabra! El llanto general se volvió

general regocijo. Los rostros aun empapados de lágrimas y aun trémulos de sollozos, exclamaban atropellándose los unos tras de los otros:

—¡Yo la primera, Mamaíta, yo la primera!

Y todo el mundo pugnaba por agarrarse de la bata de Mamá. Violeta se agarró en efecto una de las primeras porque su espíritu utilitario desdeñaba el rencor que es un estorbo, y porque tal era el prestigio del «chorrerón» aquel mundo de agua que, cuando no hacía ya falta en el trapiche, se venía a toda carrera y como un monstruo, se arrojaba en un estanque bramando y atropellando helechos, ramas, frutas verdes, niñitas, Mamá, Evelyn y cuanto se le presentara al paso.

Aquí está primo Juancho

I

Primo Juancho, para servir a ustedes, formaba parte de las visitas que venían a pasar días. A veces permanecía entre nosotros durante largas semanas. Llegaba siempre al caer de la tarde, montado hidalgamente en Caramelo, sin que su presencia nos aterrorizara y sin que Mamá derramara a sus pies la copa rebosante de sus gracias.

Además de llegar hidalgamente, primo Juancho llegaba quejándose. Empezaba por quejarse de todo con mayor o menor indignación, para terminar prodigando suavemente sobre el mundo entero los más generosos consejos.

Siempre era lo mismo: abandonados los estribos, no bien sus pies habían tocado el suelo, inmediatamente, después de saludarnos con mucho cariño, se quejaba con mucha indignación del mal estado de los caminos, del exceso de polvo, de la falta de puentes, de la pobreza de los ríos, de la costumbre idiota de jugar bolos a la vera de las pulperías y acababa aconsejándole a Papá con inmensa dulzura que vendiera a Caramelo, que encargara a Europa un caballo de pura sangre, que tratara de montar dando saltos a la moda inglesa con un casco blanco en la cabeza y que arrancara cuanto antes toda la caña de Piedra Azul a fin de sembrar en su lugar algodón, viñas y tabaco.

Como ven ustedes, primo Juancho temperaba el furor de sus quejas con el rocío bienhechor de sus consejos. Su conversación, tramada sin esfuerzo por aquéllas y por éstos, entreverada además por altos y profundos pensamientos, formaba en su conjunto una especie de esterilla bien tejida, en donde a veces, guiñándonos un ojo, a espaldas del

mismo primo Juancho, llena de gracia, venía a sentarse la anécdota.

Primo hermano de nuestro abuelo paterno, empezaba en nosotras la tercera generación que por fidelidad al ritmo de su nombre lo seguía llamando «primo Juancho». Aquel grado de parentesco que no anunciaba superioridad de años, se imponía a todos los oídos parientes, amigos o conocidos, por no sé qué misteriosa concordancia y surgía naturalmente de todos los labios, como gritando ¡ven! a la cordialidad. Su compañía, poblada por los más inesperados accidentes, procuraba a todo el mundo ratos de gratísimo esparcimiento.

Muchos años después de su muerte Mamá decía aún:

—Primo Juancho fué un hombre que tuvo muchos méritos y una inmensa ilustración.

Y sonreía sin que viniera al caso, resumiendo así por instinto, sin ella darse cuenta, la historia entera de aquella vida, y el secreto de aquella alma, en la cual se abrazaban jo-

vialmente a cada instante, como dos buenos amigos, lo sublime y lo cómico.

Cuando en nuestra hacienda, entre los tiernos verdores de los tablones de caña, allá, por el camino que venía de Caracas, como punto en el horizonte asomaba su cabeza venerable, Papá, Mamá y todos los que estuviesen en Piedra Azul se anunciaban mutuamente su presencia con voces de júbilo:

—¡Aquí está primo Juancho, Juan Manuel, aquí está primo Juancho!

Y se acercaban al pretil y siempre alegres lo contemplaban llegar a paso lento dentro de los anteojos de larga vista.

¿Por qué razón primo Juancho, siendo tan «ilustrado» como decía Mamá, o sea tan cundido de conocimientos, no se hallaba en los Senados y Congresos, asombrando al país con su inteligencia, deleitándolo con su elocuencia y protegiéndolo con su honradez? Nadie en la familia se lo explicaba. Creían hallarse frente a uno de esos misterios crueles que con inicua injusticia impone la vida «porque sí».

En realidad no había tal injusticia ni mis-

terio. Primo Juancho no podía gobernar ni dirigir nada, no por falta de aptitudes, sino por exceso de pensamientos. Su ilustración lo perdía. En su amenísima conversación, su inteligencia corría y saltaba como una ardita sobre todas las ramas del saber humano: era imposible seguirlo e imposible vencerlo, si de vencerlo se trataba. Todo lo sabía con entera conciencia. No importaba época histórica, lugar, o categoría a la cual perteneciese la idea; ante nada vacilaba. Con la misma propiedad con que disertaba sobre derecho romano, disertaba sobre las verdaderas causas que determinaron la caída de los girondinos o la Independencia de América, sobre las leyes que presiden el movimiento de los astros; sobre el sistema más eficaz para extirpar la polilla y sobre la proporción con que una cocinera pueda usar, sin abusar, del ajo y del perejil.

En las discusiones, se llevaba a su contrincante a todo correr por entre los más remotos vericuetos hasta acorralarlo en un punto fijo, y allí vencerlo noblemente, es decir, sin

subrayar con exceso su victoria. Si se comenzaba a discutir, por ejemplo, sobre el porvenir del café en Centro América, a los cinco minutos, sin saber cómo, primo Juancho y su contrario se hallaban en Jerusalén, mil años antes del nacimiento de Jesucristo. Allí, exaltadísimo, con los dos brazos tendidos al cielo, repiqueteando los gemelos de sus puños y batiendo los faldones de su levita por sobre los muros de Jerusalén, primo Juancho preguntaba de modo muy pertinente a su contrincante:

—¿Qué influencia predominaba, vamos a ver, en el primitivo templo de Salomón ? Los artistas que lo construyeron: ¿fueron fenicios o fueron caldeos?

El contrincante lo ignoraba. Primo Juancho, que sí lo sabía, volvía a interrogar ahora con generosa dulzura:

—Pues si no lo sabes, mi hijo, entonces ¿por qué lo discutes?

Y quedaba triunfante y desbordante de magnanimidad.

Sus definiciones eran siempre admirables; y

sus temas, ilustrados con anécdotas, fechas y juiciosas observaciones, se sucedían a todo volar con una variedad inagotable, sin que nadie sintiese la brusquedad de las transiciones. Era como un tren en marcha o, mejor aún, era como un diccionario: la misma unidad parcial dentro del mismo deshilvanado general. En la soledad de una tarde aburrida, ¿no han hojeado ustedes nunca, al azar, un diccionario? Se los recomiendo. No hay nada más grato ni más reposante para el espíritu. Las palabras, unidas codo con codo, parecen burlarse las unas de las otras. Cada cual muy oronda y satisfecha de sí misma, se ríe de su vecina sin sospechar que otra vecina se está riendo de ella: lo mismo que en sociedad. Pasar por ejemplo de la palabra «Catón», ilustrada con una austera cabeza romana, a la palabra «Cataplasma» sin ilustración ninguna, para después de «Cataplasma» pasar a «Cataluña» ilustrada también con un mapa lleno de ríos, montañas y principales ciudades es un entretenimiento gratísimo. El diccionario es el único libro ameno y repo-

sante, cuya amable incoherencia, tan parecida a la de nuestra madre la naturaleza, nos hace descansar de la lógica, de las declamaciones y de la literatura.

Tal era primo Juancho: un Larousse desencuadernado y desencadenado con todas las hojas sueltas: unas hacia arriba y otras hacia abajo. Vale decir que era divertidísimo e incapaz de organizar ni crear nada que no fuese el caos.

Con la misma velocidad con que cambiaba de tema cambiaba de humor. Se indignaba por todo a cada instante, sin que tal indignación tuviese la menor importancia. Pasaba de la furia a la sonrisa como de «Catón» a «Cataplasma». Uno de los rasgos que más caracterizaban la fisonomía moral de primo Juancho. era su perpetua exaltación contra sí mismo o, mejor dicho, contra su mala suerte. Aseguraba con los ojos desorbitados que, desde Job hasta nuestros días, no se conocía un caso de guiña tan perenne o sin tregua como aquella tenaz que lo perseguía a él. Y no dejaba de ser cierto. Sin llegar

nunca a rozar los límites de las magníficas tragedias que revistieron de inmortalidad a Job, el sublime, los días de primo Juancho se deslizaban bajo un modesto «aguacerito blanco» de contratiempos. Nunca escampaba.

Años después de la época a que me refiero, ya instalada la familia en Caracas, iba a vernos todos los días; pues bien, era rarísimo el que entrase de la calle sin arrancarse dramáticamente el sombrero, tirarlo sobre una mesa, llevarse las dos manos a las sienes e interrogar con la voz anhelante y los ojos dilatados:

—¿A que no saben lo que me pasó hoy? Una cosa única, increíble, una cosa que no le pasa en el mundo entero sino a este pedazo de Juan, que es el dios de la guiña, el Júpiter de la mala suerte.

Y relataba el suceso.

Si en los detalles sus calamidades variaban hasta lo infinito, en el fondo o trabazón esencial, cambiaban muy poco. Era siempre la misma historia: Primo Juancho, lleno de buenas intenciones, trataba por ingénita e in-

marcesible nobleza de prestar una ayuda o servicio gratuito, pero circunstancias inesperadas surgían de repente y se unían de consuno contra él, en forma tal, que aparecía forzosamente a los ojos de todo el mundo como persona egoísta o negligente sin elegancia moral de ninguna especie.

Incapaz de explicarse con calma, se enfurecía. Comenzaba por cubrir de improperios, no sin cierta razón, a aquel o aquellos a quienes él, con tan generosas intenciones como fatales resultados, había querido servir. Los llamaba ingratos, canallas, torpes y felones. Enunciadas tales palabras su falsa culpa se hacía más evidente, y mayor la animosidad de los perjudicados.

Si primo Juancho, pongo por caso, iba andando por la calle con paso rápido y nervioso como era su costumbre y veía llegar de frente a una señora respetable y achacosa, él, que era todo galantería, trataba de lanzarse instantáneamente al medio de la calle, a fin de hacer allí una profunda reverencia, dejando libre a la señora toda la amplitud de la

acera. Pero, ¿qué pasaba? Pues que en el instante preciso de ejecutar su elegante maniobra, uno de sus pies se resbalaba por haber pisado una corteza de fruta o cualquier otra cosa. En lugar de saltar hacia la izquierda o arroyo, como eran sus intenciones, volaba hacia la derecha o pared, contra su voluntad. Allí tropezaba bruscamente a la señora, le daba un golpe en el pecho y le arrancaba la mantilla, mientras la partícula de fruta causa del contratiempo se escondía a traición entre la suela y el tacón de su zapato muy en secreto, donde ni él ni nadie pudiese verla. La señora achacosa y atropellada exclamaba con violencia y con la cabeza al aire:

—¡Qué manera de andar por la calle! ¿No ha aprendido usted urbanidad? ¿No sabe que a una señora se le da la acera, aun cuando venga por la izquierda?

Ante la injusticia, primo Juancho perdía toda sangre fría. Indignado, tanto por lo inmerecido del reproche cuanto por la lección de urbanidad que se permitían darle a él,

maestro en cortesanía, contestaba en forma airada, llegando su indignación hasta los límites en que lo permitiera su galantería. La señora achacosa le respondía agriamente. Con el sombrero en la mano primo Juancho discutía con exaltación y sin tregua hasta desprenderse del lugar del choque, pálido, mudo y cubierto de injurias.

Al llegar a la casa descubría la corteza de fruta causa del percance. Si después de una larga jornada a caballo llegaba a un hotel o posada como se decía entonces, ávido de descanso iba a sentarse con deleite en el asiento que otro parroquiano acababa de romper y acomodar muy cuidadosamente. Como era fatal, se caía de espaldas. Al ruido del golpe acudía el dueño del establecimiento, se formaba naturalmente una discusión horrible, después de la cual, primo Juancho, furibundo y dolorido, tenía que pagar la silla rota, y friccionarse con aguardiente alcanforado.

Si subía al Gobierno un personaje honrado e íntegro, quien, considerando consecuente los méritos y saber de nuestro excelente primo

Juancho, se disponía a darle un nombramiento lucidísimo, días antes de firmarse el decreto o nombramiento el ministro consecuente y amigo se moría de repente, víctima de una aneurisma o angina de pecho. Primo Juancho velaba durante dos noches el cadáver de su ex futuro protector, mandaba una gran corona cuyo peso desnivelaba su presupuesto de un mes, pronunciaba un discurso hermosísimo sobre la tumba del desaparecido, prestaba toda clase de servicios a la viuda y lloraba durante varios meses la pérdida irreparable de su protector y de su nombramiento.

II

A más de ser notable por sus contratiempos, sus indignaciones y su saber, primo Juancho era notabilísimo por su elocuencia de buena ley. Limpio de declamaciones y falsas retóricas, poseía el don divino de la palabra, es decir, que cuanto surgía de sus labios surgía palpitante de vida y se imponía en el auditorio. Yo creo que ese don de la palabra fué a un tiempo el origen de su felicidad y de su desgracia. Y es que, al igual de don Quijote, para extirpar de raíz todos los males, lleno de abnegación, cabalgando en los más brillantes períodos, se lanzaba diariamente a trote suelto por entre las utopías. Regresaba de ellas satisfechísimo de sí mismo, ha-

biendo vencido en discusión a cuanto adversario se le presentara y habiendo hecho perder al mayor número posible de amigos la tarde entera. Pero ni tiempo ni dinero tuvieron nunca a sus ojos la menor importancia. Los reunía en un mismo desprecio y ni los veía. Siempre estaba en retardo y era rarísimo que tuviera un billete de banco en la carterita flaca que nadaba solitaria en su bolsillo. Es evidente que de todas las miserias de este mundo la única que jamás se le ofreció es aquella que se esconde dentro de las riquezas, los honores y el éxito.

Conservador por temperamento, aun en sus más insignificantes manifestaciones, por espíritu de contradicción y por amor a la utopía se había afiliado lleno de ardor al partido liberal, que le cubría diariamente de ingratitudes y de decepciones. Tales ingratitudes lo habían preservado siempre de tomar parte activa en cualquier empresa de orden positivo. Alejada así de toda realidad, su alma, roída por la decepción, aplastada bajo el peso de la iniquidad humana, guardaba

llena de fragancia y de candor la más pura fe en sí misma. Tenía la inocencia virginal de los que nunca han trabajado. No habiendo medido jamás la extensión de sus propias aptitudes sino en el terreno de la discusión, las juzgaba con equidad infinita, y como su corazón rebosante de altruísmo no se había agriado nunca ante el fracaso de la menor empresa, a fin de dar buen ejemplo a los egoístas y a los avaros, los humillaba de continuo repartiendo con munificencia a derecha y a izquierda toda clase de bienes imaginarios. Sus indignaciones, aun las más terribles, aun aquellas que le encendían el rostro y le desorbitaban los ojos, estaban impregnadas de una generosidad universal y los violentos insultos que lanzaba en general hacia todo lo abstracto y todo lo colectivo adquirían al pasar por sus labios yo no sé qué matiz de cordial fraternidad.

Al hablar de los conservadores, exclamaba agitando todo el brazo derecho, por lo cual repiqueteaban hasta más no poder los gemelos de sus puños:

—¡Son unos ineptos, enemigos del progreso, sin condiciones ningunas para el gobierno; a ellos les debemos lo que estamos pasando!

Y al hablar de sus correligionarios, los liberales:

—¡Son unos ladrones sin idea de conciencia, que nos llevan sin remisión a la más absoluta ruina!

Su hermosa voz de barítono, tan digna de ir a ensartar en Academias y Congresos las más bellas flores de la elocuencia, se extendía por los corredores de Piedra Azul, cálida y bonachona, como si a unos y a otros les estuviese gritando desde lejos:

—¡Adiós y cómo les va! ¡Saludos a la familia!

Primo Juancho fué el más completo archivo o cronicón ambulante de cuanto acontecimiento político y social ocurrió en Venezuela durante los setenta primeros años del siglo XIX. Desgraciadamente, o quizás felizmente, no escribía sino lo muy preciso. Aun cuando en su conversación politiqueaba de

continuo, el tumulto de sus pensamientos le impedía llevar a buen puerto el desarrollo de cualquier narración o tesis.

Salvo dos o tres de sus relatos favoritos, que contaba con muchos detalles hasta el final, sin necesidad, puesto que éstos los conocían sus oyentes generalmente de memoria, los demás relatos, o sea los inéditos, se quedaban a menudo truncos aunque retoñados por todas partes de mil cosas diversas.

Por ejemplo:

Si después de asegurar que los conservadores eran todos unos ineptos, comenzaba a relatar ciertos detalles interesantísimos que acompañaron la renuncia del presidente Vargas y que sólo él conocía, todo el mundo lo escuchaba con atención, sabiendo de antemano que el relato fragilísimo estaba pendiente de un hilo. En efecto: si se fijaba de pronto en que Mamá, o cualquier otra persona, un tanto abstraída se estaba frotando ligeramente con la mano extendida un punto del vestido, bastaba: ¡adiós presidente Vargas! Con la narración en los labios se iba

acercando a Mamá, o a quien fuese, contemplaba un segundo el lugar frotado y cortando por lo sano exclamaba:

—¡Ya te manchaste! Lo vi desde hace un rato. No te preocupes, no es mancha de fruta, es de grasa aunque no parezca. No la toques, no la toques. Oye mi consejo: extiende tu vestido, ponle magnesia, un papel de seda, un peso encima...

Mientras tanto, el presidente se quedaba para siempre sin renunciar.

Años atrás en momentos de favor y de bonanza, habiendo alcanzado por fin el sueño dorado de su vida, primo Juancho había sido enviado a Europa en misión especial, aunque por muy poco tiempo y con muy poco sueldo. Se embarcó radiante. Después de haber maldecido convenientemente el calor y el mareo durante breves días, en el resto de la larga travesía, conversó a toda hora con tal amenidad, discutió con tantísimo acierto, y con tal ingenio sostuvo tan brillantes paradojas, que su presencia fué en adelante la sal de la navegación y la liga que amalgamaba,

en un grato bienestar, todas las tertulias.

De haber llevado a cabo su misión diplomática, hubiese seguido, como a bordo, haciendo las delicias de su auditorio. Reunido con el resto de sus colegas en un vasto salón destartalado, donde cada cual hubiese acudido con un rostro grave y un vestido negro; en medio de una solemnidad helada, exacta a la que se encierra en las capillas protestantes, primo Juancho se habría apresurado a romper el hielo, tomando la palabra. Con su habitual repiquetear de gemelos y bailotear de faldones, después de disertar admirablemente sobre el equilibrio europeo y los futuros Estados Unidos de Hispanoamérica atraído por cualquier detalle, habría terminado elogiando las excelencias del jabón de Marsella. En el salón destartalado, lleno ahora de calor y palpitante de vida, sus colegas encantados lo hubiesen escuchado con deleite y aplaudido con alegría.

Como aquí, muy, muy entre nosotros, no vayan a ofenderse esos señores, es sabidísimo que en todos los Congresos y Asamblea di-

plomáticas, desde los tiempos de Asiria y Babilonia, hasta nuestros días en la Sociedad de Naciones, los delegados no han tenido nunca más misión efectiva que la de ocultar al público, con habilidad y con admirable espíritu de asociación, la inutilidad absoluta de sus reuniones, dándose cada uno al propio tiempo la mayor importancia posible, primo Juancho, siempre más íntegro, siempre más honrado que nadie, habría roto por todos lados con tal consigna. Él si habría hecho algo útil, puesto que habría divertido a sus colegas al saltar en aquella forma ágil e inesperada que le era tan peculiar de la futura unidad de Hispanoamérica a las excelencias del jabón de Marsella o las propiedades del ajonjolí.

Pero Dios no quiso que primo Juancho cumpliese con honradez y conciencia la misión diplomática que se le había encomendado. Su mala suerte, siempre despierta, acechaba:

A los pocos días de pisar tierra firme recibió noticias de que su Gobierno amigo aca-

baba de ser derrocado y de que su misión, juzgada inútil por el nuevo Gobierno, debía ser abandonada cuanto antes, suprimido ya su sueldo de raíz como gasto oneroso e inepto. La catástrofe lo sorprendió entre las nieblas encarbonadas de Londres. En su resignación furiosa no quiso embarcarse de regreso sin visitar a París, ciudad que anhelaba conocer, tanto por natural interés, cuanto para poder elogiarla o denigrarla según se presentasen las cosas, con entero conocimiento de causa.

Estirando su primero y único sueldo tal cual se estira una cinta de goma, trazó un presupuesto milagroso y se fué a pasar tres meses en una modesta casa de pensión de la orilla izquierda del Sena. Pero a poco de abordar la orilla izquierda, la misma tarde en que se disponía encantado a presenciar una reunión solemne del Congreso presidida por Napoleón III, se sintió tan enfermo que tuvo que renunciar a la reunión solemne, meterse en cama y pasar en ella una pulmonía gravísima que lo llevó a las

puertas de la muerte. Repuesto de la pulmonía, sin saber una palabra de francés, primo Juancho paseó con altivez su solitaria convalecencia por los jardines del Luxemburgo pisando las hojas secas que crujían suavemente bajo sus pies y bajo sus soliloquios ante el cielo nublado del otoño. Su aislamiento, salpicado con frecuencia por el barro de la calle e insultado a menudo por los cocheros de fiacre, fortificó su desprecio a los malvados. Cuando transcurridos los tres meses regresó a Venezuela traía los pulmones propensos a los largos catarros y su alma mordida por la nostalgia de los paisajes nevados y de las magníficas virtudes cívicas, desarraigado ya para el resto de sus días, languidecía sin esperanza de remisión.

III

El europeísmo de Primo Juancho, robustecido por revistas y catálogos, debía ejercer en nuestra vida una influencia muy directa aunque enteramente opuesta al objeto que él en su vivo interés por nosotras anhelaba y perseguía. Evelyn, sin ir más lejos, vino a Piedra Azul por consejo y reiterado empeño de primo Juancho, a fin de que al nacer, decía, nos iniciáramos ya en algo de la sana mentalidad y del indispensable idioma inglés. Convertida inmediatamente a aquel español criollísimo y sin artículos, de que he hablado ya, la actividad opresora de Evelyn nos hizo amar por contraste, junto con la tole-

rante indolencia de cuanto nos rodeaba, el español amable, afectado y cantadísimo de Mamá.

Primo Juancho trajo de Londres a sus parientes de Piedra Azul una gran sombrilla de jardín con el objeto de que la clavasen cuanto antes en el centro de una mesa de hierro o de mimbre y sentados así bajo su sombra inglesa y circular, según moda que él había visto no sé dónde, tomasen a pleno aire a las cinco de la tarde te con pan tostado y mantequilla. Pero Mamá, Papá y sus convidados, balanceándose cadenciosamente en un mecedor cualquiera de los corredores de Piedra Azul, se bebían a las cuatro, a las seis o a la hora en que mejor les parecía grandes vasos con refrescos de guanábana o de parcha granadina, mientras la sombrillota degradada y decaída, ¿qué dirán ustedes que hacía? Pues sólo salía a luz de tiempo en tiempo a las diez de la mañana y entonces, como una bondadosa gallina clueca, posada con un mismo amor sobre Mamá, Evelyn y todas nosotras, meneándose con muchísima pereza de derecha

a izquierda y de izquierda a derecha se venía caminando lentamente, callejón abajo, en un gran carro de bueyes, a presenciar sobre las piedras, entre jabones, gritos, y paños felpudos, nuestro alegre y rumoroso baño de río.

Cuando terminado el baño, todas frescas, goteando perlas de agua los cabellos volvíamos a agruparnos las unas contra las otras en el fondo del carro, Mamá, muy contenta también, se sentaba en su banquito más cerca de los bueyes. Entonces, mientras Evelyn con la ayuda del gañán tornaba a abrir y a instalar no sin ciertos esfuerzos la pesada sombrilla, Mamá respiraba de placer bajo su sombra y decía con placidez y con dulce bienestar:

—Muy vieja y muy fea que está ya la pobre, pero sin esta sombrilla nunca podríamos, niñitas, llegar hasta aquí y bañarnos tan sabroso en este pozo del río.

Lo que nunca agradeceré bastante a primo Juancho por lo que a mí respecta es el haberme enseñado a bien comprender y amar

desde mis más tiernos años entre insultos y diatribas el alma idealista de la raza. Me inculcó al efecto tal conocimiento y tal amor por el sistema de la demostración que es sin duda ninguna el más eficaz para inculcar las cosas. En sus violentas exposiciones, empezaba por desahuciar enteramente a Venezuela como país perdido ya para la civilización sin esperanza de remedio alguno. Su pesimismo al avivarse iba invadiendo poco a poco todo nuestro continente sur hasta que al fin se decidía, atravesaba con voracidad el mar, se lanzaba sobre España, la devoraba y acababa salpicando terrible con las chispas de su incendio todos los pueblos latinos. Sobre la gran desolación de la catástrofe sólo flotaban felices y sonrientes las dos islas británicas.

¡Qué de amables defectos fulminabas, primo Juancho, y cómo al condenarlos, reflejándolos todos en ti mismo, sin que te dieras cuenta, los empapabas de gracia y de hidalguía! ¡Cuánto iba a aprender contigo!

En efecto, algunos años después, debido

tan sólo a primo Juancho, sin tener aún ninguna cultura, ni el menor sentido de la historia, mientras personas más graves y más doctas se aburrían leyendo Don Quijote, yo sabía ya escuchar atenta la bondad de sus consejos, me deleitaba el conversar llano de Sancho, le avisaba con un grito cuando por segunda vez decía el mismo refrán, jugaba con su burro, juntos los dos, al pasar Rocinante nos guiñábamos un ojo, por la mucha fanfarronada sobre la mucha flacura, y tanto acababa al fin por quererlos a todos, que al igual de las Santas Mujeres, andando, andando, me iba también en pos de ellos, los seguía con amor en su calvario y lloraba de dolor y de risa ante el martirio alegre y conmovedor de sus palizas y de sus manteamientos.

Debido también a primo Juancho muchos años después, cuando ya digna de mi nombre por la nieve abundante de mi abundante cabello, viajé por ciertas viejas ciudades de España, Extremadura o Castilla, allí donde otros no veían sino malos caminos, cocina con aceite y carencia de baños, yo podía

contemplar a mi sabor horizontes inefables de una belleza honda e infinita. Era siempre el familiar brazo derecho que al estremecerse elocuente e indignado me hacía todavía señas y llamadas lo mismo entre las junturas de las piedras adustas que sobre las viejas aspas de los molinos de Don Quijote.

Decir que en los lejanos tiempos de Piedra Azul mi inteligencia fuera capaz de distinguir tales matices o de saber siquiera hacia quiénes y hacia dónde se dirigían los elogios y las diatribas de primo Juancho, sería tratar de engañarlos a ustedes. Mentiría por vanagloria y mentiría por lo tanto con mal gusto. Mis cinco años, al contrario, eran especialmente menudos y en retardo. Agravados por aquella sencillez campesina, siempre asombrada, siempre con los labios entreabiertos, tenía como el resto de mis hermanitas un aspecto de grata y fresca bobería. Queríamos todas muchísimo a primo Juancho, como se quiere a un buen perrote familiar y manso que nunca ha mordido. Nuestro amor se extendía ingenuamente a

sus zapatos y a sus vestidos. Su oratoria magnífica no se distinguía en nada a nuestros oídos de los fraternales ladridos de Marquesa. Pero poco a poco estos otros ladridos iban haciendo un trabajo subterráneo en nuestras almas cándidas y oscuras. La imagen, como ven hoy ustedes, iba a grabarse con nitidez en todos sus contornos tal cual se graba un busto en una de esas medallas que guardadas después en el fondo de un mueble se sacan a la luz y se contemplan con cariño muy de vez en cuando.

IV

Primo Juancho llevaba con reserva su pobreza noble y cepillada. Junto con la pobreza disimulaba con relativa discreción que la falta de buenos resultados tornaba conmovedora, dos cosas más: su verdadera edad y la falsedad de cuatro dientes que había perdido siendo joven en una de sus innumerables caídas. Pero tanto las frases de entusiasmo como las de censura, al pasar silbando por sus labios movían de vez en cuando sus cuatro dientes postizos, ¡pobre primo Juancho!, y después de declarar: «No se debe nunca hablar de edad», sin darse cuenta indicaba la suya de

continuo al narrar el menor suceso. Nacido a fines del siglo XVIII, tenía sesenta y siete años en la época a que me refiero.

Además de andar muy cepillado primo Juancho andaba siempre muy vestido de negro. Se ataba al cuello con enrollada y sabia complicación una ancha corbata de seda oscura y usaba sin cesar un especie de solemne levitón con dos faldones atrás, y sobre los dos faldones, presidiendo su espalda dos grandes botones que no abotonaban nada. Era como si a cada instante estuviera a punto de asistir a un entierro o a una sesión del Congreso. Nunca variaba e impertérrito ¿qué dicen ustedes de esto? así se aparecía todas las mañanas desde muy temprano en los corredores de Piedra Azul. ¡Ah, la pobre dama pobreza tiene a veces esos lujos inesperados y tercos! A Papá le daba lástima verlo así, siempre pasando calor, siempre gastando la levita y su buen corazón trataba a cada instante de evitar el doble mal, pero nunca tuvo éxito.

Ocurría con frecuencia que primo Juancho, deseando por su lado despertar en el alma

dormida e indiferente de Papá una chispa siquiera de ese sagrado interés que debe animar las almas ante los destinos del país, se enfrentaba a él y le exponía vehemente, con la ayuda de sus dos brazos y de sus dos faldones trémulos, dilemas tan terminantes como éste:

—Una de dos, Juan Manuel: o estos liberales cambian de política y no se siguen robando el nombre de liberales que deshonran y que no merecen, o yo me retiro dignamente del partido después de decirles lo que pienso de todos ellos. ¿No te parece que es ese mi deber, Juan Manuel?

Después de haberlo considerado con mucha atención, Papá le contestaba, en efecto, con muchísimo interés:

—Yo no comprendo, primo Juancho, cómo puedes aguantar el día entero esa levita de paño negro adherida a tu cuerpo. ¿Cómo no te mueres de calor? Ponte una de mis chaquetas de dril blanco, una de las últimas que me han hecho, ya te lo he dicho varias veces: ¡pónte-las, que a mí no me sirven y a ti te deben

quedar bien! ¡Aunque sólo sea en la mañana, durante las horas de más calor!

Por lo que a mí se refiere otra cosa me intrigaba y me taladraba de curiosidad el alma. Cuando primo Juancho hablaba, mientras sus queridos faldones se agitaban con violencia al nivel de mi frente, mis dos ojos fijos en la altura no se saciaban de contemplar los labios. Quería interrumpirlos y por fin vacilaba. Era que en los míos siempre pendiente, siempre a punto de caer, se encontraba preparada ya desde hacía tiempo la siguiente indagadora pregunta:

—¿Y qué tú haces, primo Juancho, cuando tú hablas, para poder menear tus dientes? ¿Ah? ¿Y qué tú haces?

Afortunadamente siendo mi timidez mucho mayor que mi curiosidad, la pregunta no voló nunca en alas de tan gran indiscreción. Mamá hubiera sufrido horriblemente en lo más vivo de su amabilidad y es muy posible que al oírme se hubiera caído desmayada de confusión a los propios pies de primo Juancho.

Desde entonces considero la timidez como una gran consejera y una excelente amiga. Más tarde, en mi largo peregrinar por el mundo, cuántas veces la he visto aparecer a mi lado andando lentamente con el índice en los labios como una visión del cielo; acordándome de entonces la he mirado con cariño y desde el abismo del silencio le he enviado agradecida mis mejores sonrisas y mis más puros besos.

V

De aquellas anécdotas o cuentos de primo Juancho, que llegaban a buen puerto y en los cuales, sin él sospecharlo, se revelaba su espíritu de rancia cepa castellana, había uno, el más reciente quizás del repertorio, que fué siempre el preferido de mi alma, porque sus actores me eran familiares y porque además de estar presentes en el escenario solían estar presentes en el auditorio, cosa que daba a las palabras cierto sabor y jugosa vida. También se deleitaba en él primo Juancho y aun lo refería con gusto muchos años después hacia el final de sus días. De tanto contarlo había ido, limando asperezas, podando bro-

zas, romando ángulos agudos, de modo que cuanto de él quedaba eran redondeces y delicados perfiles. Mamá se encontraba allí especialmente implicada. Su figura aparecía en primer plan tan inundada de luz que no se dió nunca el caso de que comenzase el cuento sin interrumpirlo ella cantadora y desganada:

—¿Hasta cuándo lo cuentas, primo Juancho, por Dios, hasta cuándo?

Pero si era difícil obtener que ciertos cuentos de primo Juancho no se descarrilasen, era completamente imposible el detener a uno de sus favoritos si, calzadas las botas de siete leguas, había ya dicho: «A correr.»

La anécdota a que me refiero era sencillísima y de una trivialidad desbordante de interés. ¿Cómo podían correr juntos, agarrados alegremente de la mano, esa pareja de enemigos mortales: la trivialidad y el interés?, preguntarán ustedes. No puedo contestar: he ahí el misterio, he ahí el embrujo, he ahí la esencia que encerraban las palabras de primo Juancho y que jamás me será dado el transmitir a ustedes.

Se trataba de cómo, cuándo y en qué circunstancias Papá y Mamá celebraron sus bodas.

—Se casaron el año 46—empezaba primo Juancho—; era en el mes de marzo, y era un domingo de Pascua. Carmen tenía quince años y Juan Manuel treinta y uno. Quisieron un matrimonio lujoso, y lo tuvieron espléndido. Los casó el arzobispo y a la novia la llevó del brazo su padrino, que era entonces Presidente de la República. Pero a ahijada y a padrino al salir juntos de la casa les pasó un gran chasco con el que nadie contaba y el chasco, como verán, es la única gracia que tiene mi cuento...

Pero es inútil seguir repitiendo las palabras de primo Juancho: sin su voz, sin su ademán, sin ese calor indefinido que es alma o perfume de la expresión en el narrar de los buenos narradores, nada significan. Sólo puedo asegurarles que cuando por aquí llegaba la sencilla historia, o sea al anuncio del «chasco» todo el mundo atendía: si Evelyn pasaba por el fondo del corredor suspendía un instante

su actividad febril y atendía; las sirvientas atendían; las niñitas todas atendíamos; hasta Aura Flor, si es que estaba presente, en sus tiranos seis a nueve meses, encumbrada en los brazos de su criadora, con tres dedos sumergidos en su boca sin dientes y un severo ceño en la frente reflexiva vencida por la fuerza del ambiente se dignaba atender y atendía con placer, lo garantizo.

Contado en pocas y desabridas palabras, el chasco fué que al salir el matrimonio de la casa, al coche de adelante en donde iba la novia se le rompió una rueda y con caballos, cochero, novia, presidente y todo, se quedó en plena calle volcado y tullido. Era el coche oficial y solemne de la presidencia. Con su uniforme de general viejo de la Independencia, todo lleno de entorchados y condecoraciones, como sale un caracol de su concha, salió el padrino de su coche volcado, sacó a la novia como mejor pudo, y aunque cruzaba entonces por un período de aguda impopularidad y no era oportuno codearse con el populacho tan engalonado y empena-

chado viendo el conflicto, viendo que la iglesia no les quedaba tan lejos y viendo que otro coche (gran lujo y boato entonces) no podía hallarse así tan al alcance de la mano, se tragó él solo su gran desgano y desafiando a la vez los dos conflictos dijo con una sonrisa muy alegre y muy campechana:

—¡Pues seguiremos a pie!

Los invitados que tenían coche se bajaron al punto e imitando al presidente también saludaron al herido con una franca sonrisa, repitiendo lo mismo:

—¡Pues seguiremos a pie!

Y el padrino con sus entorchados y la ahijada con sus azahares y todo el cortejo atrás, anda que anda se fueron calle arriba, entre una doble hilera de curiosos y una doble hilera de ventanas, que mirando avanzar el gran suceso batían sus hojas apresuradas echando raudales de luz y haces de comentarios sobre la calle medio oscura, porque matrimonio y percance estaban pasando de noche. La novia al avanzar oyó caer de todos los labios un torrente de flores, pero el viejo general oyó

otras cosas, porque, como he dicho ya, tenía enemigos; expiraba su período presidencial y a pesar de sus muchas bondades y de sus muchas glorias viejas eran aquellos días de malquerencia y de impopularidad. Moraleja: para atravesar una calle entre dos hileras de curiosos y dos hileras de ventanas, es más grato y más seguro atravesarla de novia que atravesarla de general.

Tal era a grandes rasgos el cuento, con su moraleja y todo. Ahora bien, lo que primo Juancho llamaba «la gracia de mi cuento» no se encerraba, no, en los linderos del chasco como él creía, sino que derramada por todos lados iba regocijando el espíritu, con esa alegría sabrosa del agua fresca bebida en plena sed, alegría y sabrosura que cuando logra apresarse en palabras escritas, las páginas donde se guardan, así pasen años y más años, no se marchitan nunca. Sólo mucho tiempo después llegué a conocer esta verdad: extasiada de sorpresa y de añoranza la encontré un día en unas páginas amarillentas del Romancero, leyendo el relato de otras bodas que

también iban andando con nobleza campechana por el medio de la calle. Aquí están. Son las bodas del Cid. Si impregnan en esta aroma mi relato desabrido comprenderán cuál era el encanto indefinido que animaba el cuento de primo Juancho:

. . . . . .

Más atrás viene Jimena
trabándola el rey la mano,
con la reina su madrina
y con la gente de manto.
Por las rejas y ventanas
arrojaban trigo tanto
que el rey llevaba en la gorra
como es ancha un gran puñado,
y a la homildosa Jimena
se le metían mil granos
por la marquesota al cuello
y el rey se los va sacando.
Envidioso, dijo Suero,
que lo oyera el rey en alto
—aunque es de estimar ser rey
estimara más ser mano—,
mandóle por el requiebro
el rey un rico penacho
y a Jimena le rogó

que en casa le dé un abrazo.
Fablándole iba el rey,
mas siempre le fabla en vano,
que non dirá discreción
cómo la que faz callando
llegó a la puerta el gentío
y partiéndose a dos lados
quedóse el rey a comer
y los que eran convidados.
. . . . . .

Si tienen a bien cambiar los granos de trigo, que nunca se dió en Caracas, por comentarios contra el presidente, y espontáneas flores a la novia, tendrán ustedes el romance de las bodas de Mamá tal como tantas veces lo escuchó narrar mi infancia.

¡Ah, primo Juancho, la gracia de tu cuento! Ahora ya sé por qué vivías indignado sin razón, y por qué amanecías todas las mañanas con tu solemne y negro levitón de entierro. Sabías que entre unos y otros estaban asesinando brutalmente la noble, vieja gracia campechana, y cómo poco a poco enterraban algo de ella todos los días, todos los días tú asistías consecuente a su pedazo de entierro. Pero su

agonía fué larga y respirando a tu lado vivió mientras tú viviste. Fué ella quien como perro fiel, olfateando tus faldones, se fué a trote ligero detrás de tu entierro pobre, e inmóvil sobre tu tumba como los perros de mármol de los mausoleos, se quedó para siempre en el cementerio.

Al terminar de escribir estas palabras dos gruesas lágrimas han corrido por mi rostro, arrugado, tanto por las contracciones del dolor cuanto por las muchas líneas que al rodar de los años ha ido trazando la risa. Una de las lágrimas es por la pérdida irreparable de la querida ausente. La otra, por la tristeza inmensa que me da el saber que sobre las amadas cenizas, siempre triunfante, siempre terrible, cual un ángel de exterminio con una espada de fuego, guardando las puertas de todo lo amable, en lugar de la gracia, como castigo, nos ha quedado el énfasis.

Vicente Cochocho

I

Las debilidades, deficiencias o imperfecciones de mi alma, como las de casi todas las almas, son bastante numerosas, lo reconozco. Ellas me rodearon regocijadas y en tropel durante mi larga vida tal cual rodea a una pastora su fiel rebaño de ovejas. Antes que conducirlas yo a ellas, me dejé conducir por ellas a través de los años con sumisión y dulzura. Encariñadas así con mi persona, ninguna llegó nunca a descarriarse: aquí van todas.

Una debilidad que apenas, apenas, asomó su cabeza en mi rebaño, es aquella conta-

giosísima que designan hoy con esta palabra de origen anglosajón: esnobismo. No, yo no soy ni he sido esnob, sino acaso una que otra vez con indolencia y desgano. Como tal debilidad es al fin y al cabo una gran fuerza, el no ser esnob me desprestigió muchísimo en la consideración de las gentes, las cuales sólo buscan y exaltan al que bien sepa aplastarlos bajo el peso de una vanidad aparatosa y estéril. Por causa de tal inferioridad o desprestigio, junto a las debilidades, poco a poco, han venido sumándose los fracasos, los cuales me siguen también con cierta fidelidad y con regocijo un tanto irónico. Yo no los reniego. Salieron de mí espontáneamente. Al igual de mis hijos y mis nietos, son mi obra y son mi descendencia: ¡que me sigan siguiendo y que Dios los bendiga a todos!

Este exordio es para decir a ustedes que siendo una antiesnob con la vida salpicada de modestos fracasos, no me avergüenzo de presentarme en público al lado de personas impresentables o mal vestidas. Acabo de hacerlo, sin que ustedes lo sepan, al encabezar

este capítulo así: «Vicente Cochocho», quien, lo confieso sin ambages, andaba peor que mal vestido, puesto que casi no andaba vestido. Perdónenme. Piensen indulgentes que las personas más impresentables son generalmente las más interesantes. Yo creo que el cuerpo suele adornarse con detrimento del espíritu. Es una convicción cruel que profeso con tristeza, pues me duele muchísimo el pensar que la amable, la divina elegancia del cuerpo, es una ladrona linda y vil que para bien adornarse dejó el alma sin ropas ni pan, sumida en la miseria.

Así, peor que mal vestido, simple peón de Piedra Azul, sin derechos de medianería, bueyes, rancho ni conuco, Vicente Cochocho fué uno de los amigos tutelares de nuestra infancia. Hace casi setenta años que sus pies descalzos, negros, cortísimos y abiertos en forma de abanico no hacen florecer el ramo de sus cinco dedos sobre el polvo de este mundo, pero su memoria querida y oscura, tan digna de la gloria, vive con honor en mi recuerdo. Aquí tiene su calle, su esta-

tua y su mausoleo. Los mereció por su valer y virtudes al igual de los más grandes de la tierra. Sé muy bien que pasaré algún día, ¡también pasan las ciudades!, entonces, y sólo entonces, sepultada entre mis ruinas su memoria morirá conmigo.

Cochocho no era un apellido, era un apodo. Nuestro gran amigo tutelar Vicente ni calzaba zapatos ni calzaba apellido. Cochocho, perdónenme otra vez, quiere decir piojo, pero un piojo tan despreciable que ni siquiera se encuentra en el diccionario. Para dar con él hay que ir, según creo, a los Llanos de Venezuela y buscarlo con paciencia entre la piel o crines del ganado, no sé bien. Yo nunca lo vi, pero a juzgar por su homónimo Vicente, quien llevaba tal nombre con la misma naturalidad elegante con que ciertos grandes llevan sus títulos, un cochocho, debe ser, sencillamente, horrible. ¡Ah, mi querido Vicente, no te ofendas por esta deducción en la paz de tu descanso: acuérdate que fué tu arte y tu más alta gloria la de haber embellecido la fealdad.

Vicente, que era grande por la bondad de su alma, no podía ser más pequeño en cuanto a estatura física. Apenas le llevaría unos cuatro o cinco dedos a Aurora, quien, dicho sea con justicia, era alta para tener siete años. Ambas dimensiones, la del cuerpo y la del alma, lo acercaban a nosotras, que éramos pequeñas de tamaño y que siendo inocentes buscábamos la bondad naturalmente por consonancia o amor a la armonía.

Una circunstancia imperiosa de orden material contribuía también a unirnos con Vicente: era la frecuencia del trato. El puesto «oficial» por decir así de Vicente Cochocho era el de paleador de la acequia. Quiero decir con esto que cada dos semanas pasaba cuatro o cinco días metido en el barro hasta más arriba de las rodillas, con una pala en la mano, amontonando a uno y otro lado de la acequia grande cuanto sedimento hubiese depositado el agua de dos semanas. Como tal cosa tenía lugar lejos de la casa, durante ese lapso quincenal, Vicente se eclipsaba a nuestros ojos. Pero el resto del tiempo sus varia-

dos quehaceres quedaban adheridos a la casa y a sus dependencias. A veces, muy raras veces, emburraba caña en el trapiche. Había que verlo entonces empinándose en un tramo para poder alcanzar al igual de los demás emburradores la marcha lenta de los tres cilindros. Siempre alcanzaba y los cilindros, sin decir «muchas gracias» devoraban majestuosos la caña que con tanto esfuerzo les daba a comer Vicente. Pero, repito, esto no era frecuente. Quehaceres más consonos con su estatura lo tenían oscilando casi siempre alrededor de la casa.

Generalmente, era Vicente quien ayudaba a limpiar la caballeriza y curaba los caballos y las vacas enfermas; era Vicente quien enviado por Mamá se subía a los árboles del huerto y cogía las frutas en sazón; era Vicente quien salía con el burro montaña arriba o callejón abajo a buscar leña, hojas de plátano para las hallacas, hojas de maíz para las hallaquitas, bejuco de cadena para mi pelo, legumbres, aguacates, papelones o cualquier cosa que se necesitara de impro-

viso en la cocina; era Vicente quien remendaba puertas y alambrados en el corral de las gallinas; quien cazaba de noche los rabopelados, quien armado de una azada y una pala cavaba un hoyo en el huerto o en el jardín si es que Papá deseaba sembrar una planta nueva; era Vicente quien gobernando las aguas al igual de Neptuno, con los pies apoyados a uno y otro borde de la represa, levantaba la compuerta y, como quien desata una fiera, desataba el espléndido tumulto del chorrerón y era por fin Vicente, quien, en cuclillas, adherido al piso, lo mismo que su homónimo al ganado con el cuchillo puntiagudo que solía llevar en la cintura, arrancaba pacientemente las briznas de hierba que crecían obstinadas por entre las piedras, lajas, y ladrillos de los corredores y patios de Piedra Azul.

Cuando Vicente Cochocho deshierbaba las lajas recogido en cuclillas, verlo desde lejos, era lo mismo que ver un sapo en el momento en que ya va a saltar. En su cabeza chata y cordial se aliaba humildemente el indio con

el negro, cada cual en su puesto, con mucha mansedumbre y sin nunca dirigir malevolentes su alianza contra el blanco. El pelo de la cabeza, donde mandaba el negro, era un mullido colchón lanudo, mientras que el bozo, dominado por el indio, era tan ralo, tan tieso, tan poca cosa, que nosotras le decíamos con cariño (esto era original de Violeta) Vicente Cochocho, bigotes de cucaracha.

Según parece, Vicente, quien al igual de los sapos y de los cochochos no tenía a simple vista edad ninguna, era viejo. Sus piernas cortas y torcidas siempre en trato íntimo con tierra y agua, siempre desnudas hasta la rodilla, siempre salpicadas de barro no daban impresión de suciedad o descuido, ni podían inspirar asco. ¿Son sucios los helechos que besa la corriente y espolvorea la tierra? ¿Dan asco las raíces que se arrastran al nivel del suelo entre el polvo hermano y la lluvia santa?

Pero Evelyn, que entendía las cosas de otro modo, había declarado que Vicente era un ser inmundo digno del mayor asco, que siendo él, ya de por sí, un piojo, debía tener la cabeza

cundida de ellos, y que por consiguiente no debíamos acercarnos a su persona en ninguna forma y bajo ningún pretexto. Inútil es decir que nuestra adhesión a Vicente Cochocho, espoleada así por la persecución y realzada por el atractivo inmenso de lo prohibido, tomaba incremento a todas horas. ¿Qué vale en efecto un amor que no se contraría, y qué una amistad por la cual no se ha luchado? Al distinguir de lejos a Vicente cavando en el jardín, o en cuclillas, deshierbando el patio, corríamos todas y lo rodeábamos de cerca con pasión. Entonces, el más mínimo de sus movimientos, la menor de sus palabras, interesantes ya de por sí, amenazados por la intervención policial de Evelyn, adquirían un sabor y un precio extraordinario.

En el fondo, hoy lo comprendo, la guerra a muerte que Evelyn declaraba diariamente a nuestro querido Cochocho tenía por base un complicado y personal odio de raza. Por eso era encarnizada y sin tregua. Evelyn, que tenía tres cuartos de sangre blanca, maldecía con ellos su cuarto de sangre negra. Como no

le era posible maltratar su negro en ella, le pasaba poderes a Vicente y lo maltrataba en él. A cada instante trataba de empeñar el prestigio de Cochocho en el ánimo de sus prosélitas o sea en nuestros ánimos, pero sin éxito ninguno, mejor dicho, con resultados inversos. No perdía ocasión. Si una de nosotras se había derramado en el vestido un plato de sopa, o una taza de chocolate, Evelyn, desesperada, contemplaba un instante a la manchada y la reprendía así:

—Por atolondrada y por no poner cuidado estás ahora sucia: ¡como Vicente Cochocho!

Bajo el chocolate o la sopa, nuestro amor a Vicente, subía de dos a tres grados.

Si tenía lugar una de esas acciones reprochables que indican falta de cortesía o cultura, al punto, encarándose con la culpable, Evelyn interrogaba sarcástica:

—Eso tan lindo, eso tan precioso, ¿lo aprendiste, no es verdad, con señor don Vicente Cochocho?

Nuestro amor crecía.

Si nos hallaba de improviso rodeando a

Vicente en pleno patio, se precipitaba sobre nuestro círculo de amor y lo desbarataba preguntando con una discreción terrible, en la cual pululaban las ofensas:

—¿Qué he dicho ya más de mil veces? ¿Qué está prohibido aquí siempre?

Vicente sabía muy bien lo que estaba prohibido aquí siempre, y lo que se había dicho ya más de mil veces. Sin embargo, ante el vejamen no protestaba: continuaba paciente con su cuchillo, arranca que arranca la hierba terca. Su alma desconocía el odio. Siendo casi del mundo de los vegetales aceptaba sin quejarse las iniquidades de los hombres y las injusticias de la naturaleza. Hundido en la acequia o adherido a las lajas, zahiriénranlo o no, seguía como buen vegetal dando impasible sus frutas y sus flores.

II

Acusar a Vicente de falta de aliño o limpieza podía pasar, era una cuestión de apreciación; acusarlo de descortesía era a todas luces una injusticia. No era posible ser más cortés. Sólo que Evelyn, en su intransigencia inglesa y puritana, era incapaz de apreciar el refinamiento de aquella cortesía rústica. Nosotras, sí. Ni ella, ni Mamá, ni Papá, ni nadie eran tampoco capaces de apreciar el buen sabor a español noble y añejo del vocabulario que empleaba Vicente. Nosotras sí, y porque lo apreciábamos lo copiábamos. Evelyn nos corregía asegurando severa que hablábamos vulgarmente; también Mamá nos corregía, pero ellas no tenían razón, la razón o supremo buen gusto estaba de parte de Vicente y

de parte nuestra. Sólo muchos años después pude comprenderlo bien. Fué leyendo a López de Gomara, Cieza de León, Bernal Díaz del Castillo y a otros autores de la época, quienes vinieron a América y legaron generosos de viva voz el español que usaba Vicente tal cual se usa un mueble antiguo, sólido y cómodo, que se ha heredado en buena ley.

Vicente decía, como en el magnífico siglo XVI: *ansina*, en lugar de así; *truje*, en lugar de traje; *aguaitar*, en lugar de mirar; *mesmo*, por mismo; *endilgar*, por dirigir o encaminar; decía *esguazar*, decía *agora;* decía *vide;* decía *dende*, su español, en una palabra, era el español del Siglo de Oro.

Usaba además Vicente una especie de declinación formada por diversos diminutivos que aplicaba a nombres, adjetivos, adverbios y gerundios, llenando de matices especiales la palabra en cuya terminación los adhería. Si lo llamaban y él contestaba:

—¡Señor, agorita voy!—. O bien:— ¡Señor! ¡Voy agoritica!

Esto quería decir: «Voy con mucho gusto dentro de un momento. Dígnese usted tener paciencia.» Si al preguntarle qué era de su vida y salud, él contestaba:

—Ya ve, aquí me tiene, trabajandito.

«Trabajandito» quería decir que trabajaba con gusto y buena voluntad, pero sin mayores ventajas pecuniarias.

Su cortesía corría parejas con su gayo hablar. También era noble y llena de matices. Nunca Vicente entraba en un recinto cualquiera, así fuera la cocina o la pieza de escoger café, sin pedir la venia en esta forma:

—¡Alabado sea Dios!

Frase que repetía clavado en un umbral o ante unos escalones, hasta que una voz indignada le contestara:

—¡Adelante, caramba, no moleste más!

Vicente era incapaz de quedarse con el sombrero de cogollo en la cabeza si veía pasar a Mamá, por muy lejos que fuera. Como mascaba tabaco, «escupía por el colmillo» con frecuencia, es cierto, pero era menestar ver con qué arte y nitidez lo hacía. Na-

die hubiera podido imitarlo y nadie podía saber dónde, cómo, ni cuándo, Vicente había escupido. Era lo mismo que un rayo: ¡pssst!, que cruzaba con rapidez el espacio y se perdía en lontananza entre las matas. Lejos de ser un acto vulgar, el escupir por el colmillo era, en Vicente, una demostración de respeto y sumisión. Poco lo hacía al dialogar con sus iguales. Por lo general, indicaba perplejidad. Cuando se hallaba en una situación difícil interrogado por Papá, Mamá o primo Juancho, se rascaba la cabeza deliberando y ¡pssst!, como una flecha, sin apenas mover los músculos del rostro, sin jamás ensuciar en donde no debiera, con una puntería admirable, escupía. Acto seguido daba una respuesta llena de acierto y discreción.

El trato con Vicente Cochocho nos iba instruyendo en filosofía y en ciencias naturales como ningún libro o profesor hubiera podido hacerlo. Su espíritu hermano por la sencillez, fuerte por la experiencia, estaba adornado de conocimientos amenos que corrían fácilmente de su inteligencia hacia las

nuestras con la naturalidad de un arroyo regocijado y claro. Nosotras lo asaeteábamos a preguntas. Casi todas tenían esta partícula interrogativa: «¿Ah?», sobre la cual apoyábamos toda la fuerza de nuestra curiosidad y que cambiaba de lugar según la frase:.

—¿Por qué hay guayabas verdes y guayabas amarillas, Vicente, ah?

—¿Por qué las culebras pican, ¿ah?, Vicente, y las anguilas no?

—¿Por qué los gallos saben pelear, Vicente, ¿ah?, y no saben poner huevos como las gallinas?

—¿Por qué, Vicente Cochocho, topocho, rechocho, bigoticos de cuaracha, tú no tienes tu casa de teja como los medianeros, ¿ah?

Para dar la razón de tanta cosa, Vicente impregnaba sus respuestas en la hermosa filosofía de la resignación. De las anguilas decía:

—Porque ellas son buenas y se defienden resbalándose sin maltratar a nadie, por eso las buscan y se las comen. A las culebras le tienen rabia, pero ninguno sale a buscarlas. De puro malas que son, las respetan.

Del gallo decía:

—Porque su sino es de peleón y no le gusta oficio que no sea mandar en jefe. ¿No le ven el gobierno en la cresta?

Y de sí mismo:

—Porque nací para pobre. ¡Quién ha visto peón negro con casa de teja!

Papá había vivido y gobernado en Piedra Azul desde su más tierna edad. Era como el hijo de toda la hacienda. Nosotras éramos las nietas.

Los viejos llamaban a Papá el Niño Juan Manuel, o el Niño Juan Manuelito. Los jóvenes lo llamaban Don Juan Manuel. En cuanto a nosotras, siendo a un tiempo nietas y princesas de Piedra Azul, se nos trataba de tú, y como si fuéramos Infantas de Castilla o de Aragón, teníamos este título largo y sonoro, digno de figurar en las coplas de Jorge Manrique: «Las Seis Niñitas de la Casa Grande».

También Vicente nos daba tratamiento de tú, pero antes de nombrarnos, en señal de homenaje, no decía niñita, ni niña, ni señorita,

no, decía: Señor. Tú y Señor. Lo mismo que si se dirigiera a Dios.

Por ejemplo:

Cuando llegaba en el burro cargado de legumbres, de frutas y de hojas de plátano, nosotras corríamos hacia él agobiándolo a preguntas y reclamando encargos. El iba respondiendo:

—Sí, Señor, Aurora, si te traje tus manguitos de bocado. Aquí vienen.

—Sí, Señor, Blanca Nieves, te conseguí el conejito blanco. Mañana te lo mandan con jaula y todo.

O de pronto:

—No, Señor, Violeta, no le pegues al pobre burro, mira que él no te ha hecho nada.

Difícilmente podré explicar a ustedes la suma de matices expresivos que encerraba el hablar de Vicente, puesto que tales matices no estribaban en los vocablos, estribaban en el tono. ¿Qué es una frase sin tono ni ritmo? Una muerta, una momia. ¡Ah, hermosa voz humana, alma de las palabras, madre del idioma, qué rica, qué infinita eres!

Cuantas veces he tratado de explicarles aquí cómo hablaba Vicente y cómo hablaba Mamá, aquellos dos polos: el extremo de la rusticidad y el extremo de la exquisitez o «preciosismo», uno más ritmado que melodioso, otro más melodioso que ritmado, he tenido que contemplar con tristeza la miseria realizada por mi buena intención. La palabra escrita, lo repito, es un cadáver. ¿Por qué, en este siglo de los grandes inventos y de las magníficas innovaciones, los escritores no han hallado aún la manera de decir a ese cadáver: «levántate y anda »? Hoy que todo es alegre bullicio en la república de las letras, hoy que el genio y la novedad van siempre bailando juntos, tan contentos, ¿cómo no han hallado el modo de despertar esa muerta? Si yo fuera novelista de talento (dos humildes suposiciones) impondría la siguiente innovación en la novela: antes de comenzar un diálogo cualquiera tendería siempre un pentagrama sobre mi página. A la izquierda como de costumbre: clave, tono y medida; luego los compases con notas y accidentes, y

abajo el texto: lo mismo que para el canto. Con un poco de solfeo que supiera el lector no tendría sino que tomar el libro en la mano izquierda, llevar el compás con la derecha canturreando y ¡listo! El personaje habría hablado de veras.

Acabo de darme cuenta de que estoy ideando una tontería. Perdónenmela. El escritor que tal hiciera, al pecar por exceso de verisimilitud o claridad, se vería cubierto de desprecio. La claridad que nos hace amables nos impide ser admirables. Lo incomprensible, al humillar violentamente los espíritus, arranca de las manos aplausos irritados y sinceros cuyo verdadero significado es éste: ¡¡Bravo, bravo, bravísimo, que no hemos entendido ni una jota!! Una imaginación de amplio vuelo puede lanzarse a sus anchas dentro de la oscuridad que es infinita. Dios no sería adorable si fuera comprensible. La humilde claridad es limitada, franca y pobre. La claridad es despreciable y reposante como un par de pantuflas viejas. Yo no aspiro a la gloria, ni a los aplausos, ni al respeto de las multitudes;

por lo tanto, puedo calzarme de tiempo en tiempo mi par de pantuflas reposantes.

Vicente Cochocho era el tocador de maracas de todos los bailes de Piedra Azul. Según creo, su conversación debía ir siempre acompañada por el repiqueteo o compás de dos maracas invisibles. A ellas debía su ritmo. Si Mamá, verbigracia, necesitaba con urgencia que Vicente fuera a buscarle unas parchas o guanabanas, se asomaba al pretil, llamando:

—¡Vicente! ¿Estás ahí, en el jardín?

Y él contestaba a lo lejos:

—¡Sí, Señor!

Al *Sí* le correspondía una nota negra ligada a una corchea con puntillo y un golpe de maraca al *Señor* una semicorchea, una negra y repiqueteo de tres golpes.

III

A más de ser maestro en filosofía y ciencias naturales, a más de ser tocador de maracas, paleador de la acequia, emburrador del trapiche y deshierbador de lajas, Vicente era el médico, el boticario y el agente de las pompas fúnebres en Piedra Azul. Era además, de vez en cuando, como se verá más adelante, militar y militar de gran genio. Si sus piernas estaban salpicadas de barro, su valor, salpicado de hazañas y de altísimos hechos, merecía que la gloria le hubiese abierto de par en par sus grandes puertas: ya lo dije al presentárselos. Pero «la gloria no se ofrece sino al que la solicita», opinaba un amable sabio. Vicente, sea porque fuese filósofo, sea porque

no se sintiese bastante buen mozo y bien vestido para ir en busca de tan gran señora, le volvió siempre la espalda, sin jamás acercarse a decirle pero ni «esta boca es mía».

En lo concerniente a la milicia, Vicente tenía más genio que vocación; en lo concerniente a la medicina, tenía más vocación que genio. Como es la vocación quien forma el verdadero médico, como la medicina oscura y santa está impregnada de misticismo, milagros y ciencia infusa del corazón, Vicente, todo actividad, todo abnegación, todo espíritu de sacrificio; Vicente, a quien nadie llamó nunca el Doctor Cochocho, era el médico por excelencia.

Papá no lo juzgaba así. Como la medicina, repito, es campo abierto a las apasionadas creencias, al fogoso misticismo y a las luchas fanáticas, Papá perseguía con ardor e intolerancia la actuación de Vicente junto a los enfermos de su hacienda. Aseguraba con convicción, de raigambre mística, que en Piedra Azul la presencia de Vicente era mucho más funesta que la del tifus, la disentería

y la fiebre amarilla juntos. Papá hablaba con pasión, no cabe duda. Pero siendo su poder absoluto o ilimitado, la situación de Vicente respecto a su misión sublime y respecto a Papá era en todo semejante a la de los primeros Cristianos bajo la persecución de Diocleciano o de Nerón. No quiero decir con esto que Papá fuera cruel, sino que amenazado a cada instante por el Omnipotente, Vicente, lleno de heroísmo, robustecido más y más en su caridad y en su fe, ejercía su ministerio en la sombra.

Yo creo que en la intolerancia honrada de Papá se ocultaba sin él saberlo, como ocurre a menudo, aquella rivalidad despierta y agresiva que viene a asomarse siempre entre dos médicos situados ante una misma clientela. Porque debo advertir a ustedes que a su manera, sin universidades, grados, ni estudios, también era médico Don Juan Manuel. También él se iba en su caballo Caramelo, con su frasquito de píldoras de quinina, su termómetro, sus sinapismos, sus purgantes y recetaba a los enfermos. Vicente se iba a pie con

hojitas de llantén, raíz de ciruela fraile molida, manteca de lagarto, sangre de conejo matado en menguante, ensalmos, oraciones, y le arrebataba la clientela. Y es que siendo el más débil Vicente era el más fuerte por su augusta vocación. En Piedra Azul se curaba y se medicinaba de balde. Por lo tanto, Papá, enteramente desarmado, no pudiendo siquiera pasar a sus enfermos esas cuentas altísimas que tanto sostienen el prestigio científico de un médico, aplastado por Vicente, sin defensa posible, veía decaer su clientela, mientras la de su competidor crecía.

Como todo médico: grande o pequeño, ignorado o renombradísimo, como todo medicucho, medicastro o gran lumbrera, Vicente realizaba curaciones maravillosas y realizaba también de vez en cuando muertes fulminantes que producían gran escándalo y cubrían su nombre de oprobio durante breves días. Las cosas volvían pronto a normalizarse y la fe renacía. En los días del escándalo la cólera de Papá todo rayos y truenos caía sobre la cabeza bienhechora y vencida.

Un día presenciamos la siguiente solemne y dolorosa escena.

Era en la tarde. Papá, encerrado en su escritorio, conferenciaba desde hacía rato con el mayordomo. De pronto se abrió la puerta con violencia y lleno de arrogancia y majestad, como se asoma un emperador al balcón de su palacio, se asomó Don Juan Manuel al pretil vecino de su escritorio, de donde se dominaba la ancha explanada o entrada principal de la casa. Allí, con una voz severa que amenazaba tormenta, dijo a una de las sirvientas:

—Anda a decirle a Vicente Cochocho que venga acá inmediatamente, que tengo que hablar con él.

Encogidas las almas de temor ante aquel misterio, que amenazaba herir uno de nuestros más vivos afectos, corrimos todas, doloridas a presenciar el desastre.

A poco, en la ancha explanada, más chiquito, más cuadrado, más cabezón que nunca, apareció en efecto nuestro querido Cochocho. Como jamás se atrevía a subir al corre-

dor principal de la casa, se acercó desde afuera al pretil y con sus pies de pato, sus piernas torcidas, su cabeza lanuda, su sombrero de cogollo en una mano, su machete en la otra, se detuvo, levantó la cabeza y como una rana ante un león interrogó:

—¿Señor?

—Oye, Vicente—dijo Papá terrible y todopoderoso—, óyeme bien. Acabo de saber que a José del Rosario, el de la Quebrada Grande, se le enfermó su muchachita de un ojo, que tú fuiste allá y dijiste que eso se curaría con sangre de lapa, que tú mismo cazaste la lapa que tú mismo le sacaste la sangre, que tú mismo la llevaste, que se la pusieron y que se ha quedado tuerta. Eres muy bruto y más que bruto eres un criminal, ¡ya lo sabes! Atiéndeme ahora y que no se te olvide, es la última vez que te lo digo: te juro, Vicente, que como tú vuelvas a recetar a un solo enfermo más aquí, en Piedra Azul, le escribo al Jefe Civil del distrito para que vengan inmediatamente a buscarte y te tengan en la cárcel preso cinco o seis años por asesino. Lo

digo y lo haré. ¿Me estás oyendo bien, Vicente? ¿Comprendiste?

—Sí, Señor.

Contestó Vicente humildemente, sin olvidar su puntillo y sus tres golpes de maraca.

Inútil es decir que desde el siguiente día, con mucho más ardor continuó en secreto cazando lapas, buscando hierbas, moliendo raíces, anda que anda, de norte a sur, de este a oeste, perdiendo días de jornal, vadeando ríos crecidos y pasando noches de vela junto a la cabecera de sus amados enfermos.

Las bondades y favores de Vicente Cochocho, como toda cosa que se da espontánea y abundante, como las frutas silvestres, como los dorados mangos en el mes de agosto, no tenían valor ninguno en Piedra Azul. Su abnegación despertaba con frecuencia el mal humor, y sus mayores beneficios se recibían al igual de esas cosas que siendo útiles son importunas, como se reciben, digamos, los aguaceros bienhechores y molestos.

Existía en Piedra Azul una ley impuesta por la costumbre, ley discreta, digna de la

sabiduría severa de un Licurgo. Cuando un peón o cualquiera de sus allegados moría no había ni que preguntarlo. Papá hacía todos los gastos relativos al entierro salvo uno, el del ataúd, del cual espontáneamente se encargaba Vicente. Quiero decir con esto que los dos médicos afrontaban, cado uno a su modo, el gasto que ocasionara la muerte de sus enfermos. Al tener noticias de una defunción, Vicente, madrugando si era menester, se iba a la casa, o por mejor decir, al rancho mortuorio, daba el pésame en términos muy corteses como de costumbre, para terminar diciendo:

—Y por la «urna», ya lo saben, no se angustien, yo se la traigo a la nochecita.

Aquel día renunciaba a todo jornal. Comenzaba por pasar la mañana entera de arriba abajo, en las pulperías, en las casas de los medianeros y en los ranchos de los peones, preguntando en todas partes «que si por casualidad» no tendrían unas tablas o unos cajoncitos viejos que le regalaran. En honor de la verdad, dadas tales circunstancias, todos lo

recibían con buenos modos; todos derrochaban generosidad. A eso de las doce, recogido el material, se instalaba en un rincón del trapiche con un serrucho, un martillo, unos clavos y, pin-pun, pin-pun, añadiendo por aquí, encajando por allá, claveteaba con ardor. Bajo el ardor un ataúd, aunque informe, iba engordando y creciendo. Terminado el trabajo relativo al carpinteo, se iba a la casa, preguntaba por Mamá y con el encogimiento natural de todo el que pide algo, luego de ¡psst!, escupir por el colmillo en señal de homenaje, también decía: Que «si por casualidad» no tendría Misia Carmen María unos trapitos negros que ya no le sirvieran. La «casualidad» no dejaba nunca de tener lugar. Armado así, con los trapitos negros se volvía a su rincón del trapiche, los cortaba con inteligencia y con economía, los untaba con engrudo y los iba colocando habilidoso hasta que el gran cajón remendado, de tablas viejas, rotulado aquí y allá con: «frágil»; «Hacienda Piedra Az...» o «La Guay...», según los cortes y los añadidos, quedaba convertido en un

ataúd negro lleno de depresiones y de jorobas conmovedoras, es cierto, pero de un conjunto tan lúgubre y tan feo como el de los más lujosos ataudes negros. Nunca se olvidaba de pegar sobre la tapa dos tiras blancas que formaran cruz. Rematada así su obra, a altas horas de la noche se la cargaba al hombro y anda que andarás cerro arriba llegaba al rancho mortuorio, se detenía en la puerta y:

—¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios!— anunciaba su presencia a grito herido.

De adentro le contestaban, naturalmente, «que qué gritos eran esos; que si no sabía demasiado que había un difunto en la sala; que a los difuntos se les debía más respeto; que tuviera tino al colocar la urna; que no la fuera a poner en el medio, sino en un rincón donde no estorbara el paso; y que puesto que allí estaba, que se sentara y que se tomara su «pocillo» de café y hasta, si quería, un vaso de aguardiente». Hechas estas observaciones seguían hablando desaforadamente.

IV

La beneficiencia de Vicente Cochocho, semejante a la luz del sol, se derramaba sin preferencias sobre todos los hombres, en todas las circunstancias: ricos y pobres, grandes y humildes, malos y buenos, a todos alcanzaba. Lo mismo exponía Vicente su vida vadeando un río crecido para llevarle «unas hojitas» de cualquier cosa a un moribundo, que la exponía subiéndose a una rama inaccesible a fin de alcanzar «el ramito de mamones» encargado por alguna de nosotras. Igual se desvelaba fabricando un ataúd que pasando la noche entera con las maracas en la mano, dándoles sin descanso, para que «el amo del baile» quedara bien lucido. Nadie ya lo han

visto, le daba las gracias de nada. ¿Quién se acuerda de darle gracias al sol porque alumbra o al agua porque se deja beber?

Aun cuando le gustase el baile en forma extraordinaria, no bailaba jamás, por la sencilla razón de que nadie quería bailar con él. ¡Las peladoras de semilla y las cogedoras de café ya sabían revestirse de esnobismo, en aquella época y en Piedra Azul! Si el amo del baile, condolido, se acercaba a un grupo de invitadas y les rogaba «que bailara alguna con Vicente, una piececita por lo muy menos, que fueran complacientes, que el pobre había contribuído tanto con las maracas la noche entera, que eso ni las rebajaba, ni les rompía costilla», las invitadas contestaban muy entonadas: «que ni locas; que ¡cuándo!; que ellas no se exponían a hacer un mal papel; que Vicente era demasiado chiquito; que apenas si les pasaría de la cintura; que eso no era un pareja para bailar con nadie». El pobre desairado, muy conforme, tenía que continuar con su par de maracas toca que toca la noche entera.

Si Vicente era despreciado en los bailes por su desnudez completa de atractivos físicos, conocía en cambio el amor hondo y manso, aquel que a espaldas de la estéril vanidad, desdeñando todo material provecho, cierra los ojos a la belleza del cuerpo y va a prender sus raíces en los encantos del alma. Por sus atractivos morales Vicente era amado, y amado mucho más de lo común, puesto que lo querían a un mismo tiempo sin celos, discusiones, ni rivalidades: Aquilina y Eleuteria. El las quería a las dos sin hacer preferencias, las dos lo sabían y las dos lo aceptaban con mutua o, mejor dicho, con doble generosidad.

Aquilina y Eleuteria ni eran muy lindas, ni eran muy elegantes; al contrario, situadas al mismo nivel de Vicente, podían brindarle un amor todo paz, exento de peligros y zozobras, cosa que para la felicidad es un factor más poderoso que la elegancia y la belleza juntas.

A fin de que ustedes no se escandalicen ni juzguen severamente a Vicente, debo adver-

tirles que en Piedra Azul se aceptaba el amor libre. Era tan corriente y tan bien visto, como lo es desgraciadamente hoy día y lo era desgraciadamente entonces en cualquier sociedad rica, aristocrática y refinada de cualquiera gran capital. Salvo en uno que otro detalle de la forma, en el fondo, las costumbres de Piedra Azul eran dignas de una espléndida corte. Como mi excelente Mamaíta no había viajado nunca, ignorando tal circunstancia o coincidencia, se quejaba y lamentaba al decirle a Papá, casi con lágrimas en los ojos, que podía estar seguro de una cosa tristísima y era ello que, en cuanto a costumbres, su hacienda Piedra Azul ocupaba, sin duda, el último lugar del mundo. Llena de celo apostólico, tanto por espíritu de moralidad como por espíritu de presunción, lo mismo que ponía tapetes bordados y ramos de flores en las mesas, Mamá ponía consejos, legitimidad y bendiciones nupciales en los ranchos de Piedra Azul. Mientras Papá afrontaba los gastos de todos los entierros, ella afrontaba los gastos de todos los matrimo-

nios. Su obra moralizadora, como toda obra para la cual no se exige dinero, cundía. Cundía a veces con perfecta felicidad, pero muy, muy a menudo con resultados adversos. Como ocurre fatal y desgraciadamente en todas partes, también en Piedra Azul, al sentir la mayoría de los hombres que había «sacramento de por medio» sus infidelidades tomaban al punto una consistencia y una pluralidad extraordinarias. A la sombra de tales infidelidades crecían celos, discusiones y escenas violentas que se remataban en una brillante sinfonía de golpes. La ofendida venía casi siempre a la casa, preguntaba por Mamá, le contaba sus cuitas, y sin hacerle reproches directos, cosa que hubiese acusado poca delicadeza, como «al buen entendedor pocas palabras le bastan» se los hacía indirectamente al rematar así su confidencia:

—¡Ay, Misia Carmen María, quien lo viera y quien lo ve! Y pensar que esto tal vez es un castigo que me manda el Señor por pretenciosa: ¡quién me mandó a casarme!

Mamá, muy condolida, entre suspiros y le-

vantar de ojos al cielo, aconsejaba la dulzura y la resignación.

No hay para qué decir que estando el hogar de Vicente a la vanguardia de los más irregulares, las amonestaciones, quejas y recriminaciones de Mamá llovían a diario sobre él sin resultado ninguno. Vicente era reacio al matrimonio. No por aquella dureza de corazón de la cual nos habla el Evangelio, sino por un arraigado e invencible sentimiento de fidelidad. Como ni la Iglesia ni las leyes permiten el matrimonio con dos mujeres a la vez, no pudiendo ser infiel a Eleuteria por preferir a Aquilina, ni ser infiel a Aquilina por preferir a Eleuteria, rechazando toda posibilidad de matrimonio, Vicente repartía con equidad su amor, ya platónico sin duda, entre aquellas dos compañeras de dos épocas diversas de su juventud, a quienes circunstancias fortuitas habían reunido en un día de su otoño bajo el techo hospitalario de su rancho alquilado. Por uno de esos milagros que sólo realiza la gran bondad, como el de San Francisco con el lobo, Vicente

había realizado el suyo: Aquilina y Eleuteria vivían en perfecto acuerdo.

Una tarde, nosotras, las niñitas, habiendo ido de paseo con Evelyn, quisimos llegar hasta el rancho de Vicente, cosa que nos interesaba, por supuesto, en forma extraordinaria. Evelyn accedió.

La piadosa peregrinación tuvo lugar: andando, andando, nos dirigimos hacia el rancho objeto de nuestro interés. Al divisarlo de lejos en lo alto de un repecho, medio escondido entre dos árboles, corrimos todas, desaladas, a ver cuál llegaba primero. Evelyn caminando nos siguió a distancia. El cuadro que bajo los dos árboles se ofreció a nuestros ojos era en efecto interesantísimo por su sobriedad prehistórica. La paja, ahumada y despeinada del rancho, caía con desolación por sus cuatro costados hasta tocar la tierra. Junto a la puerta había un banco hecho con un tronco y dos horquetas; en el suelo, tres piedras ennegrecidas dialogaban sobre las cenizas frías de un hogar; una gallina atada por un pie a una de las horquetas del banco pugnaba por des-

atarse cacareando y batiendo las alas; en el centro, hecho también con un tronco, un pilón; a uno y otro lado del pilón Aquilina y Eleuteria, armadas cada cual con una masa: golpe y golpe; golpe y golpe, pilaban evangélicamente el maíz, ración de un solo día, para «el pan de arepa» de ellas dos y Vicente.

Imposible es describir aquí la indignación muda y misteriosa con que Evelyn, al apreciar la escena, nos arrancó del rancho y de sus alrededores. Duró el mutismo y duró el misterio hasta que llegada a la casa pudo a media voz conferenciar con Mamá. Dijo furiosa y a la sordina que a más de ser el más pequeño, el más cabezón, el más feo y el más sucio de los peones de Piedra Azul, para complemento, para que nada le faltara, Vicente Cochocho era también el más «depravado». Que ella acababa de comprobarlo con sus propios ojos.

Siendo así que la palabra «depravado» no formaba parte de nuestro vocabulario, nosotras también conferenciamos a fin de cambiar impresiones y dilucidar cuál podría ser

aquel nuevo y terrible defecto de nuestro amigo Vicente. Como era de esperar, Violeta se apresuró a tomar la palabra y humillándonos con su saber, declaró ex cátedra que eran «depravados» todos aquellos cuyos techos de paja estuvieran ahumados y desgreñados como lo estaba el del rancho de Vicente. Que ella sabía eso: «¡Púuuu! ¡Desde cuándo!» Al siguiente día Mamá llamó a Vicente y con la misma voz quejumbrosa que usaba para regañarnos a nosotras, lo amonestó en esta forma:

—No es posible, Vicente, por el amor de Dios, la vida que tú llevas. Evelyn fué ayer con las niñitas hasta tu rancho y volvió espantada. No tienes noción ninguna de moral, eres como los animales, Vicente, que no saben que existe Dios ni conocen sus mandamientos. Tú, que por tu edad siquiera, debías dar el buen ejemplo, no, eres el peor de todos, eres el abanderado. No puedes seguir así: ¡O te casas con una de las dos o te quedas viviendo solo, Vicente, como un ser normal, como un cristiano bautizado!

Al hablar en tan laudable y terminante forma, mi apostólica Mamá no había observado aún a cuántos actos dignos de castigo y de reprobación universal puede conducirnos la verdadera bondad del corazón.

Como de costumbre planteado así el dilema, Vicente se rascó la cabeza, le dió vueltas y más vueltas en la mano al sombrero de cogollo; escupió por el colmillo en forma impecable y terminó diciendo entre pausas y tartamudeos que: «como casarse él no podía por de pronto, que Dios Nuestro Señor demasiado lo sabía; que para resolver matrimonio se necesitaba cuando menos tener un ranchito propio»; y añadió conciliador:

—Ahora, sin matrimonio, yo la complazco, en el momento menos pensado, Misia Carmen María, usted verá, yo se lo ofrezco; pero déjeme un respiro. En cuanto llegue la cosecha de café, que ellas dos puedan trabajar y recoger unos cuantos realitos, yo las mudo, le doy mi palabra. Téngame paciencia, hágame el favor. Es cuestión de un tiempito nada más.

Mamá, perseverante y evangelizadora, seguía prodigando sobre Vicente sus quejumbrosas amonestaciones, mientras «el tiempito», se prolongaba indefinidamente a través de todas las cosechas de café.

V

Si el prestigio de Vicente se hallaba en Piedra Azul bajo cero, nadie es profeta en su tierra, en otros lugares se hallaba, por el contrario, en las nubes. «Cochocho el de Piedra Azul», ¡asómbrense ustedes!, era nombre que se pronunciaba en muchas partes con respeto y temor. Para ello eran menester dos circunstancias, eso sí: primero, que estallara una revolución; segundo, que un general revolucionario solicitara sus servicios. Si Vicente mandaba a contestar lacónicamente: «Estoy a la orden», ya podían prepararse Papá y el Gobierno; el uno, a tener un terrible disgusto; el otro, a recibir sinsabores y derrotas sin cuento.

Al segundo día de haber enviado su respuesta: «Estoy a la orden», con gran indignación de Papá, a quien el caso tomaba siempre desprevenido, Vicente había desaparecido misteriosamente y junto con él ocho, diez o quince peones, según las circunstancias. A estas bajas ocasionadas por su vocación militar, Papá sumaba con los dedos las ocasionadas por su vocación médica. Como en su indignación las dos manos no le dieran abasto, cortaba la enumeración y resumía la hecatombe:

—¡Es peor, mucho peor que el tifus, la disentería, y la fiebre amarilla juntos! ¡Es una verdadera peste, es un azote, es la langosta! ¡Aquí no volverá nunca a ponerme los pies!

A poco llegaban las noticias y comentarios:

—Allá, en el pico tal, o en el desfiladero cual, y que está Vicente, emboscado como un mismo león: ¡acabando con las fuerzas del Gobierno!, no les deja pasar ni una mosca.

Según parece, sobre estos particulares de estrategia Vicente Cochocho era sencillamente genial. Recibidas las órdenes del ge-

neral X o Z a quien servía, Vicente reunía veinte, treinta, o cuarenta hombres, los que fuese menester, se ponía a la cabeza de todos: ¡y a caminar se ha dicho! Si como a Napoleón y a Bolívar, la estatura no le ayudaba en tales casos, tampoco a él le hacía falta tal ayuda. ¡Otras condiciones le daban tamaño!

Al frente de su tropa, con su plan ya trazado, allá iba Vicente, orientándose por entre cerros, llanos y bosques en línea recta, con la seguridad admirable de las palomas mensajeras. De pronto ante un panorama determinado se detenía, estudiaba con la vista el océano de montes y colinas, extendía su brazo corto, trémulo de genio, señalaba con el dedo un punto fijo, y decía:

—¡Allá es la cosa!

Allá se iba a emboscar con sus treinta hombres, y ¡ay! del que pasara con intenciones guerreras. Sorpresas, estratagemas, embestidas sin cuento llovían inesperadas y fatales sobre los enemigos, por mejor disciplinados, mejor armados, y más numerosos que fueran.

Terminada la revolución, cubierto de lau-

reles, con sus treinta hombres ilesos, Vicente bajaba de su olimpo y regresaba a Piedra Azul.

Papá se hacía el desentendido.

Al siguiente día ya estaba otra vez con el barro hasta la rodilla limpiando la acequia grande, o en el patio de la casa deshierbando las lajas en cuclillas, con el mismo cuchillo de siempre.

En el perdón de Papá entraría un tercio de generosidad y dos tercios, cuando menos, de espíritu práctico. Por más que Papá contara y recontara con sus dedos calamidades y muertes, Vicente le proporcionaba muchas más ventajas que inconvenientes. Enterado a cualquier hora de cualquier movimiento revolucionario como nunca soñara estarlo de nada el más astuto repórter, Vicente anteponía su influencia delante del peligro, y era la salvaguardia viva de Piedra Azul.

Si estallaba una revolución, pongo por caso, y Vicente se hallaba en la hacienda, por no haber asumido aún el importante papel que le correspondiera, de pronto, se presentaba

en la casa, preguntaba por Papá, se le acercaba con misterio y guiñando un ojo, confianza que sólo se permitía en tales circunstancias, le decía en voz baja:

—Vengo a advertirlo, Don Juan Manuel: mañana al mediodía pasa la revolución por el cerro. Ya me dieron palabra de que no bajarían a perjudicarle la hacienda, pero por sí, o por no, mejor será que mande a esconder el ganado.

Papá hacía esconder el ganado.

Al siguiente día, allá, en lontananza, como procesión de hormigas, brillando machetes y rebrillando fusiles, en lo alto de la montaña, bajo el magnífico sol meridiano, pasaba durante un rato la revolución.

Un día, por una de esas cosas incomprensibles o medio milagrosas, Papá tuvo noticias anticipadas de que Vicente iba a alzarse. Era la víspera precisa del alzamiento. Lo mismo que en aquella otra tarde, la del célebre juicio por el fracaso medicinal de la sangre de lapa, asomado a su pretil, Papá convocó a Vicente. También nosotras como aquel día,

unidas en racimo junto a una columna, fuimos testigos del acto. Repitiéndose la escena, en la ancha explanada apareció Cochocho, todo fealdad, todo cortesía, y tal cual, con su sombrero de cogollo en la mano, se acercó y se detuvo bajo el pretil. Pero Papá, en lugar de echar hacia atrás la cabeza desbordando arrogancia e irradiando majestad, no, al diablo la majestad y nada de arrogancia; al contrario, con esa voz grave y tierna que usamos con las personas, cuando para su bien queremos disuadirlas de algo que en realidad nos perjudica a nosotros, Papá, en voz muy tierna, comenzó a derrochar sobre Vicente una elocuencia bondadosa llena de paternales y suavísimos consejos. El discurso, que duró un buen rato, terminaba en esta forma:

—Expones tu vida, Vicente; arruinas tu salud para servir la ambición y los intereses de otros. ¿Y qué sacas tú? ¿Qué provecho? ¿Qué dinero? ¿Qué porvenir? ¡Ninguno!

Vicente, con la cabeza baja y el sombrero dando vueltas y revueltas y más vueltas en la

mano, no contestaba una sílaba, pero su silencio equivalía a esto: «Lo felicito por su elocuencia, mi señor patriarca, y le agradezco su interés, pero así con su magnífica elocuencia y su gran interés a cuestas, me alzaré de todos modos mañana en la madrugada, porque ya está resuelto.»

Como Papá comprendió muy bien el significado de tal silencio, cambió de táctica. Ofreció formalmente a Vicente que si renunciaba en seguida a toda idea de alzamiento, le doblaría el jornal, y le mandaría hacer un rancho en lugar apropiado, en donde pudiera al mismo tiempo disfrutar de un conuco.

La respuesta de Vicente, de haber sido más corta, hubiera sido digna de un espartano, digna de Guzmán el Bueno, digna, en fin, de figurar en la historia. Dijo:

—Yo le he dado mi palabra al General... (aquí, un nombre muy conocido que no recuerdo.) Fué él quien desde hace muchos años me graduó de capitán. Nunca me he puesto un par de zapatos, pero desagradecido no soy, y a un protector no le volteo la es-

palda. Ni que me regalara todo Piedra Azul, Don Juan Manuel. La palabra de Vicente Aguilar no es cuestión de ranchos ni de conucos, ésa, ¡ni se compra, ni se vende!

¿Qué tal?

Bajo tan magnífica respuesta, Don Juan Manuel se quedó aplastado lo mismo que un insecto debajo de un peñón. Derrotado, echó mano al recurso de los derrotados: el sarcasmo. Aquí fué el echar la cabeza hacia atrás, y el exclamar a grandes voces con una sonrisa forzada y fingida:

—¡Anjajajajá! ¡Pero si es verdad! ¡Pero si no me acordaba! ¡Si aquí estoy en presencia del ilustre capitán Don Vicente Aguilar! ¡Muy señor mío! ¡Váyase, váyase a la guerra mi señor capitán, que de allá regresará sin duda a ocupar el sillón presidencial de la República!

¡Ay, el horrible oprobio de aquellas palabras: «Mi señor capitán Don Vicente Aguilar», mucho más duras, mucho más crueles que los más crueles insultos! «Aguilar» era lo peor de todo. Aguilar, en boca de Papá,

resultaba espantoso, ustedes no lo comprenderán, tampoco él lo comprendió. A los grandes, no les es dado entrar en el mundo de los pequeños; ciegos ante lo muy menudo, son duros por ceguera y crueles por exceso de tamaño. Nosotras pequeñas comprendimos todo el dolor producido por aquel insulto que sólo era insulto, por no ser insulto, sino sencillo y verdadero apellido como el de todo el mundo. Apiñadas junto a la columna, ante aquel «Aguilar» aderezado de sonrisas y oído por vez primera en nuestra vida, estuvimos a punto de romper a llorar todas en coro, como el día en que Mamá castigó a Violeta. ¡Había que ver, además, la expresión del «ilustre capitán muy señor mío»! Apaleado por su propio apellido como perro apaleado por su amo, sin levantar la voz, levantó sus ojos desamparados, aquellos ojos de hermosura inadvertida que eran como el puente por el cual se pasaba de la fealdad de su cuerpo a la belleza de su alma. Buscando simpatía, los ojos de perro dolorido, vinieron a apoyarse en los nuestros. Allí la encontraron: ¡y cómo,

y cuánta! Con la cabeza baja, sin mirar hacia Papá ni contestar a su sarcasmo, se despidió de él, diciendo:

—Siempre a su orden, Don Juan Manuel.

A nosotras nos miró largo, intensamente:

—Y adiós, mis niñitas. Que Dios me las guarde, que la Virgen me las conserve a todas, ¡hasta más ver!

Y se fué. «Hasta más ver» no se cumplió. Ya no volvimos a verle más. Pero aquella última mirada buena de perro apaleado sin razón debía acompañarnos siempre. A mí me ha seguido a través de mi vida entera, aun está aquí, aun me acompaña, aun me adoctrina y me enseña.

¡Ah, lejano, ignorado Cochocho, piojo sublime, médico de los pobres, humilde dios del barro, genio de los ataudes y de las aguas! Muchas miradas como aquella última tuya debió presentir con sus ojos visionarios el Divino Maestro, la tarde en que seguido por sus discípulos subió a la falda de una montaña, y allí, sentado sobre la hierba, les dictó su testamento. En él escribió tu nombre oscuro,

Vicente Cochocho, porque tú fuiste manso; tú fuiste limpio de corazón, tú fuiste misericordioso, tú padeciste persecuciones por la justicia. Heredero de la gloria, tú imperas hoy sobre las ocho Bienaventuranzas, tuyo y muy tuyo es todo el Reino de los Cielos.

Se acabó trapiche

Un día jugábamos en el huerto. Violeta, cuyas ansias aventureras la lanzaban a todo género de empresas azarosas en las cuales figurara la desobediencia, con sus correspondientes probabilidades de luchas y rebeldías, Violeta, digo, se había ido al comedor, y había cogido un cuchillo. Con él cortaba ramas, les sacaba punta y las clavaba en la tierra diciendo:

—Estos son mis tablones de caña; estos otros son mis cafetales; aquí están mis jardines; todo esto es mi hacienda: ¡que nadie se acerque!

Una de las sirvientas allí presentes se acercó y le rogó que fundara su hacienda prescindiendo del cuchillo, que tanto Mamá como Evelyn nos tenían terminantemente prohibido que jugáramos con fuego, con tinteros y con cuchillos. Violeta le contestó que se apartara en seguida de allí y que no la molestara repitiendo tonterías. A fin de salvar su responsabilidad, la sirvienta se fué y advirtió a Evelyn. Llegó Evelyn en el momento en que Violeta enarbolando una rama le sacaba punta. El cuchillo brillaba y relampagueaba por los aires. Al comprobar el hecho, Evelyn dijo con autoridad:

—Violeta, dame cuchillo.

Violeta contestó:

—No.

La autoridad de Evelyn pasó de las palabras a los hechos. Agarrando a Violeta por la muñeca, con la mano que le quedaba libre le quitó el cuchillo en un segundo. Violeta, sorprendida y desarmada, la miró con insolencia y en defensa propia y voz muy clara:

—¡.....!

¡Zás! Un calificativo inesperado, rotundo, sobrio, muy bien acordado en cuanto a género y número: una sola palabra nada más.

¿De dónde salía tal palabra? ¡Misterio! Era esa una de las especialidades de Violeta: saber cosas que nadie supiera, sin que supiera ella misma dónde las había sabido. No obstante ser palabra nueva, todas las demás comprendimos al punto que la tal expresión se le había adaptado a Evelyn como se adapta en la cabeza un sombrero muy feo, es decir, que se le amoldaba sin hacerle favor. Al oír el calificativo admirable de claridad, las dos sirvientas presentes habían comenzado a reírse a carcajadas. Con las risas, el calificativo tomaba más proporciones y mayor asiento en la persona de Evelyn. Esta, indignada, más por las risas que por el vocablo inesperado, con su feísimo sombrero puesto, se quedó muda unos instantes. Luego interrogó:

—¿Dónde aprendiste esa palabra, Violeta, que te dejó boca tiznada, boca negra como carbón? ¿Dónde aprendiste?

Violeta se pasó la mano por la boca a fin

de ver si era cierto que estaba tiznada, pero no se dignó contestar. Como Evelyn buscaba un castigo ejemplar, sin esperar las declaraciones de la culpable, hizo de repente la siguiente deducción funesta:

—Aprendiste eso en trapiche. Ahora para siempre ¡se acabó trapiche!

«Se acabó trapiche», por culpa de Violeta y de las dos sirvientas, era una ley inicua, una de esas leyes arbitrarias que pesan sobre multitudes inocentes, por la violencia de un mandatario o las fechorías de un grupo. Y sin más comentarios, desde aquel mismo día, la ley inicua comenzó a regir.

¡Ay! «Se acabó trapiche»! ¡Qué castigo sin precedentes! ¡Qué desgracia!

Para nuestras almas de campesinas el trapiche era el club, el teatro y la ciudad. Ningún placer equivalía a la hora pasada entre el baño y el trapiche. Nos parecía la gloria y teníamos razón: era la gloria. Todo en él halagaba la vista, el olfato, el paladar, el oído. Lo mismo que bullía el guarapo en los enormes fondos, en el gran recinto del trapiche

bullía la vida franca y buena a borbotones. En él se daban cita todos los elementos y todos los colores: el agua, el fuego, el sol, todos iban andando desnudos y armoniosos al compás que marcara la inmensa rueda majestuosa y mansa de la molienda. Nada del aburrimiento negro incomprensible y feísimo de las fábricas movidas con motores de vapor y motores eléctricos. No. En el trapiche no había misterios ni había escondites. Todo pasaba a la vista de todos. Cada cual sabía por qué ocurrían las cosas y había entrada libre para el que se presentara: elementos animales o personas.

La primera, la gran capitana, la madre del trapiche era el agua. Muy arriba por el canalón se venía de la acequia y se arrojaba sobre la rueda grande cantando la caída con su nutrido coro de chorros y de gotas. La rueda lenta, se iba tras ella por el rosario de sus cangilones, dibujando gajos de vacío sobre un fondo de helechos y de musgo. Con la rueda caminaban las tres masas; en las masas, triturándose y salpicando zumo camina-

ban las cañas; en las cañas caminaban las manos de los emburradores y las manos de los cargadores de bagazo que se llevaban la pobre caña muerta en parihuelas de cuero para tenderla al sol. Bajo el sol los cadáveres triturados arrastrados por los rastrillos resucitaban y se iban a florecer en montañas: las mullidas montañas de las bagaceras, prometidas esposas del fuego.

En el trapiche amplio y generoso no había casi paredes ni había casi puertas; nada se encerraba; ¡adelante todo el mundo! Entraba el sol; entraba el aire; entraba el aguacero; entraban las legiones de avispas doradas y zumbando a buscar dulce; entraban las yuntas lentas con los carros anchos y los montones de caña bien trabados que los gañanes descargaban de un golpe y dejaban firmes en el suelo detrás de los carros; en busca de dulce, lo mismo que las avispas, entraban los hijitos de los peones con una cazuela en la mano, a pedir: «de parte de mi Mamá que si me hacen el favor de unas migajitas de raspadura o un pedacito de papelón roto para el guarapito

de esta noche». Como a las avispas se les daba la raspadura o se les daba el pedazo de papelón roto, a nadie se decía no.

En bandada, con Evelyn y las sirvientas atrás, zumbando y volando, también como las avispas y los chiquitos de los peones, por entre yuntas de bueyes, y montones de caña y parihuelas de bagazo, entrábamos las niñitas a buscar dulce, a estorbar el trabajo, y también: ¡Adelante las niñitas, a molestar se ha dicho!

Lo primero de todo era correr a encajar un pie sobre la espuma gris y endurecida que formaba el zumo de la caña al irse por una canal hacia la sala de pailas. Allí, dibujando sobre la espuma el mayor número de pies posible, era gritarle a Vicente Cochocho, si es que estaba presente, y si no, al grupo general de los emburradores:

—¿Que cuando sueltan la molienda, pues? ¡Que anden, que anden, que ya es hora! ¡A almorzar! ¡A almorzar!

«Soltar la molienda» o «almorzar» era detener el movimiento de la rueda y los cilin-

dros al lanzar el agua por la acequia de ma postería, camino de un estanque en el cual, junto a enredaderas, penachos de bambú y un ancho cují, nos bañábamos diariamente a pleno sol, bajo el estruendo del chorrerón, entre los remolinos de su corriente y los perfumes que iba dejando el agua sobre la tierra y las piedras musgosas.

Junto a la rueda grande del trapiche, el ruido del agua apagaba las voces. Mirando nuestra actitud y nuestras bocas gritonas, los emburradores, que ya sabían a qué atenerse, se veían reducidos a decirnos por señas que aun no había llegado la hora de soltar la molienda y a fin de completar la explicación nos mostraban con la mano el montón de caña que faltara por moler.

En espera del agua, corríamos entonces todas, cada cual por su lado, a pedirle a un peón que «nos pelara una cañita». El peón aludido dejaba su quehacer, escogía una caña, la pelaba con el machete, la dividía en gajos, y cada niñita, con su caña enarbolada, chupando y goteando zumo, se iba trapiche arri-

ba y trapiche abajo a ver qué se hacía y averiguarlo todo, cuantas más preguntas, mejor.

No sé qué tal sería para mis hermanitas; por lo que a mí respecta, puedo asegurar que en el trapiche, esperando el momento propicio de soltar la molienda, chupando gajos de caña, con las manos pegajosas y con varios riachuelos de zumo corriéndome por el cuello y por los brazos, pasé los ratos más amenos de mi vida.

En el trapiche no se reunía la gente con el objeto de divertirse: he aquí por qué la reunión era amena y agradable. Allí, para contemplar los diversos espectáculos, no era menester, como en el teatro, sentarse en una butaca y quedarse inmóvil, en silencio, durante varias horas, con un par de gemelos en la mano y una pierna dormida, mirando a lo lejos, entre telas y tablas pintadas, hacer ademanes y decir trivialidades de un orden simétrico y monótono. En el trapiche no era indispensable, como en los bailes, dar vueltas y vueltas gravemente y a compás, sobre tacones altísimos, ni tampoco era de ri-

gor el afirmar con un sandwich en una mano y una copa de champagne en la otra, todos esos lugares comunes que la mayoría de nuestros interlocutores, mucho más elocuentes que nosotros, afirman con tanto ardor y con tanta seguridad, en forma brillante y arrolladora.

El espectáculo del trapiche, variado, vivo y lleno de colores no esclavizaba la atención, ni tiranizaba los movimientos. Mirando espumar un fondo, saltar el temple en la tacha, correr el melado en las canales, batir un alfondoque, menear con una pala el papelón caliente, volar las hormas llenas, alegremente, por los aires, de mano en mano, como bailarinas; mirando, digo, tanta escena diversa y divertida, se podía al mismo tiempo chupar caña, comer melcocha y pensar en lo que se quisiera.

En el trapiche era lícito agobiar con preguntas al templador, para dejarlo de golpe con la palabra en la boca, dar media vuelta, e irse a agobiar con las mismas preguntas el espumador del primer fondo, sin decir pre-

viamente a ninguno de los dos: «¿Me permite usted un instante, señor?» En el trapiche, tanto el cuerpo independiente, como la fantasía alada, al igual de las avispas, podían pasarse aquí, allá, o acullá, cuando y como mejor les pareciera. Libertad de movimiento y libertad de pensamiento, ¿no son dos factores indispensables al bienestar? ¿Y aquel olor tan rico que en el ínterin, por el humo y el vapor, exhalaba la tacha y exhalaban los fondos? ¿Y el lindo color dorado del papelón fino de caña buena? Y el color oscuro del pobrecito papelón humilde de cachaza o caña mala? ¿Y el grito armonioso del templador, clamando de pronto por una reja, como la campana del ángelus en la tarde:

—¡Candelaaaa!

¿Y la actitud de todo el mundo? Nadie en la sala de pailas, ni en la sala de la molienda, ni en el patio del bagazo y de las bagaceras, tenía movimientos activos, esos bruscos movimientos de la actividad, llenos de inarmonía y desbordantes de soberbia, que parecen gritar: «¡Yo soy el creador aquí; todo es obra de

mis manos, adelante, de prisa, viva yo, y viva mi genio!» No. En el amable trapiche los movimientos no podían ser más lentos. Nadie pretendía crear nada. El largo proceso del papelón, como cosa de la naturaleza y no de la industria, parecía hacerse solo, por obra bendita del tiempo necesario: poco a poco, poquito a poquito. Los treinta o cuarenta peones del trapiche asistían al proceso del papelón como se asiste a un nacimiento: una ligera intervención; mucha paciencia, conversación y nada más.

El trapiche era, pues, el bienestar sencillo y bueno. Violeta lo derrumbó con una sola palabra. ¡Ah! Violeta era fuerte porque era emprendedora y agresiva. Sus palabras, ya lo han visto, como las de ciertos diputados y senadores, torcían el curso tranquilo de la vida. Muchedumbres pacíficas tenían después que sufrir las consecuencias.

Ahora ya, vigente la dura prohibición, antes de ir al baño, nos veíamos reducidas a quedarnos arriba, junto a la represa vecina del canalón, en la cúspide de la rueda grande. Si

queríamos echar un vistazo a nuestro querido trapiche, era menester desde allí arriba asomar las cabezas en fila, por encima de una tapia. A duras penas, puestas en puntillas o subidas a unas piedras, lográbamos pasar ojos y narices; muy raras veces la boca. Así, como Dios nos ayudara, solíamos lanzar nuestro ruego cotidiano:

—¿Que cuando sueltan la molienda, pues? ¡Que se vayan a almorzar! ¡Que anden, que anden! ¡Que ya es hora!

Ruego que iba a fundirse en la noche profunda de las cosas ignoradas. Nadie nos atendía, puesto que perdidas allá arriba, entre la tapia y el ruido del agua, ni se nos veía, ni se nos oía.

Debo en justicia advertir una cosa. Aun cuando la prohibición regía en todo vigor como he dicho ya, Evelyn, de vez en cuando, nos agrupaba después del baño y declaraba esto:

—Hoy, como todas se han portado bien, van a ir conmigo a trapiche.

Nuestros alaridos de felicidad eran ensor-

decedores, y nuestras carreras, desenfrenadas. A fin de cuenta yo creo que, de no haber pronunciado Violeta su célebre palabra, de nefastos resultados, el recuerdo del trapiche se hubiera perdido sin duda en la multitud anónima de lugares, personas y escenas que yacen enterradas en mi memoria, como en un cementerio. Violeta provocó la severidad de Evelyn, la severidad de Evelyn salvó el trapiche de la oscuridad. El trapiche brilla, el trapiche titila en mis recuerdos.

¡Excelente Evelyn! Su influencia bienhechora pobló de alegrías nuestra infancia y apartó de ella el negro, el cruel aburrimiento que tortura el alma de los niños mimados, pobres víctimas de la saciedad, pobres capullos marchitos por el desencanto. Al sembrar prohibiciones sobre los objetos y lugares que nos rodeaban, Evelyn les daba vida. Soplando al igual de Dios encima de lo inerte, le ponía un alma divina: el alma que anima todo lo deseable.

Si mi infancia fué feliz; si mi infancia me llama y me sonríe de continuo a través de los

años, es porque transcurrió libremente en plena naturaleza y porque tan libre transcurrir iba no obstante encauzado como van los ríos. Ni mis hermanitas ni yo nos vimos jamás presas entre cuatro paredes, rodeadas de cajas de dulce, de muñecas, de carros, de caballos de cartón, de todos esos horribles juguetes tenebrosos, que como los pesares de la vida adulta tiene por fuerza que sobrellevar la infancia. Cuando a alguna de nosotras se nos regalaba o compraba una muñeca, la estrechábamos en nuestros brazos mientras representara algo nuevo. A las dos horas, aburridas de ver aquellos ojos siempre fijos, y aquellos miembros siempre tiesos, cesaba ya de interesarnos y: ¡al diablo la muerta, al diablo la vieja! No la tocábamos más. Teníamos razón.

Nuestros juguetes preferidos los fabricábamos nosotras misma bajo los árboles, con hojas, piedras, agua, frutas verdes, tierra, botellas inútiles y viejas latas de conservas. Al igual de los artistas, sentíamos así la fiebre divina de la creación; y, como los poetas, hallábamos

afinidades secretas y concordancias misteriosas entre cosas de apariencias diversas. Cuando cogíamos, pongo por caso, una latica vieja, y con un clavo y una piedra le hacíamos un agujero, al cual adaptábamos una caña o timón; a éste un par de tusas o cuescos de mazorca que hacían el papel de bueyes; a cada tusa o cuesco dos espinas curvas que imitasen dos cuernos; al todo una caña larga o sea una garrocha; cuando rematada la obra, tirando de la garrocha y remedando la voz de los gañanes, gritábamos a las tusas rebeldes:

—¡Arre, buey! ¡Atrás, Golondrina! ¡Apártate, Lucerito!

Con la lata, las dos tusas y las cuatro espinas, habíamos hecho un carro con su yunta y habíamos hecho también un poema.

El resto de mi existencia debía transcurrir bajo el mismo régimen amable y severo bajo el cual transcurrió mi primera infancia. La vida imitó a Evelyn: me dió a probar todos sus bienes; pero, bondadosa, me los dió tan tasados y tan a su hora que jamás la saciedad vino a apagar en mi alma la fresca alegría del

deseo. Como al pasar los años, indiferentes, no se llevaron entre sus dedos raudales de belleza, de amor, ni de honores, no detesto los años pasados en mí, ni aquellos que aun no han pasado en los otros. El tiempo, al besarme los cabellos, me coronó tiernamente con mi propio nombre, sin nunca llegar a clavarme en el alma sus dientes de amargura: a los setenta y cinco años aun siento latir mi corazón ante la perspectiva de una excursión campestre en automóvil bajo el sol entre montañas, y mis manos tiemblan todavía de emoción y de impaciencia al desatar los lazos que anudan con gracia exquisita la sorpresa de un regalo.

Nube de Agua y Nube de Agüita

I

Papá, ya lo han visto, tenía sus ribetes de médico. Su afición a la medicina abundaba en preceptos de higiene: «Las niñitas—había decretado Papá—deben estar siempre al aire libre; no importa que se asoleen; bajo ningún pretexto deben ir nunca a Caracas, ni a cualquier otro lugar poblado, donde puedan coger el sarampión, la tos ferina, la difteria o la lechina; deben bañarse en agua fría y corriente; que no las vistan demasiado; deben levantarse lo más temprano posible, e ir cuanto antes a tomar un vaso de leche al pie de la vaca.»

Estos preceptos eran admirables, no por las

ventajas de higiene física que hubiesen podido brindarnos, sino por las de higiene moral que en realidad nos ofrecían. Las prohibiciones de Evelyn aspiraban a darnos sólidos principios; los preceptos de Papá, sólida salud. Por una feliz coincidencia, en la cual ninguno de los dos pensó, nos dieron de consuno varios años de inmediato bienestar.

El precepto del vaso de leche al pie de la vaca era sin duda ninguna el más interesante de todos. No tanto por el gusto de la buena leche recién ordeñada, llena de espuma, en la cual, al empinar el vaso, no olvidábamos nunca encajar la nariz, aguantando la respiración y haciendo al terminar: «¡ah!» con fruición y con un par de bigotes blancos, no, sino por el ambiente que ofrecía en general el corralón de las vacas a las seis de la mañana.

Tan grato y casi tan ameno como el trapiche, el corralón estaba respaldado o garantizado por la higiene. Jamás Evelyn se hubiese atrevido a decir: «Aprendiste eso en corralón, se acabó corralón», como había dicho: «Se acabó trapiche.» Por esta razón de

seguridad era menos precioso; pero, repito, era casi tan ameno.

El corralón tenía a su favor la ventaja de la hora. Cuando a las seis de la mañana, cada niñita con su vaso en la mano y capitaneadas por Evelyn, subíamos juntas aquellas dos cuadras o doscientos metros, que lo separaban de la casa, el sol calentaba apenas; los gallos, levantando pecho y cabeza, nos daban los buenos días: ¡quiquiriquí!; los bueyes, sin uncir se comían su rama de cogollo a la puerta de los ranchos cercanos; y sacudir un arbusto o atravesar la hierba alta, era bañarse literalmente de rocío.

En el corralón, sobre la república de las vacas, por elección y voluntad soberana de ellas—no se rían, ya lo verán—todo sabiduría y buen gobierno, imperaba Daniel. Daniel era el vaquero.

Cuando hacíamos irrupción en la ciudad de las vacas, Daniel, levantado desde las cuatro de la mañana, asistido por el muchacho del corralón, tenía ya ordeñados muchos cántaros de leche. El orden reinante era perfecto:

era el orden de la ideal ciudad futura. A pleno aire, pleno cielo y pleno sol, cada vaca estaba contenta y en su casa, es decir atada a su árbol o atada a su estaca. Había quien tenía árbol y hasta árbol florido, había quien no tenía sino estaca desnuda y corta. Nadie se quejaba ni nadie se ensoberbecía, nada de comunismos. Satisfecha cada cual con lo que se le daba, daba en correspondencia cuanto tenía. Por todas partes conformidad, dulzura y mucha paz.

La leche y el amor maternal se desbordaban a raudales entre las cuatro tapias del corralón. En él todo era noble, aun las cosas que en general son innobles. Sobre las hojas de cogollo pajizo con el cual estaba alfombrado el corralón, al igual de las vacas, al igual de los baldes rebosantes de leche, al igual de Daniel y el vaquerillo, todo lo demás se posaba con majestuosa naturalidad. Nada hería la vista, nada hería el olfato.

Nosotras conocíamos muy bien las leyes, usos y costumbres del corralón. Sabíamos, por ejemplo, que cuando una vaca tenía atado

en una de sus patas a su hijito el becerro, era señal de que ya estaba ordeñada. Que, por el contrario, aquellas otras cuyos becerritos encerrados en el cercado donde pasaban la noche se veían todavía allí, impacientes, asoma que asoma el hocico, por encima del tranquero, exactamente lo mismo que las niñitas por encima de la tapia del trapiche, era, cosa evidente, porque ni ellos habían mamado, ni a ellas las habían ordeñado. Lo sabíamos muy bien, pero saberlo no era un obstáculo para preguntarlo.

Al poner los pies en el corralón, con nuestros correspondientes vasos en la mano, corríamos a rodear el grupo que formaran Daniel, el becerro, y la vaca que se estuviera ordeñando. Allí comenzaban las preguntas:

—¿Ya ordeñaste a Nube de Agua, Daniel, ah? ¿Y por qué tú no estás ordeñando a Poma Rosa, ah, Daniel? ¿Y por qué tú no sueltas ya al pobre Poma Rosita? ¡Míralo, Daniel, míralo, cómo saca el pobrecito su cabeza! ¿Es porque tiene hambre, Daniel, ah? ¿Tú crees?

Daniel tenía que cargarse de paciencia. Al

fin de cuentas nosotras lo molestábamos mucho más que las vacas y los becerritos, quienes conocedores ya del reglamento lo observaban con disciplina, y, lo que era más grato, lo observaban en silencio, sin preguntar cosas tan sabidas y resabidas.

Las vacas, ya lo habrán quizá observado ustedes, tenían nombres semejantes a los nuestros, sin que hubiese plagio de un lado ni de otro: era simple coincidencia. Daniel escogía los nombres de las vacas con la misma libertad con que Mamá escogía los nombres de las niñitas. Siendo llanero Daniel, era poeta. Aunque su vena fuese con preferencia epigramática, también sabía ser lírica cuando la ocasión se presentaba. En el corralón la ocasión se presentaba. Allí, Daniel solía adherirse a las tendencias de la escuela romántica. No era, pues, de extrañar que sus gustos y los de Mamá zigzagueando por diversos caminos viniesen a reunirse todas las mañanas entre las cuatro tapias del corralón.

Las vacas bautizadas por Daniel se llamaban como ya han oído ustedes, y se llamaban:

Flor de Saúco, Noche Buena, Viuda Triste, Niña Bonita, Rayo de Sol (que Daniel y también nosotras pronunciábamos por contracción Rayo-e-Sol). Había, además: Desengaño; había Amapola; había No-me-Dejes; y así sucesivamente, hasta veinte nombres.

No hay para qué decir que Viuda Triste, por ejemplo, era negra, de un negro cerrado, absoluto, severísimo, mientras que en el traje, negro también, de Noche Buena, blanqueaban alegremente aquí y allá todas las estrellas de Belén y el lucero magnífico de los Reyes Magos. Rayo de Sol, por el contrario, era rubia, de un admirable rubio dorado que brillaba insolente, sin compasión al lado de la pobre Desengaño, cuyo color indefinido, cobarde, desteñidísimo, no invitaba a la alegría ni era placer de los ojos.

Entre las vacas y sus nombres existía, pues, un acuerdo o concordancia, que no existía entre nosotras y los nuestros. En lo demás, unos y otros se parecían. Nosotras lo advertíamos y nos regocijaba la semejanza. Hijas de Piedra Azul las unas como las otras, cercana

al Corralón la Casa Grande, resultábamos conterráneas y vecinas. Eran ellas nuestras nodrizas y los becerritos nuestros hermanos de leche. No había, pues, por qué darse tono, ni por qué creerse de mejor alcurnia.

En apoyo de esto les referiré que en el corralón moraba una vaca, aún no mencionada, quien, por haber nacido con una mancha blanca en la frente, había venido a este mundo con su nombre impreso, como quien dice. No obstante originar confusiones, era imposible arrancárselo: la vaca se llamaba Estrella. ¿Creen ustedes que la otra Estrella, es decir, mi hermanita, se sintiera deslucida o maltratada por tal coincidencia? Nada de eso, al contrario. Cuando entraba al corralón, considerando que su nombre le daba derechos que no teníamos las demás, preguntaba con interés y cierto orgullo:

—¿Ya me ordeñaste a mi tocaya, Daniel? Yo quiero que me la ordeñes en mi mismo vaso, porque su leche es mía. ¿No es verdad, Daniel, ¿ah?, que su leche es mía?

En realidad cada vaca con su becerro for-

maba una sola unidad, la cual se designaba bajo el mismo nombre. En el grupo o familia Noche Buena, pongo por caso, tan Noche Buena era la madre como el hijo. Esta unificación simplificaba la disciplina, haciendo coincidir maniobras y movimientos llamados a ejecutarse simultáneamente. Cuando había llegado el momento de ordeñar a Noche Buena, digamos, Daniel, desde el punto en que estuviese, lanzaba por tres veces este grito prolongado que se extendía y dilataba por los ámbitos del corralón:

—¡Noooooooche Buena! ¡Noche Bueeeeeeeena! ¡Noche Bueeeeeeeeena!

Si Noche Buena madre estaba echada y soñolienta, al escuchar aquel nombre que pasaba por los labios de Daniel como pasa el largo lamento del aire, cuando se va ondulando por la hierba de los llanos y sigue y sigue y sigue, hasta perderse allá, en las lejanías del horizonte, cuando Noche Buena, digo, oía su nombre, se ponía en pie al instante, levantaba la cabeza, y dirigía los ojos hacia el cercado de los becerros. Allí, Noche Buena hijo

se hallaba ya arremetiendo con furia y con la cabeza baja por entre los compañeros de cercado, quienes en respeto de las circunstancias le dejaban pasar sin tomar en cuenta aquellas cabezadas y agresiones. Apenas había levantado el vaquerillo la primera tranca cuando: ¡zás!, un salto por encima del tranquero y allá iba Noche Buena hijo dando brincos por el corralón, arrastrando y pisando y enredándose en el ronzal, si ronzal tenía, no importaba, adelante con los tropezones y la carrera desenfrenada, hasta llegar y prenderse a cabezadas también de Noche Buena su madre.

Nosotras no comprendíamos que dos personas por muy unidas que fuesen pudiesen designarse así, con un mismo nombre. Esa especie de misterio dual incómodo y confuso no era de nuestro agrado, no: las cosas claras. Nosotras separábamos el becerro de la vaca por medio de un diminutivo. Los becerros no nos atendían en absoluto; pero tal cosa no tenía importancia, puesto que, de todos modos, ellos no obedecían sino a Daniel, que era el señor y supremo sacerdote, cuya voz armo-

niosa de almuecín anunciaba la hora anhelada de la libertad y el desayuno.

Para nosotras, el becerro de Amapola era Amapolita; el de Noche Buena, Noche Buenita; el de Nube de Agua, Nube de Agüita, y así sucesivamente.

II

Daniel era llanero, ya lo dije. Aunque nacido en el corazón del Llano, casi toda su juventud había transcurrido por los potreros de los valles de Aragua. Allí pasó muchos años pastoreando ganado y haciendo queso, un admirable «queso de mano» que enrollado en hojas de plátano, lo mismo que las hallacas de Candelaria, vino a ser, bajo el reinado de Mamá, timbre y orgullo de Piedra Azul, cuando ella, entre sonrisas y pedir de excusas por la rusticidad de la ofrenda, lo ponía en las manos de cuanta visita llegase.

Aparte del queso, Daniel había traído de los Valles de Aragua su admirable régimen de gobierno, sus gritos de almuecín y los nom-

bres exquisitos de las vacas, cosas todas extrañas a Piedra Azul y a sus contornos. Como buen llanero, a más de ser excelente vaquero, y excelente poeta epigramático, Daniel era astuto y rapaz. Conciliador como nadie, amable siempre, todos sus actos iban urdidos a una trama finísima cuyo hilo, ningún ojo por avizor que fuese era capaz de descubrir. Cuando Papá lo contrató como vaquero, Daniel estudió la situación durante dos o tres días y, sin duda alguna, acabó por deducir esto en su fuero interno: «Aquí serás vaquero, Daniel, sin pleitos ni imposiciones, hasta que quieras, y ¡ganarás dinero!» Así fué. Las vacas comenzaron a producir la suma indispensable, que las tuviese sólidamente al abrigo de una venta o disolución general: ni un centavo menos ni un centavo más. Todos los días de la semana, Daniel trabajaba con ardor a fin de todos los sábados en la tarde, con muy buenos modos, presentarle a Papá por la leche y el queso las más correctas cuentas del Gran Capitán. Dada la corrección de dichas cuentas, Papá no podía probarle su mala fe,

dada la amabilidad con que las presentaba. Papá perdía toda ocasión de insinuárselo con violencia o desabrimiento.

Amarrado a su propia impotencia, Papá decía:

—Daniel es un vaquero excelente, nunca he visto otro igual, pero me saquea en una forma, como hasta el presente, tampoco había visto otra igual. Emplea además un mal sistema con las vacas, las tiene muy consentidas, muy, muy mal acostumbradas. Quisiera a todas costas salirme de entre sus garras; pero, ¿quién lo reemplaza?

El orden, la disciplina, los gritos de almuecín, los nombres de las vacas y, sobre todo, aquellas coplas cantadas durante el ordeño, larga, lentamente, acompañando la voz con el canto de la leche que llovía en el fondo del balde, todo, absolutamente todo, no era sino política, ya lo verán, su maquiavélica política del corralón que Papá designaba con esta frase candorosa: «Tiene a las vacas consentidas y mal acostumbradas.»

Daniel no excluía de su política el ingenio,

el lirismo, la conmiseración y la galantería. No todo era rapacidad y egoísmo, no. Al amparo de su rapacidad florecían sentimientos generosos muy dignos de elogio. Daniel trataba de que las vacas estuviesen bien atendidas para que diesen mucha leche en primer lugar, y para que al sentirse felices y satisfechas (altruísmo paternal de mandatario) no pudiendo ellas prescindir de él, Papá, figura aquí de tercer orden, tampoco lo pudiese. Considerando estas razones, ya les dije al comenzar que Daniel gobernaba con sabiduría.

El procedimiento del ordeño era el siguiente: Después de haber lanzado sus tres llamadas o gritos musicales, entonada mezcla de asonancias con disonancias, cosa imposible de imitar:

—¡Nooooche Buena, Noche Bueeeena, Noche Buena!

Daniel dejaba que madre e hijo se uniesen en ternura y en leche durante un rato. Después intervenía él. Al becerrito lo ataba corto por su ronzal al pie de la vaca. Así, engañada ella, presenciaba él, impotente, el robo ini-

cuo de aquella leche que iba cayendo en el balde, en lugar de caer en su garganta. Como Daniel no acostumbraba despojar a nadie de lo suyo sin volverse todo sonrisas, galantería y buenos modos, al romper a ordeñar rompía a cantar una copla llena de halagos y filosóficos consejos.

La voz de Daniel se balanceaba sobre cada sílaba como se balancean las palmeras en la brisa. La madre, adormecida, fascinada por aquella voz de sirena que la colmaba de elogios recordándole a la vez entre nostalgias y melancolías los ecos y lamentos de su patria de origen, entregaba sin restricción toda su leche. El hijo, menos sentimental, se sacudía de tiempo en tiempo, hasta que al fin, en vista de la imposibilidad material, acababa por contemplar resignado aquel despojo, sagrada ley del más fuerte. Considerando tal vez que «no sólo de pan vive el hombre», imitaba a su engañada madre, entregándose también a los líricos placeres de la poesía y de la música.

Daniel, en plena paz, seguía ordeñando y cantando. Mientras tejía y destejía su larga

copla, las niñitas, trémulas de interés, corríamos a observar la expresión de la vaca elogiada y ordeñada, a fin de ir espiando en su rostro la inequívoca satisfacción del amor propio halagado. Por tal razón cuidábamos muy mucho de que todas las palabras de Daniel fuesen bien claras, todas las ideas bien al alcance de las sencillas inteligencias. Si Daniel cantaba, por ejemplo, esta copla que era del repertorio de Nube de Agua, puesto que cada vaca tenía las suyas:

¡Nube de Agua!
Yo he visto vacas famosas;
pero como tú ninguna
porque tú tienes más leche
que agua tiene la laguna,

al vislumbrar aquella laguna turbia y dudosa, volábamos todas a acabar con Daniel:

—¿Cuál laguna, Daniel? ¿Qué cuál laguna?

Daniel suspendía el canto para responder:

—La laguna de Valencia.

Protesta general:

—¡Ay!, Daniel; pero si ella no la está

viendo, ella nunca fué a Valencia, ella no la vió, ¿cómo va a saber? ¿Por qué tú no le dices que tiene más leche que el río, o que la acequia, o que tiene más leche que el chorrerón, ¿ah? Daniel, ¿por qué tú no le dices?

Vuelta a interrumpir el canto. Daniel contestaba, lacónico:

—Porque ni río, ni acequia, ni chorrerón, caen en verso.

—Cáelo tú, Daniel, si tú sabes; anda, qué te importa, cáelo tú.

Aunque Daniel supiese «caer en verso» toda palabra y toda idea, tenía su repertorio fijo, y no le gustaba hacer innovaciones sino cuando un caso muy especial de enfermedad, nacimiento o muerte lo requiriese. Por lo tanto acallaba nuestras exigencias al responder terminante:

—Ella entiende, la prueba es que se deja ordeñar. Si dado el caso no entendiere, ¡que se quede con la curiosidad! Eso no le hace daño. De aguantar curiosidad no se murió ninguno.

Un sábado en la tarde, Papá halló al fin la

ocasión de estallar contra Daniel, y aprovechándola con diligencia estalló, en forma terrible. Estuvo tan sobrio como enérgico. Declaró a Daniel que sin aceptar ningún género de explicaciones, le ordenaba que en el más breve término saliese para siempre del corralón de las vacas y de los linderos de Piedra Azul, que se encontraba tan harto de sus abusos, como de su amabilidad; que por lo demás ya tenía visto un nuevo vaquero honrado y serio que lo reemplazaría muy ventajosamente.

Daniel, siempre condescendiente, no respondió, no discutió, no dijo nada. Con muchísimo respeto, después de indicarle a Papá sus futuras señas, se despidió pronunciando la misma frase ritual de Vicente Cochocho.

—Siempre a sus órdenes, Don Juan Manuel.

Como en el trapiche, al marcharse, alguien le preguntara si, cesante como se hallaba, pensaba regresar de nuevo a los Valles de Aragua, Daniel, con su admirable buen criterio, sin ironía, despecho, ni insolencia, movido

sólo por su sentido práctico, respondió lo siguiente:

—No, yo me quedo a pasar estas dos o tres noches aquí mismo, por el vecindario: ¡no ven que yo vuelvo!

Al siguiente día muy temprano, lleno en efecto de seriedad y honradez, se presentó en la casa el nuevo vaquero, preguntó por Papá, y le manifestó lo siguiente:

—Vengo a decirle una cosa, Don Juan Manuel: aquellas vacas están alzadas. No se dejan ordeñar. Dan coces; se les amarran las patas y entonces es peor: esconden la leche. Como Daniel les cantaba...

Papá respondió con lógica y con irreflexión:

—¿Tú no eres, pues, el gran cantador famoso de estos contornos? ¡Cántales! ¡Lúcete! Es una buena ocasión.

¡Ay! ¡Qué ofensa para el nuevo vaquero! Siendo, en efecto, cantador de renombre, herido en lo más vivo de su dignidad de artista, respondió entonadísimo:

—Entienda, Don Juan Manuel, que yo

(aquí se puso una mano extendida sobre el pecho) soy hombre para cantar en un baile mis galerones o mis corridos, y que, en efecto, hay muy pocos que me ganen ni en cuanto a la música, ni en cuanto a la letra. Pero yo (aquí se arrancó la mano del pecho) no soy hombre para cantarles a unas vacas como si fueran gente. ¡Eso sí que no! ¡A eso no me reduce a mí nadie! Los tiempos de la esclavitud ya se acabaron. Busque otro vaquero, Don Juan Manuel: ahí le quedan sus vacas.

Inútil es decir que para alegría nuestra y de las veinte vacas, Daniel volvió.

III

Un día triste, un día aciago, un día negro, ocurrió un drama en el corralón.

Tras de corta enfermedad, Nube de Agüita amaneció una mañana acostado en el corralón de los becerros, con sus patas estiradas y unidas de dos en dos, como en las más alegres madrugadas cuando las extendía asimismo, ¡ay!, al galopar hacia el arbusto florido, a cuya sombra, rebosando leche y paz, lo esperaba Nube de Agua su madre. En su boca entreabierta se posaban ahora varios moscardones verdes; sus ojos entornados tenían una fijeza extraordinaria y su cola, su pobre cola desolada y despeinada, se extendía por el

suelo a distancia del cuerpo. Aquello era nuevo, aquello era espantoso, aquello era irremediable. Sobre su galopar horizontal, galopar que parecía estar saltando inmóvil y helado algún tranquero invisible, Nube de Agüita había pasado a mejor vida.

Con las almas oprimidas y con las cabezas asomadas por encima de la cerca, mudas de dolor y rumiando preguntas, durante un buen rato contemplamos todas al inocente malogrado.

Al fin nos desprendimos del cercado fúnebre. Ante nuestros ojos el duelo se posaba tenaz sobre la indiferencia general del corralón. El dolor de Nube de Agua madre lo inundaba todo. La naturaleza entera estaba cubierta de crespones. Los crespones surgían de los maternales lamentos lastimeros. Atada sola y solitaria, bajo su arbol florido, Nube de Agua exclamaba:

—¡Múuuuu!

Y levantando hacia lo alto su cabeza de madre desolada, pedía Nube de Agüita a todo cuanto la rodeaba: se lo pedía a su árbol tu-

telar, se lo pedía a sus tocayas las nubes, se lo pedía al cielo, se lo pedía al sol:

—¡Múuuuu!

Nadie le contestaba nada. El árbol continuaba, egoísta, agarrando sus flores, las nubes pasaban bailando lentamente, el sol infame seguía brillando con alegría, sin dar a la madre desesperada ni una sílaba de pésame.

Nosotras, en cambio, se lo estábamos dando en todas las formas posibles e imaginables; pero Nube de Agua, ¡tal es a veces nuestra gran ceguera!, no lo advirtió. Apenas, apenas, nos bebimos los vasos de leche con desgano, a sorbitos cortos. Nadie fué capaz de encajar con fruición la nariz dentro de la espuma. Nadie dijo al terminar: «¡ah!», y menos aún a nadie se le ocurrió decir «más». No; con los vasos á medio beber íbamos del cercado fúnebre al árbol de Nube de Agua y del árbol de Nube de Agua al cercado fúnebre, sin mirar ni atender a nada más. En uno de los pasos de aquel vía crucis, Rosalinda mi hermanita, por andar hacia atrás, sin desprender sus ojos de Nube de Agua, convertida ya en

Nube de las Amarguras, Rosalinda, digo, por andar dolorida y hacia atrás, se tropezó y cayó sentada dentro de un balde de leche, razón por la cual agarrada a una mano de Evelyn tuvo que abandonar el drama a todo correr para ir a cambiarse los pantalones y el vestido.

Entretanto, las preguntas de todas las demás comenzaron a lloviznar sobre Daniel hasta convertirse, por su cantidad y simultaneidad, en furioso aguacero:

—¿Tú crees, Daniel, que él está muerto y bien muerto? ¿Tú crees, Daniel, que él ya no tiene remedio? ¿Tú crees, Daniel, que Nube de Agua lo sabe? ¿Tú crees, Daniel, que por eso está mugiendo? ¿Tú por qué no lo llamas, Daniel, ah? ¿Tú por qué no gritas: ¡Nube de Agua!, a ver si él se menea? ¡Grítale, Daniel, anda, que te importa! ¿Por qué tú no le gritas, pues?

Las respuestas de Daniel, lacónicas y negativas al no dejarle resquicio a la esperanza, nos destrozaban el corazón. Convencidas de lo irremediable, aceptamos por fin la dura

ley. Fijos los ojos en Nube de Agua, la mirábamos intensamente, sin pestañear, y cuando alzando de nuevo su cabeza insistía ella en implorar los poderes supremos:

—¡Múuuuuuu!

Nosotras exclamábamos en tono desgarrador:

—¡Ay, Daniel! ¡La pobre!

Si en lo referente a la inmovilidad de Nube de Agüita Daniel no daba esperanzas, en lo que concernía al dolor de Nube de Agua, se mostraba, en cambio, todo optimismo:

—¡Déjenla, déjenla! Que llore hoy bastante, que se desahogue, que pase su día de duelo. Yo la consuelo mañana, ustedes verán, no se angustien: ¡Los muertos se olvidan!

Paternal y previsor, aquel mismo día, armado de un cuchillo y demás enseres indispensables, Daniel despojó de su cuero el cadáver de Nube de Agüita, a fin de convertirlo, ¿en qué creerán ustedes?, en un disfraz de consuelo. A la mañana siguiente empapó el triste despojo en salmuera, y así, con aquel traje descosido, salado y corto tan se-

mejante a la amplia vestidura maternal: el mismo color rojizo bajo el mismo collar, la misma faja y los mismos guantes blancos; con aquel traje descosido y tieso que ostentaba semejanzas conmovedoras, Daniel vistió un becerro extraño. Cuidando de que la burda impostura quedara al alcance de ojos y boca de la dolorosa, amarró a una de sus patas delanteras al becerro disfrazado. Ella, muy conmovida luego de haber olfateado la amada apariencia, tanto por consolar su alma cuanto por deleitar su lengua, cambiando ilusiones por leche, se dió a lamer y relamer la salmuera que impregnaba el despojo adorado. Como los idealistas, se complacía en el engaño y en la sal, símbolo del pensamiento; como tantos infortunados amantes, besaba en un cuerpo extraño el alma para siempre ausente. Entretanto el feliz disfrazado, heredero universal del desaparecido, a más de ponerse su vestido, se tomaba con fruición toda su ración de leche.

La impostura duró algunos días. Después ya no fué menester ni disfraz ni salmuera. El

becerro extraño, legitimado por la costumbre, reemplazó el hijo. Daniel tenía razón: los muertos se olvidan. Lo cual no quiere decir que no se lloren sincera y hondamente durante algún tiempo. Como también esto Daniel lo sabía, mientras duró la crisis de dolor agudo, aconsejando y dando consuelo, en tono muy lastimero cantó varias mañanas esta copla llena de filosofía y unción:

No llores más, Nube de Agua;
refrena tanta amargura,
que toda leche hace queso
y toda pena se cura.

Vencida por el consejo y arrullada por el canto, Nube de Agua se iba consolando suavemente, suavemente, mientras nosotras, impacientes, sin lograr explicarnos el papel que podía desempeñar aquel queso, tan extraño al dolor maternal, como bandada de moscas, caímos sobre el intruso, atropellando la copla por todo el centro:

—¿Cuál queso, Daniel? ¿Cuál queso?

Aurora

I

El geniecillo exquisito y mal documentado que aproximando su boca al oído de Mamá le dictaba atolondrado nuestros nombres, acertó una vez. Su acierto fué funesto. No hay que tener razón. Para segar dichas no es indispensable sembrar verdades. Tú lo supiste, pobre Mamá, tú lo llevaste tatuado en lo más sensible de tu corazón. El haber acertado por casualidad una vez, debía costarte raudales de lágrimas.

Los siete años de Aurora eran exactos al rubio nacer del día. Su cutis mate, sus ojos negros, últimos jirones de la noche que se va; su pelo claro en donde sonreían los primeros rayos del sol; sus pasos ligeros; su voz ate-

nuada que parecía cuidar el sueño de los durmientes; sus ademanes; su dulzura, su belleza pálida, todo, todo se amoldaba a las leyes que rigen el aparecer del día. Aurora fué la aurora. Luego de haber presidido durante muy breve tiempo el florido jardín de Mamá, suavemente, con un dedo en los labios, se fué discreta y silenciosa cuando apenas amanecía. Mamá tuvo razón al bautizarla Aurora. También Papá tuvo razón cuando en sus preceptos de higiene nos vedaba la ciudad. Aurora murió recién llegaba a Caracas, al cumplir los ocho años, víctima de un sarampión complicado con la tos ferina.

Prefiero pasar en silencio los detalles de tan triste acontecimiento. Solo diré que, en el proceso de su dolor profundo y prolongado, Mamá llegó hasta el fin de sus días sin haber imitado ni por un instante el proceder de la vaca Nube de Agua. La sensibilidad de aquella herida duró mientras duró su vida. Diez, quince, veinte años después, Mamá clamaba aún por Aurora. Al expresar su tristeza en sus clamores, éstos, por muy tristes que

fuesen, no dejaban nunca de estar sometidos a aquella especie de retórica exquisita que dominaba todas sus palabras y pensamientos. Dichos dolorosos clamores salían, pues, de sus labios, impregnados de una teatralidad un tanto cómica, cosa que los hacía aún más enternecedores. Mamá clamaba por Aurora con frecuencia y a media voz cuando se hallaba sola, pero además, Mamá clamaba por Aurora con la misma frecuencia y la misma imperceptible media voz, cuando se hallaba acompañada, en los momentos más inadecuados, en forma tan importuna como conmovedora. Así fué toda su vida. Cuando menos se esperaba: en una tienda; en el teatro; en el instante de recibir el cambio de un billete de banco; cuando abría un paraguas azotada por la lluvia y el vendaval; al entregarle la ropa a la lavandera o en la zapatería al probarse un par de botas, no había regla, Mamá, de pronto, cesaba de hacer lo que estuviese haciendo, levantaba sus dulces ojos al cielo y exclamaba entre suspiros, en voz dolorida y tierna:

—¡Ay! Aurora, mi hijita adorada, mi hijita tan linda, ¿por qué me abandonaste, por qué me dejaste tan sola?

Como la palabra «sola» no le pareciese suficientemente enérgica o expresiva, Mamá la reemplazaba muy a menudo por la palabra, «íngrima». Este superlativo de soledad la dejaba mucho más desahogada:

—¿Por qué me dejaste íngrima?

Solía interrogar la pobre Mamá, para mayor alivio, aunque sin esperanzas de respuesta. Nada importaba que aquel «íngrima» muriese ahogado por nuestros gritos, carreras o risas. Despreciando como de costumbre la realidad, acompañada y rodeada hasta más no poder, Mamá obedecía a una verdad superior: para reflejar su alma en sus palabras «íngrima» le era indispensable. Nosotras, generosamente, en homenaje a nuestra hermanita desaparecida, nunca le preguntamos por qué nos equiparaba así con el desierto.

La muerte de Aurora fué el más amargo de los contratiempos que debían acompañar nuestra instalación en Caracas, pero no fué el

único. La senda que nos llevó de la vida rural a la vida urbana debía ser áspera y empinada.

Aun cuando Papá imperase en Piedra Azul con aquella autoridad absoluta y distraída, semejante a la de Dios, tanto por el amable desorden que regía su misericordia y su justicia cuanto por mucho que la burlaban algunos, a pesar de su magnífica autoridad suprema, Papá no era dueño exclusivo en Piedra Azul. Sus derechos estaban contrabalanceados por los de dos hermanos más. Un día fué menester hacer particiones. Yo creo que Papá, alma de campesino, debía creer ingenuamente, lo mismo que sus seis niñitas, en la felicidad dorada de las ciudades. Cuando le presentaron el dilema: dividir la hacienda o venderla, acallando todo sentimentalismo, decidió venderla, a fin, decía, de trabajar independiente en Caracas. Luego añadió:

—Ya estoy cansado del campo. Hay que pensar además en la educación de las niñitas.

¡Ah, «la educación de las niñitas»! Tenías razón, Papá: ya era hora de penetrar por alguna puerta dentro del Valle de Lágrimas.

Después de varias semanas de conferencias, cartas, discusiones, llegar de extrañas visitas que se iban a caballo con Papá entre cafetales y tablones de caña para venir a almorzar acalorados y muy habladores, después de presenciar tales cosas durante varias semanas, Mamá nos llamó una mañana y nos dijo:

—Niñitas: Piedra Azul ya se vendió. Esto quiere decir, ¿comprenden?, que la hacienda ya no es de nosotros. Como es preciso que nos vayamos, nos iremos todos a vivir para siempre a Caracas. Allá tendremos una casa menos grande, ustedes no podrán bañarse en un chorrerón como aquí, ni verán el campo, no, allá las casas están pegadas unas de otras. No podrán correr y gritar libremente; pero, en cambio, verán con frecuencia a sus dos abuelitas, a sus tías, irán al colegio y tendrán amiguitas. Se vendrán todas conmigo en coche la semana que viene: ya lo saben.

Ante semejante noticia, creímos morirnos de felicidad.

—¡Nos vamos en coche a Caracas, para siempre, la semana que viene!

Era el grito de hosanna y de ingratitud con el cual entrábamos a todas partes: a la cocina, al corralón, al trapiche, a los ranchos vecinos. En nuestra imperiosa necesidad de expansión lo gritábamos a cuanto encontrásemos: personas, animales o árboles:

—¡Nos vamos a Caracas, para siempre, y en coche, la semana que viene! ¡Qué bueno, qué requetebueno!

Y aplaudíamos con frenesí.

En el fondo aquel viaje a Caracas, que debía producirnos numerosos sinsabores, nos produjo una semana de felicidad delirante: fué la última pasada en Piedra Azul.

Por fin, una mañana, apiñadas todas en una gran calesa, la misma que tantas veces se había llevado a Mamá, entre paquetes, maletas, muñecas en los brazos, cestas de frutas, alfondoques, aplausos, gritos y carcajadas de alegría, cosas éstas tres últimas ¡tan impropias en una despedida eterna!, arrancaron con trabajo los caballos y a paso lento nos fuimos para siempre de Piedra Azul.

Cuando nuestra calesa zumbante y repleta

como una colmena, dando tumbos sobre los baches del callejón, cruzó la vuelta postrera tras de la cual ya no se distinguía el techo de la Casa Grande, al igual de Luzbel después de su caída; al igual de Adán y Eva después de su pecado, al igual de Napoleón después de Waterloo, acabábamos de perder un imperio. Humilladas y prisioneras, cesamos en aquel instante de dominar el mundo.

¡Pobres niñitas gritonas de la apiñada calesa! Lo mismo que los más viejos y los más sabios, ignorábamos una verdad que no se aprende nunca, verdad que yo no he logrado aún retener durante más de cinco minutos en mi memoria: los más brillantes cambios de vida, los más amenos viajes, en su monótona diversidad, sólo nos enseñan una novedad trascendental y cruel: es nuestra propia miseria, y aquella feliz ignorancia de ella, para siempre perdida, dentro de la cual era tan dulce vivir.

II

Lo primero que echamos de ver al llegar a Caracas fué la ausencia de tierra y de agua, cosas de las cuales, a nuestro juicio, carecíamos casi totalmente. Por todos lados cemento, tablas o ladrillos. Apenas un poco de tierra seca en el patio y otro poco en el corral; apenas dos pilas de agua; apenas dos o tres grifos en la cocina y el baño, grifos inconscientes de su ridículo, puesto que ellos nunca habían visto el chorrerón del Trapiche. Los cuatro o cinco árboles tristones que poblaban el corral no bastaban a cobijar nuestros juegos, y aquellas paredes que por todos lados nos robaban el horizonte eran verdaderos muros de prisión. Privadas de libertad

y de panoramas, dentro de las cuatro tapias del corral crecía nuestra nostalgia y menudeaban nuestros pleitos. Los gastos de la casa, en los cuales intervenían monedas, cosa enteramente desconocida en Piedra Azul, se veían reducidos. En lugar de aquella larga cohorte o servidumbre que nos acompañaba allá por todos lados, ahora, apenas teníamos una sola sirvienta que nos atendía a las cinco niñitas mayores. Unicamente Aura Flor, indiferente c imperturbable como un dios, seguía adherida a su criadora. Evelyn se había ido a Trinidad. Ya nadie nos regañaba. No había quien salara o aderezara con prohibiciones el desabrimiento inmenso del vivir. Nuestros caprichos al brotar robustos y numerosos, sin que una mano providencial los podara, nos ahogaban de melancolía.

Mamá, sobre una esquina de mesa, entre un lápiz romo y un papel rayado, frente a una nueva cocinera de magnífico carácter y malísima «sazón», sacaba la cuenta del mercado con monotonía, prolongando por finura los plurales de los comestibles:

—Plátanosssss... carne... papasssss... café... macarronessss... Lista diaria e invariable que solía rematarse así: «¡Hoy me has gastado demasiado!»

¿Dónde estaban los días de abundancia, cuando Vicente Cochocho llegaba con su burro cimbrado bajo el peso de las legumbres, los aguacates, los plátanos, los papelones, cosas todas que iba derramando en alegres montones sobre la amplia mesa de la cocina, ante la irritada vigilancia de Candelaria? ¿Quién le tomaba la cuenta con monotonía prolongando los plurales? ¿Quién le decía, al fin, en tono semidramático: «hoy me has gastado demasiado»? Nadie.

A los ocho días de estar en Caracas nos habíamos dado amarga cuenta de que nosotras, las seis niñitas de la Casa Grande, ex princesas de Piedra Azul, éramos unas hormigas, peor, mucho peor que la mayoría de las hormigas, quienes al caminar unas tras otras se pierden felices dentro del anónimo y la uniformidad. Nosotras no nos perdíamos, ¡ay!, en el anónimo, nosotras al estar junto a otras

niñitas, amigas o primas, hormigas entre hormigas, nos distinguíamos tristemente por nuestras simplezas, por nuestro rústico encogimiento, por nuestra rústica audacia, por nuestras preguntas bobas, por nuestras bocas abiertas, por nuestro perpetuo asombro Era imposible ser más ignorante e imposible serlo con mayor sinceridad.

Nuestras dos primeras visitas a la ciudad fueron fecundas en observaciones erróneas y en falsos descubrimientos.

Lo primero que hicimos desde el primer día, al poner los pies fuera de nuestro zaguán, fué echar a correr, cada cual por su lado. La nueva sirvienta o cuidadora, ya entrada en años y medio asmática, incapaz de empuñar con mano diestra aquellas riendas que Evelyn llevaba tan sobria y magistralmente, la nueva y vieja cuidadora, al apreciar nuestra desbandada general, detenida en plena calle y en plena incertidumbre, dirigía hacia los cuatro puntos cardinales observaciones y amenazas desesperadas, que no lograban agruparnos ni por un segundo delante de ella. Esparcidas v

absortas en nuestras indagaciones, ni la veíamos. Separadas así unas de otras, nos llamábamos a grito herido: «¡Mira, Blanca Nieves!» «¡Espérame, Violeta!», lo mismo que si estuviéramos subiendo callejón arriba, hacia el corralón de las vacas. Todo era motivo de estupefacción. Cuando veíamos una tienda nos deteníamos y la señalábamos con el dedo gritando: «¡Una pulpería!» A las aceras las llamábamos bancos; a los postes del gas, matas de hierro; y cuando veíamos venir un señor y una señora andando gravemente cogidos del brazo, también nos deteníamos y también los señalábamos con el dedo diciendo:

—¡Ahí va una yunta de gente!

Eso no era todo. Nuestra frondosa incultura se desbordaba a borbotones en la ciudad, como la de unos vándalos que, en lugar de sembrar desolación, derramaran candor.

Si en Piedra Azul habíamos adquirido la costumbre de llevar sombreros, eran ellos sencillos y ligerísimos sombreros de cogollo que Mamá adornaba con un lazo de gusto pastoril y que Evelyn nos encajaba en la ca-

beza con solidez y con un fin práctico: preservarnos del sol. Tales sombreros quedaban tan asentados o adheridos a nuestras personas, que no había para qué ocuparse más de ellos: eran como las orejas o el pelo. Pero los otros sombreros, aquellos sombreros de ciudad que nuestra excelente Mamaíta se había apresurado a adquirir al día siguiente de nuestra llegada, eran otra cosa. Casi siempre innecesarios, cargados de adornos fútiles, sostenidos por un caucho bajo la barba, eran molestos y vivían en perpetuo desequilibrio. No había modo de olvidarlos. Casi todas y casi siempre al traspasar el portón, considerando que el llevarlos en la cabeza era mero convencionalismo, nos los arrancábamos, y los llevábamos en la mano con orgullo y bienestar, bajo nuestra inmediata vigilancia. Aquellos que quedasen coronando la cúspide de alguna que otra cabeza, tal cual es uso civil, tal cual acostumbraba hacer siempre Violeta, celosa de conservar la libertad de sus manos; el que permaneciese, digo, en la cúspide de una cabeza, perdía al instante su verdadero punto de gra-

vedad. Sin la puntería o acierto indispensable a su salvaguardia, incapaces de medir con la vista el espacio necesario a sus correspondientes volúmenes, los enganchábamos en los picaportes de las puertas; en las ventanas bajas; y en los codos de los transeúntes; después de lo cual, quedaban inclinados hacia los ojos, encima de una oreja o sobre la nuca: dependía de la dirección contraria a la cual hubiese sobrevenido el accidente o tropezón.

El día de nuestra segunda visita a la ciudad, como acertásemos a pasar frente a la catedral, su aspecto imponente y vasto, protegido por la torre, nos recordó mucho nuestro perdido trapiche amparado de igual modo por su chimenea o torreón. Alguien gritó señalando con el dedo:

—¡Un trapiche!

Como era de rigor, Violeta se precipitó a fin de hacer antes que nadie las indigaciones del caso.

Con rapidez vertiginosa atravesó la calle, penetró en la iglesia, empujó la puerta del cancel, se asomó unos instantes y salió di-

ciendo con su habitual buen sentido y con su sombrero sobre una oreja:

—¡Eso no es un trapiche! Si fuera un trapiche, ¿dónde está la caña? Si fuera une sala de pailas, ¿dónde están los fondos? ¿Y para qué tanto banco?

Entretanto la vieja cuidadora, allá, en el extremo de la calle, corriendo y soplando, como un náufrago perdido en el horizonte, nos hacía señas desesperadas de que la aguardásemos; de que en la iglesia no se entraba gritando; ni se entraba tampoco con el sombrero en la mano.

Aquella misma tarde, no bien llegamos a casa, la sirvienta, que por no haber aún logrado alcanzarnos, entró un buen rato después, sin quitarse pañolón ni nada, atravesó el patio como un bólido, se fué derecha a donde estaba Mamá y declaró demudada e indignaba, respirando corto:

—No salgo más con sus niñitas; se acabó. No me hacen ningún caso. Andan desperdigadas por la calle, cada una por su lado; llevan los sombreros en la mano; se tropiezan

con todo el mundo; enseñan a la gente con el dedo; entran corriendo a las iglesias y salen gritando. A mí me avergüenzan. Además es mucha responsabilidad. Busque otra cuidadora que se las lleve a pasear, yo me voy.

Es difícil describir la herida profunda que tales palabras abrieron al instante en la finura exquisita de Mamá:

—Niñitas, por Dios—nos dijo maltratadísima y silbando las eses—. ¿Cuándo se van ustedes a civilizar? ¿Cuándo van a comprender, por la Virgen Santísima, que aquí no estamos en Piedra Azul? ¡Andar por la calle con los sombreros en la mano! ¡Entrar gritando a la iglesia! ¡¡Enseñar a la gente con el dedo!! ¡Ay! ¡Qué van a decir de mí! No me mortifiquen así, niñitas: ¡civilícense!

III

Con el objeto de civilizarnos lo antes posible, desde el siguiente día, desplegando inmensa actividad, la pobre Mamá nos había ya puesto en el colegio; o sea, que comenzamos a ir con regularidad, mañana y tarde, a una casa tan limpia como destartalada, y llena de ecos, situada a cuadra y media de la nuestra, en la cual dos señoritas distinguidas, cargadas de méritos y de necesidades, enseñaban con melancolía el abecedario y el catecismo a una docena de niñitas.

Allí, en una sala vasta, entre muebles de viena; tapetes de crochet; retratos de noble actitud cuyos marcos y lienzos se disputaban

por igual la polilla y los ratones; sobre un suelo esterado en donde a trechos florecían alegremente los ladrillos, y bajo un techo empapelado en donde, a trechos también, florecían tristemente las goteras; allí, entre las dos señoritas distinguidas y las doce niñitas analfabetas, tuvo lugar en forma rápida el proceso de nuestra civilización. Debo confesar que fué a costa de numerosas humillaciones, luchas y derrotas. Los pueblos adquieren la civilización guerreando y sufriendo: lo mismo la adquirimos nosotras.

He aquí, por ejemplo, cómo aprendí a conocer yo, en forma imborrable, ilustrada por pellizcos y bofetadas, el valor de la moneda.

Frente a la puerta de nuestro colegio o asilo de la melancolía y de las letras, sentada en el escalón de un zaguán, con un gran paño blanco sobre cabeza y hombros, un espantador de moscas, blanco también, en su mano derecha, y en sus rodillas un amplio azafate poblado de polvorosas, suspiros, yemas, melcochas y coquitos que brillaban al sol como piedras preciosas, se instalaba todas las tardes

una vendedora de dulces. Aquella vendedora de actitud hierática con su paño blanco y su enigmático rostro negro era lo mismo que una diosa o un hada. Sus dulces, acariciados en perpetuo vaivén por las tiras inmaculadas y sonoras del espantador de moscas, eran los dones divinos que otorgaban sus manos al que le diese un centavo. Nosotras no teníamos la menor esperanza de recibirlos nunca, siendo así que Papá había declarado:

—No veo ninguna necesidad de que apuren a las niñitas en el colegio; tienen tiempo de aprender a leer. Lo que sí me parece en cambio indispensable es que las vigilen mucho, cuando atraviesan la calle no vayan a comer nada que pueda estar contaminado por el polvo o las moscas.

Encadenadas a tal mandamiento, sin jamás tener un centavo, confieso, por lo que a mí atañe, que no pasaba un día sin que yo rindiese a la vendedora el tributo de mi profunda, humilde, devoción. Me detenía si posible era, pegada a su azafate, allí, con las dos manos cruzadas en la espalda, señal de

rendimiento, contemplaba un rato las polvorosas, yemas, melcochas y coquitos, escuchaba el chss, chss, del espantador de moscas y me iba por fin lanzando esos suspiros que nos brotan del alma ante los deseos irrealizables.

Pero no hay que respetar demasiado las leyes. Es sabiduría burlarlas con audacia ante los propios ojos de la autoridad, tan dispuesta siempre a aceptar cualquier colaboración o complicidad que la desprestigie.

Una tarde, pues, antes de ir al colegio, me acerqué a Mamá y llena de habilidad le dije con atrevimiento y dulzura:

—Mamaíta, regálame un centavo.

No sé si por distracción o por generosidad, Mamá, no sólo me regaló un centavo, sino que me regaló una moneda de cinco centavos en plata, la cual dado su exiguo tamaño despertó en mi alma las zozobras de la desconfianza. No obstante, la tomé y resolví guardarla apuñada en mi mano, con perseverancia y prudencia, todo el tiempo que fuese menester. Con mis cinco centavos acalorados y sudorosos, llegué al colegio, di mi lección, en

la cual, después de confundir varias veces la pe con la be, distinguí con inteligencia la a de la doble ve. La señorita melancólica que se hallaba en función aquella tarde declaró en tono lastimero que había sabido muy bien mi lección. Con la satisfacción que da el deber cumplido, y con mis cinco centavos siempre apuñados, aprovechando una coyuntura, salí furtivamente de la vasta sala, atravesé en carrera zaguán, acera y arroyo, hasta llegar, ¡eureka!, a donde estaba la vendedora de dulces. Allí, sin cruzar, no, las manos en la espalda, me di a contemplar su azafate, anhelante, aunque atormentada por la indecisión y por la desconfianza que me inspiraba mi exigua moneda.

Unos instantes después regresé al recinto en donde balbucía la ciencia y por ese humano, funesto prurito, de hacernos admirar, humillando con el fulgor de nuestra suerte al mayor número posible de personas, me acerqué a un grupo que según costumbre dialogaba con animación de espaldas al pizarrón y a la profesora:

—Me fuí—dije triunfante y con la boca aún llena—me fuí enfrente, donde está la dulcera, cogí una polvorosa, le di un centavo chiquito y ella me regaló cuatro centavos grandes además de la polvorosa que estaba muy buena: ¡ya me la comí!

Las burlas, risas y cuchufletas con que recibió el público mi breve discurso fueron tantas y tan acerbas, que Violeta, por espíritu de familia, en honor mío con una generosidad que hasta entonces yo no hubiese sospechado, comenzó a repartir bofetadas y pellizcos en el auditorio, ante las voces y miradas de severidad impotente que lanzaba, hasta más no poder, la profesora o señorita melancólica.

La reyerta, en la cual volaron varias cartillas y numerosas planas de palotes torcidos horriblemente manchados de tinta, y en la cual tuve necesariamente que intervenir, fué desigual y cruda.

En ella me arrancaron un lazo que me había atado Mamá en la cabeza; queriendo dar un golpe magistral, me lo di yo misma contra

uno de los muebles de viena, rodé por ello al suelo extraviando así tres de mis cuatro centavos que sepultó la estera en el océano de sus descosidos y desflecados. Entretanto Violeta acababa de poner fin a la refriega en forma inesperada y sangrienta. Como una de las pacíficas espectadoras que, no habiendo tomado parte ni en las burlas ni en la lucha, a más de hallarse mirando, se hallase mudando, y tuviese un diente sostenido apenas por un hilo, Violeta, al pasar con violencia junto a ella, la tropezó y se lo arrancó de cuajo involuntariamente y en forma sangrienta, cosa que produjo una impresión atroz. La pacífica desdentada comenzó a llorar en silencio, la lucha cesó, y Violeta quedó cubierta de ignominia. Pudimos escuchar entonces la voz de la señorita melancólica, quien a la vista de la sangre y del diente inmolado repetía ya por cuarta o quinta vez con voz afónica, dirigiéndose a Violeta y a mí:

—Bien se ve que ustedes dos vienen del monte, de no tratar más que pollinos y becerros.

La verdad es amarga, yo me la tragué en silencio. Violeta, no. Violeta contestó inmediatamente a la señorita afónica y melancólica que un becerro, un pollino y un burro era ella. Respuesta que nos acarreó naturalmente nuevos reproches y nuevas humillaciones redactados en plural y recibidos en familia y en común.

IV

Así, entre enseñanzas violentas y revelaciones bruscas que iban temperando el manso transcurrir del tiempo, floreció en nuestras almas la cultura o conocimiento de las convenciones base de toda civilización.

Pasaron dos años.

La época lejana de Piedra Azul, rodeada por una aureola de melancolía, presidida dulcemente por el recuerdo de Aurora que ya se había ido, Edad de Oro en Paraíso Perdido, se cristalizaba allá, en el fondo del pasado. A los siete u ocho años, gracias a tal pasado, yo me juzgaba cargada de experiencia, creía conocer a fondo, salvo nimios detalles, todas las verdades de la vida, y sonreía con indulgencia

al recordar las ingenuidades de mis tiempos ya idos. Hoy, transcurridos setenta años, tengo mucho menos arraigado ese sentimiento de la propia experiencia, tan cargado de soberbia. A fuerza de golpes, a fuerza de comprobar que nuestras aptitudes para el error son infinitas, he adquirido por fin la conciencia de mi inexperiencia, la cual me acompaña ahora con humildad y con algo de aquella frescura rosa y clara cuya desaparición deploraba entre suspiros a los siete años.

En nuestras conversaciones, impregnado de añoranza, salpicado de tristísimos «¿te acuerdas?» aparecía a cada instante el nombre de Piedra Azul. Seguras de que habíamos dejado allá un tesoro de felicidad, queríamos poseerlo de nuevo, aun cuando sólo fuese por algunas horas. Con tal fin martilleábamos los oídos de la pobre Mamá, ¡tan triste!, rogándole a todas horas:

—Mamaíta, ¿cuándo volvemos a Piedra Azul? Llévanos, Mamaíta, llévanos en coche un día. Aunque sólo sea por un rato. ¿Qué te importa?

Mamá no quería volver a su antigua hacienda. No tanto porque el viaje fuese largo, pesado y polvoriento, sino porque sabía por advertencia del corazón que es peligroso el enfrentarse a las cosas sobre las cuales, desde lejos, ponemos a reposar nuestros recuerdos.

Tanto insistimos nosotras que por fin, un día, luego de pedir permiso al nuevo dueño, volvimos a apiñarnos en un coche, y acompañadas de Mamá y de una cesta grande, donde llevábamos el almuerzo, regresamos a nuestro Paraíso Perdido, creyendo al andar que andábamos hacia el pasado; que Aurora, subida en el pretil vedado, el pretil de los juicios, nos tendería los brazos al llegar, mientras Evelyn sacándonos del coche una a una, no se olvidaría de advertirnos:

—Cuiden vestidos bonitos de Caracas, no se sienten en suelo.

Pero no. Ni Aurora nos tendió los brazos, ni Evelyn vino a sacarnos del coche. En lugar de sus sombras familiares, hallamos en todas partes una cosa dolorosísima: el nuevo dueño de Piedra Azul era un rico, gran amante del

progreso, animado de una actividad insaciable para idear y realizar reformas. Vale decir que nuestro querido Piedra Azul, disfrazado de otra cosa, también lloraba, con los gritos desoladores de sus reformas, el habernos perdido a nosotras. Tales gritos se percibían desde lejos.

El nuevo mayordomo lleno de satisfacción, nos mostraba con orgullo los innumerables sacrilegios perpetrados en nuestros recuerdos, y con una sonrisa inconsciente y horriblemente impía le preguntaba a Mamá:

—¿Verdad que está desconocido? ¡Ah! Pero así cuesta... Para llegar a esto se ha gastado...

Y decía una suma enorme.

Todo estaba cambiado: era el triunfo del revés sobre el derecho. Donde estaba la sala había el comedor y donde estaba el comedor había la sala; donde había antes una puerta estaba ahora tapiado y en donde estaba una pared lisa había ahora una puerta nueva acompañada, si era posible, por una ventana. Sobre la tierra que llevó nuestro huerto

ameno, talados los árboles, se alineaba geométrico un jardín a la inglesa, y en el terreno que ocupaba nuestro jardín oloroso había un huerto rasurado en donde crecían, párvulos raquíticos, multitud de árboles exóticos. ¿Qué se habían hecho los rosales y los jazmineros de Mamá, que tan a menudo se abrazaban y enrollaban juntos? ¿Dónde estaban los guayabos, la acacia grande, los árboles de poma rosa, guanabanas y guayabitas arrayán? ¿Dónde estaban los bambúes cantadores con sus zapatos de terciopelo, donde escondían pícaros la maldad de sus «pelitos»? ¡Como Aurora, como Evelyn, como nosotras, todos ellos se habían ido!

Las lajas que deshierbaba Vicente Cochocho ya no se podían deshierbar porque los pisos de los corredores y patios eran de cemento estéril. En los cuartos tapizados con cielos rasos y tablas nuevas, el eco repetía la voz atenuada de Mamá que llamaba a Aurora por todos los rincones. En el corralón, en el santo corralón modelo de la ciudad futura, se había edificado un establo con ordenadísimas

divisiones en las cuales cada vaca sola vegetaba respirando el malsano egoísmo de las casas cerradas. En el trapiche había multitud de puertas y en las puertas letreros que decían: «Se prohibe la entrada» y «No se permite fumar». La sala de pailas y el patio de las bagaceras también estaban volteados al revés; sólo la rueda, la inmensa rueda de la molienda, presidiendo contra su voluntad la inicua devastación, ¡pobre vieja buena, pobre vieja fiel!, estaba allí, muy triste, diciéndonos cariñosa y espantada con sus brazotes abiertos:

—¡Y qué les parece!

Por último, cuando Mamá se fué al estanque del chorrerón en busca del cují amigo, padre del agua y vestido de los baños, para de nuevo interrogar allí por qué Aurora la había dejado íngrima, se encontró de bruces con una pared de mampostería.

A poco, para postre o complemento, para que nada faltara, conversando con uno de nuestros antiguos peones, recibimos una fúnebre noticia. Vicente Cochocho ya no estaba

en la hacienda, porque, según toda probabilidad, ya no estaba en el mundo. Luego de haber regresado ileso y triunfante de aquel su postrer alzamiento, una madrugada, tal cual era su inveterada costumbre, se había ido a buscar alguna hierba o a llevar algún recado a los revolucionarios. Quizás fué une celada que le tendieron: lo cierto fué que de su excursión misteriosa y mañanera Vicente no regresó.

El peón que nos refirió el doloroso suceso, entre encogerse de hombros y estirar de labios, con horrible naturalidad, terminó enunciando las siguientes hipótesis:

—Como perderse, él no era hombre que se perdía. O le dió de repente algún mal, o lo mandó a matar a traición un enemigo. ¡Pobre Vicente! El, que enterró a tantos; él, que era tan «curioso», ¿se acuerdan?, para fabricar las urnas; en el monte se quedó tendido sin urna ni nada; desbarrancado, o enfermo, o mal herido, ¡quién sabe cómo!, se lo comieron los zamuros.

Nuestro almuerzo, que tuvo lugar junto al

agua sobre la hierba vecina, huérfana del cují, fué silencioso y fúnebre. Poco se habló, nada de risas. El pan, el pollo, y los huevos duros, también sabían a tristeza.

Mamá tenía razón: debemos alojar los recuerdos en nosotros mismos sin volver nunca a posarlos imprudentes sobre las cosas y seres que van variando con el rodar de la vida. Los recuerdos no cambian y cambiar es ley de todo lo existente. Si nuestros muertos, los más íntimos, los más adorados, volviesen a nosotros después de muchos años de ausencia y arrasados los árboles viejos hallasen en nuestras almas jardines a la inglesa y tapias de mampostería, es decir, otros afectos, otros gustos, otros intereses, doloridos, nos contemplarían un instante y discretos, enjugándose las lágrimas, volverían a acostarse en sus sepulcros.

También nosotras, terminado el almuerzo, todas de acuerdo quisimos regresar a nuestro coche.

Un instante después, sacudidas por el saltar de las ruedas en los baches del camino, ante el

lento pasar de árboles y cruzar de recuas, estalló por fin sin trabas nuestra necesidad de expansión.

—¡Ay Mamaíta!—dijo alguien declamando con inmenso dolor—, para ver cómo nos cortaron el cují y cómo nos quitaron todito el corralón y para que después vinieran a decirnos que al pobre Vicente Cochocho se lo comieron los zamuros, ¡más vale que nunca hubiéramos venido!

Mamá respondió entre dos bruscos saltos del coche y dos profundos suspiros:

—Por tercas, niñitas, por tercas, acuérdense: ¡yo se los dije!

FIN

LISTA DE LOS PRINCIPALES VENEZOLANISMOS Y AMERICANISMOS QUE SE HALLAN EN ESTE LIBRO.

ALFONDOQUE: Alfeñique.—Especie de turrón, hecho con pasta de azúcar batida y mezclada con queso, avellana, cacahuete o ajonjolí.

AREPA.—Especie de pastel o pan popular que se hace con el grano de maíz mojado, hervido o molido a mano entre dos piedras.

BAGAZO.—La caña después de triturada. Puesta a secar al sol forma una especie de paja sumamente combustible con la cual se alimenta el fuego que transforma el zumo en papelón o azúcar. La propia caña ofrece ella misma todos los materiales necesarios a la elaboración del azúcar.

BEJUCO DE CADENA.—Planta tropical de cuyo tallo flexible se hace una infusión que tiene la propiedad de rizar el cabello.

COCOLLO.—Las largas y delgadas hojas verdes que unidas en forma de penacho rematan la caña.

La caña dulce es el tallo del cual el cogollo es la hoja. Sirve el cogollo de alimento a las bestias. Seco constituye una paja flexible con la cual se tejen sombreros y otros objetos.

CONUCO.—Parcela de tierra sin agua situada en una ladera que sólo se siembra en la época de las lluvias con maíz u hortalizas, y que el dueño de la hacienda cede o arrienda a precio ínfimo a sus peones. El conuco se ve generalmente verdeando en la colina o montaña a la vera del rancho.

CUJÍ.—Arbol del trópico de hoja muy fina, que crece a menudo cerca de los estanques. Es muy bajo y de anchísima sombra.

EMBURRAR.—Acción de cargar la caña y hacerla pasar entre los grandes cilindros que la trituran o exprimen.

FONDO.—Cada una de las cinco grandes calderas donde se cuece el zumo de la caña.

GUARAPO.—El zumo de la caña antes de estar cocido.

GUARAPO FUERTE.—El zumo de la caña fermentado y aromatizado con piña. Bebida popular.

HALLACA.—Pastel hecho con masa de maíz. Se cuece envuelta en hojas de plátano. Llamada tamal en otros países de América. La hallaca o tamal es de rigor en las cenas de Nochebuena y Año Nuevo.

LAPA.—Mamífero roedor del trópico, cuya carne es muy apreciada.

MALUCO.—Malo. Duro de corazón.

MAMONES.—Fruta pequeña de forma esférica y verde encerrada en una cáscara. Se da en copiosos racimos. El árbol que la produce es de gran corpulencia.

MANGO DE BOCADO.—Especie de mango muy fino y más apreciado que el común (mango de hilacha) porque carece de hebras.

MARACA.—Especie de calabaza pequeña que se vacía, se seca, se llena de guijarros, se le adapta un mango en forma de sonajero, y sirve de instrumento musical para marcar el ritmo en el Joropo y demás bailes populares. El maraquero es indispensable en un baile de negros, no sólo por el ritmo de las maracas, sino por ser el ejecutante figura decorativa: las maracas suelen tocarse con los brazos levantados, y, como las castañuelas, requiere gracia o gracejo en los movimientos.

MELADO.—El zumo de la caña cuando ya limpio y muy espeso por las sucesivas cocciones pasa al temple o cocción definitiva.

MELCOCHA.— La misma pasta con que se hace el alfondoque cuando aun forma hebras por no haberse enfriado y endurecido.

PAPELÓN.—Pan de azúcar sin refinar de forma cónica y de muy agradable gusto. Se fabrica aún en la mayoría de las haciendas con procedimientos muy primitivos y pintorescos. En Venezuela el papelón,

muy distinto del azúcar blanca, es indispensable en casi toda casa, rica o pobre. Con el papelón hervido en agua se hace una especie de te llamado guarapo, como el zumo crudo de la caña. Es este te sumamente estomacal y suele tomarse mezclado con café.

PENA.—Vergüenza, timidez.

PILÓN.—Mortero de madera dentro del cual, a golpe de maza, se majan los granos de maíz para hacer la arepa o pan de maíz.

PULPERÍA.—Tienda de comestibles y despacho de bebidas. En los campos, la pulpería es a un tiempo posada, casa de juego, de bebidas y está surtida con todos los artículos indispensables a la vida del peón.

RABOPELADO: zarigüella:—Mamífero de América. Especie de zorro que vive en los árboles, se alimenta con aves y frutas y suele causar por las noches estragos en los corrales de gallinas.

RASPADURA.—El dulce que queda adherido al batidor o canoa donde se ha batido la pasta de azúcar o papelón caliente antes de encerrarla en los moldes.

RECHOCHO.—Viejo. Reviejo.

SEÑOR.—Es modismo popular en Venezuela el decir señor, sin distinción de género, al hablar con personas de cierta categoría. Interrogado por su madre o por la maestra, el niño campesino contestará diciendo: *Señor.*

SALA DE PAILAS.—Lugar del trapiche donde se hallan empotradas las cinco grandes pailas, fondos o

calderas en donde se va cociendo y limpiando por etapas sucesivas el guarapo o zumo de la caña. El trapiche se compone del trapiche propiamente dicho o patio de la molienda, los patios de la bagacera, el alambique o fábrica de aguardiente, y la sala de pailas.

TABLÓN DE CAÑA.—Cañamelar. Se distingue con el nombre de «tablón» cada hectárea sembrada con caña de la misma edad. En Venezuela, donde la caña se cosecha todo el año, por turno, a los diez y ocho meses de haber sido sembrada, cada tablón presenta el color y aspecto correspondiente a su edad. De ahí la riqueza admirable de tonos verdes que ofrece el panorama de una hacienda de caña.

TACHA.—La última caldera, más pequeña que los fondos en donde se hace a fuego muy vivo el temple o cocción definitiva. En medio de una espuma que va subiendo muy dorada y muy perfumada, los borbotones del temple saltan a gran altura a veces fuera de la tacha.

TEMPLADOR.—El encargado de cocer el temple. Es el jefe de la sala de pailas. De su habilidad en «dar el punto» y prever la cantidad de fuego, depende el éxito de un temple, el cual da 64 papelones o panes de azúcar. El templador, sin moverse de la tacha, pide a gritos por una ventana o reja, al «metedor de candela», la cantidad de fuego que se va necesitando.

TEMPLE.—Ultima cocción del zumo de la caña. Es difícil conocer «el punto» de un temple o sea el grado de cocimiento necesario y la mayor o menor cantidad de fuego que se requiere en un momento dado.

TOPOCHO.—Una de las diversas especies del plátano o cambur, de forma pequeña y gruesa. Usada como adjetivo, la palabra topoche es sinónimo de rechoncho, enano, retaco.

TRAPICHE.—Molino de caña dulce.

ZAMURO.—Especie de buitre o cuervo.

ÍNDICE

Páginas

Dedicatoria 5

Advertencia 9

Blanca Nieves y Compañía 29

Vienen visitas 43

María Moñitos 53

Aquí está primo Juancho 99

Vicente Cochocho 147

Se acabó trapiche 203

Nube de Agua y Nube de Agüita 221

Aurora 251

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN
PARÍS, Y EN LOS ÚLTIMOS DÍAS
DEL MES DE ENERO DE MIL
NOVECIENTOS VEINTINUEVE
EN LA IMPRENTA
DE
«LE LIVRE LIBRE»